PRIMERAS SOCIEDADES DE LA ALTA AMAZONÍA

LA CULTURA MAYO CHINCHIPE - MARAÑÓN



FRANCISCO VALDEZ

INPC
Instituto Nacional de Patrimonio Cultural
IRD

PRIMERAS SOCIEDADES DE LA ALTA AMAZONíA

LA CULTURA MAYO CHINCHIPE - MARAÑÓN

Francisco Valdez

COLABORACIÓN

Alexandra Yépez y Julio Hurtado

INPC Instituto Nacional de Patrimonio Cultural Ecuador

IRD Institut de recherche pour le développement

GOBIERNO NACIONAL DE LA REPÚBLICA DEL ECUADOR

Ministerio de Cultura y Patrimonio

INSTITUT FRANÇAIS

af Alliance Française

Rafael Correa Delgado
Presidente Constitucional de la República del Ecuador
Guillaume Long
Ministro Coordinador de Conocimiento y Talento Humano
Francisco Velasco Andrade
Ministro de Cultura y Patrimonio
Lucía Chiriboga Vega
Directora Ejecutiva del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural

Directorio del INPC
Francisco Velasco Andrade
Presidente del Directorio del INPC
Dr. Aníbal Trujillo
Delegado del Ministerio de Defensa Nacional
Dra. Marianela Navas
Delegada del Ministerio del Interior
Soc. María Inés Rivadeneira
Delegada del Consejo de Educación Superior,
Ciencia y Tecnología
Lcda. Patricia Noriega
Delegada del Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana
Padre Richard García
Delegado de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana

Institut de Recherche pour le Développement - IRD

Texto
Francisco Valdez

Gráficos
Laurence Billaut y Francisco Valdez

Fotografía
Francisco Valdez, Alexandra Yépez, Julio Hurtado

Equipo de Investigación
Francisco Valdez
Jean Guffroy
Julio Hurtado
Alexandra Yépez
Geoffroy de Saulieu
Gaëtan Julliard
Catherine Lara

Coordinación editorial
Ernesto Trujillo, Director de Comunicación Social INPC

Diseño y diagramación
Mujica TMP <www.mujica-tmp.com>

Impresión
Impresora Flores

ISBN 978-9942-955-02-9

1000 ejemplares

Quito, septiembre 2013

Presentación

Las investigaciones arqueológicas en la Amazonía ecuatoriana, lamentablemente, han sido escasas. Por esta razón, el presente trabajo, realizado por el arqueólogo ecuatoriano Francisco Valdez, adquiere una dimensión importante. "Primeras Sociedades de la Alta Amazonía", recoge los resultados de la investigación efectuada durante doce años, en la provincia de Zamora Chinchipe, por el Instituto de Investigación para el Desarrollo (IRD de Francia), con el apoyo del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC) y el entonces Ministerio Coordinador de Patrimonio.

Esta publicación, sin duda, es un aporte muy significativo, ya que nos revela datos inéditos de la cultura prehispánica denominada Mayo Chinchipe-Marañón, que surgió hacia el 5500 antes del presente y que se extendió a lo largo de la cuenca hidrográfica del mismo nombre, floreciendo con distintas manifestaciones socioculturales durante casi 3000 años.

En la obra se descubre, por primera vez, el medio físico de la alta Amazonía, que fue el escenario del desarrollo de las primeras sociedades agro-alfareras que supieron adaptarse y sacar provecho de los recursos naturales presentes en la naturaleza. Se muestran las principales evidencias que informan sobre los antiguos modos de vida en una aldea emblemática situada cerca de la actual población de Palanda. Se presenta el trazo arquitectónico del sitio Santa Ana - La Florida y se explica la dinámica que éste tuvo con la región circundante.

Este tipo de investigaciones nos permiten conocer y profundizar la forma de vida de los pueblos que habitaron el territorio ecuatoriano. Pueblos de una sabiduría incalculable que merece ser estudiada y recuperada para adaptarla, en la medida de lo posible, a la vida actual. Esta sabiduría ancestral nos llevará al anhelado Buen Vivir en el que estamos trabajando con ahínco.

Para el Gobierno de la Revolución Ciudadana, y de modo particular para el Presidente Rafael Correa, la investigación científica y social es prioritaria. Por ello, se ejecutan varios proyectos, como el Yachay, el centro académico de investigación más grande de América Latina. Y en la Amazonía tenemos la Universidad Regional Amazónica Ikian, donde se trabajará para profundizar en la investigación de los pueblos milenarios que habitaron esta parte vital del territorio ecuatoriano.

El Ministerio de Cultura y Patrimonio continuará brindando todo el apoyo necesario a los temas de investigación, de tal forma que nos permitan conocer de mejor manera nuestras culturas y nuestros saberes ancestrales, pues solo así podremos construir una sociedad más justa, inclusiva y equitativa.

Francisco Velasco Andrade
Ministro de Cultura y Patrimonio



Medallón de amazonita, depositado como ofrenda en hoguera central del templo en espiral.

Presentación

Esta publicación no solo es el resultado de doce años de cooperación internacional en el campo de la investigación arqueológica efectuada en la Alta Amazonía ecuatoriana; es el intento riguroso de colocar las bases sobre las cuales puede partir una lectura fidedigna de esta región.

El trabajo realizado por un equipo franco-ecuatoriano en la provincia de Zamora Chinchipe ha revelado las evidencias de una sociedad compleja, fechada en más de 5500 años. Esta cultura se desarrolló a lo largo de la cuenca hidrográfica Mayo- Chinchipe ubicada en el actual territorio fronterizo entre Ecuador y Perú.

Este *relato científico*, enriquecido por evidencias palpables, demuestra la presencia de la ocupación humana en la Alta Amazonía, cuyas estrategias de adaptación supieron interpretar las condiciones particulares del medio ambiente y construir con ellas un continuo cultural y económico.

La investigación conjunta ha demostrado que la Amazonía, no sólo es una reserva de naturaleza primigenia, sino que además tiene una rica historia cultural, donde la interacción de los pueblos nutrió el surgimiento de una cosmología compleja que contribuyó al origen de la civilización Andina; una aproximación histórica ineludible al momento de construir una visión múltiple de un espacio vivo y vivificante, mirado con frecuencia a través de fragmentos arbitrariamente manipulados, que hablan más de nuestras limitaciones de percepción y aíslan los hechos sin las suturas necesarias: pueblos no contactados, impactos de la colonización, explotación de recursos naturales, formas de resistencia, ficciones milenarias. Manifestaciones que aisladas de un contexto, conducen a versiones inconexas o nostálgicas en torno a la Amazonía.

La investigación realizada es una muestra ejemplar de lo que debe ser el trabajo en cooperación internacional. A la dedicación de los investigadores, se unió el respaldo institucional que abrió las puertas a la interdisciplinariedad y la posibilidad de poner en evidencia distintos aspectos de una cultura que ha sobrevivido siglos.

El Instituto de Investigación para el Desarrollo IRD (Francia) realiza en el Ecuador investigación científica en cooperación desde hace cuarenta años; en la última década ha dedicado una buena parte de sus esfuerzos a la investigación arqueológica en la provincia de Zamora Chinchipe, una región periférica que por su difícil acceso y ubicación geográfica ha estado al margen de toda atención y desarrollo.

Esta publicación marca la pauta de la trasformación del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural hacia lo que será el *instituto de investigación* en un futuro cercano. El cambio de la visión sobre la gestión del patrimonio implica profundizar en los campos de la historia para la construcción de un nuevo discurso sobre la ancestralidad, no solo desde miradas académicas sino de la posibilidad real de poner el conocimiento al servicio de la sociedad.

Lucía Chiriboga Vega
Directora Ejecutiva
Instituto Nacional de Patrimonio Cultural INPC



Contexto arqueológico de la botella efigie de asa de estribo, vista en la portada. Representacion de hombre que emerge de la bivalva *Spondylus princeps.*



Introducción

El propósito de esta obra es presentar al público el contexto natural y cultural de la alta Amazonía, subrayando el aporte que los antiguos pueblos de esta comarca hicieron a la construcción de lo que hoy se ha dado en llamar la Civilización Andina. En este recuento se hace una síntesis de los distintos medios y paisajes que caracterizan a esta región intermediaria entre las altas tierras andinas y las tierras bajas de la cuenca amazónica. Se hace una recapitulación de lo que se ha tomado, hasta la presente fecha, como las primeras evidencias arqueológicas de la antigua historia de los pueblos selváticos. Esta revisión es más bien breve por cuanto hay muy poca información publicada sobre lo que se pudiera considerar como las huellas de la primera ocupación humana en las distintas partes del territorio amazónico que hoy constituye la República del Ecuador.

Hay que reconocer que la investigación científica sobre los primeros habitantes de esta inmensa región arrancó relativamente tarde (mediados de la década de los años 1940) y que luego despertó muy poco interés en la comunidad, hasta la década de los sesentas, en que un entusiasta sacerdote incursionó como pionero solitario en la selva. Él dedicó buena parte de su vida al estudio de los *"tiestos y cacharros del oriente"*. A pesar de que la ciencia arqueológica en el Ecuador tomó un nuevo impulso desde los 70s, con los programas ejecutados por los Museos del Banco Central, la investigación en la Amazonía siguió siendo una prioridad postergada. Para cuando el mecenazgo de la institución bancaria se apaga a inicios de los 90s, se despierta una llama de esperanza con los estudios de impacto ambiental, que por ley deben emprender las compañías petroleras que exploran los campos en la baja amazonía. De pronto hay recursos y facilidades para entrar a la selva, lo que atrae a una nueva generación de técnicos en la disciplina a fijar sus miras en la arqueología contractual. Cientos de contratos se generan pero muy poca información se publica y escasos son los resultados que han contribuido a acrecentar el conocimiento de la primera historia de los pueblos amazónicos.

No obstante, esta historia existe y debe ser expuesta, no como un manual de tecnicismos que describe las particularidades de la cerámica maltrecha que generalmente se encuentra en los pozos de sondeo, sino como el reflejo que deja la evidencia arqueológica de los antiguos modos de vida, de las técnicas empleadas para transformar la selva en un dominio culto, donde el hombre encontró el sustento y trabajo las materias para forjarse una vida en sociedad. El presente libro tratará entonces sobre las primeras sociedades de la alta amazonía, de cómo éstas se organizaron en comunidades interdependientes y rompieron el aislamiento que el bosque tupido les brindaba. Se discuten para ello los resultados de la investigación efectuada en la provincia de Zamora Chinchipe y más concretamente en la región de Palanda, donde los estudios efectuados en el sitio Santa Ana-La Florida han contribuido a brindar una imagen bastante clara de cómo estos pueblos produjeron una alta cultura desde hace 5500 años antes del presente.

La investigación ha sido efectuada, en el marco de un convenio de asistencia técnica y cooperación científica entre el Instituto de Investigación para el Desarrollo (IRD de Francia) y el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC). Los trabajos conjuntos han permitido recuperar, en el transcurso de los últimos 12 años, una serie muy amplia de evidencias materiales que hoy se discuten para intentar reconstruir una parte de la primera historia de los habitantes de la cuenca hidrográfica del río Chinchipe (un importante afluente del río Marañón).

Por sus particularidades geográficas, el estudio de esta cuenca, permite comprender las interacciones sociales que se dieron a través del tiempo entre los pueblos que habitaron las tierras bajas de la región amazónica, los de la zona de transición, conocida como ceja de selva, los de las altas tierras del corredor interandino, los de las tierras bajas de la vertiente occidental de los Andes y los pueblos asentados en las costas del océano Pacífico. Las evidencias encontradas en el sitio Santa Ana-La Florida atestiguan de una larga serie de contactos (directos o por intermediarios) entre los pueblos que vivieron a los dos lados de la cordillera andina. La presencia física de conchas marinas, procedentes de los mares cálidos de la zona del golfo de Guayaquil, en los contextos de la alta amazonía es una prueba irrefutable de la relación que tuvieron los antiguos habitantes de esta parte de la América precolombina. Sin embargo, existen muchos otros tipos de evidencias, a primera vista no tan claras, que hablan de las relaciones que mantenían los pueblos de ambos lados del circuito. A veces éstas tienen un carácter microscópico, pero son las evidencias que han dejado sus huellas en el paisaje natural y cultural. Así por ejemplo, está el caso de muchas plantas hoy ampliamente difundidas a los dos lados de la cordillera, pero que originalmente tuvieron su punto de origen en la vertiente oriental. Plantas como el maní, la yuca, la coca son todas originarias de la Amazonía, sin embargo entraron muy tempranamente en la dieta y en las costumbres culturales de los pueblos de la costa del Pacífico. Evidentemente estas plantas no trasmontaron los Andes por la gracia divina, o por la acción de algún ave migratoria que desplazó sus semillas a localidades tan distantes. La acción humana es responsable de estas y muchas otras interacciones regionales, y aunque las motivaciones directas no son por ahora del todo conocidas, sus efectos están palpables por doquier.

Como se verá en el transcurso de esta narración, muchas de las plantas, usos y costumbres que hoy caracterizan a la Civilización Andina tuvieron su origen en la Amazonía y es por ello que hoy conviene reconocer la importancia que tuvo esta región en el surgimiento de la cosmología que sustenta el pensamiento andino. La interacción regional es probablemente una de las principales características que define a los pueblos de esta parte de la América meridional. Estudios como los que ahora se presentan contradicen la noción tradicional que se tenía de que los pueblos amazónicos vivían sin cultura, en un estado de completo aislamiento con respecto a los otros pueblos. Esta noción teórica justificó durante décadas el aparente retraso sociocultural que caracteriza a los pueblos del bosque tropical. En la práctica esta situación está muy alejada de la realidad, la interacción que el hombre amazónico tuvo con su medio fue decisiva en el surgimiento de las culturas selváticas y de cómo estas se proyectaron más allá de su marco natural, pero siempre propagando la ideología profunda y misteriosa que el bosque cerrado les inspiró, pero que los pueblos con su acción social supieron transformar. La historia de los pueblos amazónicos es una dialéctica entre naturaleza y cultura y cómo se verá de ella surgen los primeros rasgos de la civilización. Esta historia es un relato de diálogos y saberes inéditos, pero milenarios.



CAPITULO I

La Amazonía ecuatoriana una multiplicidad de paisajes

La Amazonía ecuatoriana se compone de un mosaico de nichos ecológicos que se caracterizan por estar siempre dotados de un bosque húmedo tupido, que varia en especies de acuerdo a la altura en que se encuentra. Misael Acosta-Solís, el principal ecólogo ecuatoriano (geobotánico) del siglo pasado, clasificó las formaciones vegetales o forestales que conforman el país en 18 tipos, con los que armó el perfil y el mapa forestal del Ecuador[1]. Las cuatro últimas categorías corresponden a los paisajes vegetales de la Amazonía, los nombres que les dio corresponden a las características propias de las cotas altitudinales que los delimitan. Por la importancia que los distintos pisos ecológicos de la amazonía tienen y tuvieron a través de la historia es necesario diferenciarlos claramente. Por ello conviene parafrasear el trabajo citado de Acosta Solís y presentar brevemente los cuatro tipos de formaciones vegetales de la amazonía, comenzando desde las cumbres de la vertiente oriental de la cordillera hasta la planicie de la cuenca baja. Se menciona esto en detalle para comprender mejor las características de cada tipo de paisaje natural y ver con ello como el medio ambiental pudo haber influenciado la naturaleza de los asentamientos humanos en la época precolombina.

Páramo Oriental o Cramintum Microtérmico (XIV)

Se ubica sobre el lomo de la cordillera oriental, su altitud varía de 3300 a 4500 metros sobre el nivel del mar (msnm); tiene una pluviosidad sobre los 1800 a 2800 mm, y presenta una humedad ambiental del 85 al 95%. La temperatura varía entre menos de 0 y los 8° C. Acosta-Solís identificó como propias del medio, calificado como páramo las siguientes especies vegetales: *"Festuca, Stipa, Deyeuxia y Calamagrostis, Leñosas principales: Casha-puhin (Ostemeles glabrata), fical (Gynoxys halii) chilca (Baccharis plyphylla), quinua (Polylepis coriacea) panga-pujin (Hesperomeles lanuginosa) Senecio acuadorensis, Hypericum struthlaefolium, Diplostephium antisanense".* Incluye además las formaciones especiales de la Hidrofilila de las lagunas y las plantas de almohadón andinas.

Ceja Andina oriental: Hidrofílica o Hidrofitia subtérmica andina (XV)

La capa altitudinal siguiente tiene una amplitud longitudinal de entre 3300 msnm; al norte del país y a algo menos de 2800 al sur, en Loja. La temperatura promedio varia entre 12 a 13 ° C y la pluviosidad es mayor a los 3000 mm, con una humedad ambiental del 95%.

Como ejemplo de las especies propias de la ceja identificó en la provincia del Chimborazo las siguientes: *"quishuar" (Buddleia incana), "quinua" (Polylepis incana), "samal" (Rapanea andina), "panga-pujin" (Hesperomeles lanuginosa), "casha-pujin" (Ostemeles glabata), "putzo" (Escallonia myrtilloides), "guizho" o "sacha-capuli" (Vallea stipularis), "catzno" (Gynoxis laurafolia), "shanshi" (Coraria thymifolia) y una barrera de surales (Chusquea spc.).* Acosta Solís sostiene que en este medio dominan los carrizos llamados surales *(Lignograminetum).*

Selva Andina: Oriental Subtérmica y Mesotérmica (XVI)

Se localiza a lo largo de la faja boscosa exterior de la cordillera, entre los 2800 y los 1800 msnm. La pluviosidad es superior a los 3000 mm, con una húmeda 96 al 100 %. Las temperaturas van de 12 a 17 °C. El submestérmico oriental tiene una ecología diferente a la de la cordillera occidental por la influencia de los vientos de la Hylea amazónica. Los representantes botánicos son: *"Cascarilla (Cinchona pubescens y spc) y muchas Rubiaceas de los géneros: Paliocurea,Landenbergia, Golzalagunia, Faramea, Phsychotria, etc. Malastomaaceas de los géneros Miconia, Monochaetum; Blakea, Axinae, Meranea, Tibouchina, etc. "pacarcar" (Persea sericea) "cerrae" (Miconia scabra, Miconia capitellata) "joyata" (Psammsia graegnerina) "pururuj" 'Saurania aff, pseudoscabra), "guayusa cari"(Hedyoismun bonplandiamun), "Cascarilla picante" (Drymys granadensis variedad grandiflora), "duco" (Clusia alata), "urcu-cedro" (Trychulia resinosa), "galuay" (Embotrium mucronatum). Los surales de Chusquea seandens y spc.son bien desarrollados".*

Selva Pluvial Submacrotérmica Flanco Andino Oriental (XVII)

Esta formación aparece desde los 1800 de los 800 msnm, cubre las estribaciones externas e inferiores de la cordillera oriental. La pluviosidad constante está sobre los 3000 y los 2800 mm. La humedad varía según su ubicación entre 96 y el 100 por ciento; la temperatura promedio anual es de 20 a 24° C. Desde esta cota la selva es nublada y se pierde in-



Bosque cerrado de altura, Podocarpus y otras especies.



Bosque tupido de ceja de selva.

sensiblemente en la Hylea amazónica. Acosta-Solís propone estas especies como características de la ceja de montaña: *"Ocotea puberula, Picrammia polychobotrya, Chrysoclamys dependens, Caseria fasiciulata, Tetrathylacium mutans, Miconia longirmosa, Miconia dielsii, Condaminea corymbosa, Palicourea guianensis, Eupatorium hitchcookii, Inga spc, Saurauia pastasana, etc. Muchas palmas, pero principalmente Euterpe ensiformis".*

Selva Pluvial Macrotérmica de la Región Oriental o Hylea Amazónica (XVIII)

Este horizonte de selva siempre verde y siempre húmeda fue denominado por Alexander von Humboldt como Hylea. Acosta-Solís sostiene que la selva se confunde en el piso superior de la faja pluvial mesotérmica oriental. La temperatura promedio varía entre 24 y 26° C, con una pluviosidad sobre los 3500 mm y una humedad ambiental constante de 96 a 100%. Los componentes botánicos pertenecen a una diversidad de familias tropicales: *"Lauraceas, Moraceas, Melastomateceas, Rubiaceas, Bignoniaceas, Sapotaceas, Meliaceas, Gutiferas, Esterculiaceas, Bombaceas, Bureceraceas, Muristicaceas, etc."* (Acosta-Solís 1977: 352-354)

En los cuatro pisos altitudinales se distinguen dos características básicas: la humedad constante y las temperaturas estables que se mantienen constantes a lo largo del año. A medida en que las cotas de altura descienden, la temperatura tiene un promedio más alto, manteniéndose entre 18 y 25° C en las partes altas y entre 25 y 28 ° C en la parte baja. Estos factores favorecen el crecimiento de una vegetación exuberante y tupida que se eleva compitiendo siempre por la luz solar. De hecho, en la selva se forman varios niveles o capas de vegetación. Erwin Patzelt, otro destacado botánico y experto en el medio selvático, distingue las siguientes capas: *"en el sotobosque la vegetación herbácea, luego el piso arbustivo con copas que alcanzan los 4-6 metros, luego los árboles, también con diferentes alturas, desde 8 a 40 metros, sobre cuya capa se distinguen algunas palmeras. Dentro del bosque higrófilo luchan las epífitas y lianas buscando siempre la luz."* (Patzelt 1985:114).



Bosque de selva lianas y arbustos.



Meandros de agua y arena cortan la selva en el bajo Nangaritza.

La competencia por la luz produce una simbiosis dramática en la que varias plantas trepadoras se apoyan sobre las especies vecinas para subir y crecer en altura. Muy a menudo estas plantas huéspedes se nutren del tronco o del follaje que les sustenta y se convierten en parásitos activos que terminan matando al anfitrión involuntario. Quien camina en la selva se enfrenta a una oscura enredadera de lianas y raíces que bajan desde la altura y se mezclan con los arbustos y troncos que pueblan la zona baja cortando el paso a cada instante. La biodiversidad en la selva varía también según su altura y la naturaleza de sus suelos (húmedos o secos). Empero las tasas de mayor riqueza biótica se encuentran en las zonas transicionales de la llamadas "cejas" de monte o de selva, donde las distintas alturas guardan una infinidad de especies propias a cada franja (endemismo).

Conforme a la división paisajística de las formaciones vegetales de Acosta-Solís se puede decir que el oriente ecuatoriano se divide en dos grandes categorías: la *Alta Amazonía* y la *Baja Amazonía,* cada una de las cuales tiene marcadas diferencias en sus especies de flora y fauna, pero también en el desarrollo sociocultural de los pueblos que allí se asentaron tempranamente.

La alta amazonía es más amplia a lo largo del actual territorio ecuatoriano, pues por el hecho de estar adosada a la vertiente oriental de la cordillera de los Andes su extensión recorre todo el país de norte a sur (unos 68 000 de km2). En cambio, la baja Amazonía se encuentra restringida a la parte norte y centro del país, bajando desde los 700 m hasta los 250 msnm únicamente en la parte extrema de las provincias de Sucumbíos, Orellana, Napo, Pastaza, Morona Santiago y Zamora Chinchipe.

La alta amazonía es una formación vegetal particular, comprende el flanco externo de la cordillera oriental que desciende desde la ceja andina hasta la franja tropical de los pisos inferiores a los 1200 msnm. La vertiente oriental de los Andes está completamente poblada de selva pluvial, cubierta por una capa de nubes casi permanente. Los ecólogos la denominan como una faja *higrofilia mesotérmica y submacrotérmica.* La selva subandina viene desde el norte de Bolivia y pasa por Perú, Ecuador, Colombia y avanza hasta Venezuela. En los Andes

centrales y septentrionales se la conoce como ceja de selva o de montaña. A medida en que la cota altitudinal baja la selva de altura va cambiando paulatinamente y se convierte en lo que en el antiguo Tahuantinsuyo se conocía como yunga.

Sourdat y Winkel califican a la alta amazonía como el subsector periférico de la cuenca amazónica más cercana a la línea equinoccial, adosado al segmento más volcánico de los Andes (1997: 321)[2]. Estos autores afirman que el paisaje natural de la amazonía esta ordenado con lógica desde las vertientes de los Andes hasta las llanuras pantanosas del nivel de la base fluvial. Resaltan que en la franja Subandina hay una zona de pie de monte particularmente desarrollada y notable que califican de "periandino", pues los paisajes de la Amazonía ecuatoriana están marcados por la proximidad de los Andes, tanto en su geología como en el tipo de suelos que allí se han formado.

Las potencialidades y limitaciones de cada paisaje están relacionados con el clima, el relieve, el suelo y su drenaje *(ídem: 323).* En este sentido la llamada ceja de montaña es un ecosistema muy particular caracterizado por su inclinación, su vegetación húmeda siempre verde, una capa de suelo orgánico poco profunda, con drenajes muy hondos y la exposición constante de las capas minerales andinas, por efecto de la erosión y los deslaves. Esto se debe en gran parte a la deforestación inducida por el hombre. La ceja de montaña es una zona de transición muy rica en biodiversidad, donde el descenso paulatino hacia la planicie amazónica está marcada por capas altitudinales donde se desarrollan determinadas especies que normalmente pueblan sólo la franja a la que pertenecen, este fenómeno es conocido como endemismo. La variedad de especies dentro de cada capa no es muy amplia, pero la sucesión de distintas especies dentro de un rango vertical relativamente corto da cuenta de una tasa elevada de biodiversidad.

La selva baja está cubierta por un espeso manto de bosque húmedo (pluvisilva tropical) que abarca unos 50 500 de kilómetros cuadrados. Acosta-Solís afirma que se diferencia de la anterior solamente por la mayor temperatura y por una constancia en la igualdad de la planicie (1977: 221-222). Este botánico calificó a la Hylea amazónica como *"un maremágnum de árboles, arbustos, lianas, epifitas, saprofitas, y parasitas; dentro de la selva, el estrato de las copas no permite la entrada de los rayos solares, pero se puede distinguir la forma de los troncos y la clase de corteza de los mismos. La mayor parte de los árboles tienen bases muy disformes (triangulares o anguladas) y con raíces gigantes que serpentean en el suelo, pero principalmente las Moraceas y Euforbiaceas"(idem: 222)*

La cuenca amazónica cuenta con la más grande variedad de especies, géneros y familias botánicas del mundo. Se destacan las palmeras de los géneros *Mauritia, Cocos, Euterpe e Iriartea.* Los guarumos del género *Cecropia* y los ceibos de los géneros *Ceiba y Eriodendron* son las especies frecuentes. El caucho *Hevea* es frecuente a lo largo de las planicies secas o en las tierras altas que rodean a las llanuras inundables. El látex procedente de estos árboles fue una de las principales causas de la intrusión del "hombre blanco" en la amazonía desde los mediados del siglo XIX. El comercio del caucho procedente de la *Hevea brasilensis,* conformó verdaderos imperios, sin dios ni ley, que saquearon el medio ambiente y esclavizaron a miles de nativos de varias etnias a lo largo de Colombia, Ecuador, Perú y Brasil. Luego del decaimiento de este jugoso negocio a inicios del siglo XX, las especies maderables finas y comunes han sido el blanco del comercio internacional. Acosta-Solís menciona *"árboles de la familia de las Lauraceas, los canelos (Persea) varios del género Berthotelletia y de Hymenea spc, y muchos conocidos localmente como : copal, aguamo, sapotillo, mindal, manzano, cedrillo, batea-caspi, huito, doncel, moral, ajua, palo maria, aguacatillo, sisín, mataplao,guayacan, etc".* Dice además que en la selva descrita existen muchas *"maderables de buena calidad como el copal, aguano, sapotillo, canelo, mindal, manzano, cedrillo, batea- caspi, huito, doncel, moral, ajua, palo María, aguacatilio, sisin, mata palo, guayacán, etc...." (Ídem 222)*



Paisaje natural y cultural

La definición del paisaje no sólo depende de la cobertura vegetal, sino que depende de varios elementos como la base geológica, la topografía, el clima actual y el balance de la evolución climática pasada, los escurrimientos y el drenaje natural, así como los distintos componentes del suelo. Custode y Sourdat, expertos en este tema, consideran que el paisaje natural es un sistema interactivo, en el que interactúan varios elementos como la vegetación, la estructura geológica, la topografía, el clima, los escurrimientos, el drenaje y el suelo. No obstante, la acción humana también ha sido decisiva a través de la historia, dando lugar a la creación de paisajes culturales. Los estudios morfo-edafológicos realizados por PRONAREG-ORSTOM entre 1976 y 1985, dieron una primera aproximación sistémica que permitió la delimitación de los principales paisajes y los suelos que corresponden a la amazonía. Para describir el paisaje, Custode y Sourdat utilizaron los distintos elementos interactivos y establecieron 15 tipos de paisajes principales y caracterizaron 9 tipos de suelos predominantes (1986).

Una breve síntesis de sus trabajos permite comprender como el medio natural se conforma en categorías analíticas. Los paisajes se definen en función de la altitud y de los relieves topográficos. La vertiente oriental de los Andes se extiende entre los 6000 y los 1000 m de altura. El drenaje de las aguas a través de las agudas pendientes ha ido formando una serie de quebradas profundas que modifican regularmente la topografía en las alturas superiores. Entre los 3000 y los 600 m, los declives son menos marcados y los relieves inclinados van formando valles a lo largo de los causes fluviales. A partir de los 600 m se dan las llamadas formaciones periandinas, donde hay una serie de lomas, gradas o planicies más o menos disecadas en colinas o en terrazas poco inclinadas. Entre los 600 y los 200 m de altura, la topografía es más constante, con inclinaciones moderadas que paulatinamente se van convirtiendo en la llanura amazónica baja. Las zonas bajas, con un drenaje menos inclinado, están sujetas a inundaciones estacionales; por lo que a menudo hay una alternancia entre áreas firmes y pantanos someros. En la baja amazonía las zonas inundables son más frecuentes y son conocidas como várzeas.

Como se puede ver la topografía de la amazonía ecuatoriana es variada, desde la vertiente oriental de los Andes el terreno desciende abruptamente, formando valles moderados o profundos entre los cauces nacientes de los distintos ríos. En el norte del país los declives son progresivos, dejando perfiles escalonados de cierta amplitud. En el sur, las

pendientes son más agudas y los valles estrechos están entrecortados por sub-cordilleras, formadas en el antiguo plegamiento de los Andes.

Sourdat y Winkel afirman que los paisajes corresponden a los levantamientos de una estructura anticlinal, con la formación de corredores, depresiones y estribaciones adyacentes. Los autores explican que anticlinal subandino está constituido por sedimentos secundarios (marinos) y terciarios (continentales). La disimetría del plegamiento de las fallas y de la erosión se refleja la disposición de los afloramientos y en la repartición de los paisajes. Señalan que *"El eje anticlinal está marcado por dos levantamientos alineados, con orientación submeridiana, separados por una ensillada. Al norte, entre los ríos San Miguel y Anzú está el "Levantamiento Napo". Al Sur entre los ríos Pastaza y Chinchipe está el "Levantamiento Cutucú" (1997: 324).* A partir de ese punto se forma luego la Cordillera del Cóndor que es el último bastión de la región Subandina.

El clima y las temperaturas están también ligados a la altitud. En la alta amazonía las temperaturas pueden variar entre 8 y 22° C entre las cotas de 2800 y 800 m de altura. En la baja amazonía las temperaturas estabilizan entre los 25 y los 28°. Como ya se ha dicho, los vientos procedentes de la cuenca amazónica traen una fuerte húmeda que al chocar contra la barrera andina se condensa y trae precipitaciones que varían entre los 2000 y dos 5000 mm. En estas condiciones es natural que predomine el bosque tropical denso a lo largo de todos los pisos altitudinales.

Suelos

Los paisajes definidos por Custode y Sourdat (1986) para la Amazonía ecuatoriana comprenden tres sectores: la *Amazonía Andina* compuesta por las altas crestas de la cordillera, desde la línea de nieves perpetúas hasta la cota de los 2500 msnm. Se caracteriza por las formaciones volcánicas, los paramos y las altas vertientes disectadas del sur del país. La segunda denominada *Amazonía Subandina* desciende hasta los 500 msnm, con relieves estructurales donde abundan las quebradas, las mesas, las pendientes, los chevrones en franjas, las colinas y los relieves disectados. La tercera conocida como la *Amazonía Períandina* baja hasta los 200 msnm con el piedemonte propiamente dicho, compuesto por mesetas, relieves derivados, llanuras, terrazas, colinas y la cuenca amazónica con el complejo fluvial caracterizado por terrazas y pantanos (1986:326-327). Cada paisaje se caracteriza por tener varios tipos de perfiles de suelos a los que corresponde una cobertura edáfica.

En las secciones más altas predominan los suelos minerales poco evolucionados, dominados por el volcanismo, la erosión de los glaciares y la disección de rocas cuarzosas, el resultante es un potencial productivo muy pobre. El piedemonte sobre los 3000 msnm se caracteriza por los suelos de coloración beige, formados sobre cenizas volcánicas. Se trata de andosoles per-hidratados, a menudo cubiertos por una espesa capa de cenizas. Se componen por minerales primarios alterados de rocas meteorizadas, sujetas a una fuerte erosión ligada a una topografía con pendientes marcadas. La fertilidad de los suelos es muy baja. En algunos sectores de las vertientes altas hay suelos amarillos o rojos, formados sobre rocas metamórficas, graníticas, areniscas o coluviones de las rocas. Son suelos ferralíticos desaturados, algunos son ricos en horizontes orgánicos espesos de coloración negro/amarillo/rojo. La fertilidad de estos suelos es muy baja y su estabilidad es relativa por las fuertes pendientes de ciertas zonas.

La sección Subandina tiene suelos muy similares a los anteriores, pero en zonas muy amplias la base geológica de rocas sedimentarias estratificadas, con areniscas y conglomerados de mioceno da una cobertura edafológica de suelos rojos arcillosos. El drenaje ayuda a la retención de arcillas donde se pueden fijar horizontes orgánicos superficiales. La fertilidad sigue siendo baja, pero en las zonas de colinas redondeadas se pueden formar suelos más estables. En la parte septentrional los suelos son más ricos por el aporte de las cenizas volcánicas que los nutren.

En la zona baja, denominada periandina, corresponde al piedemonte formado por varias capas detríticas pleistocénicas, constituidas de areniscas, piedras y arenas de origen volcánico. Los componentes principales son minerales arcillosos (montmorillonita) y vidrios volcánicos. Los suelos son depósitos estratificados areno-limosos y arcillo-limosos de color pardo.

La naturaleza de los drenajes puede influir en la retención estacional de grandes volúmenes de agua que producen pantanos o várzeas. En estos casos, lo suelos hidromórficos tienen una capa superficial orgánica fibrosa depositada sobre horizontes arcillo-limosos muy ácidos. La fertilidad se incrementa con un buen manejo del drenaje.

En una parte de la alta amazonía y el la mayoría de la cuenca baja los suelos se han formado sobre aluviones compuestos por materiales diversos transportados por el agua. Estos suelos suelen ser ricos y de cultivo fácil con una topografía poco acentuada. Investigadores del Orstom (hoy IRD) que estudiaron los suelos en la región amazónica dicen que los depósitos aluviales no siempre son constantes en el terreno por la gran cantidad de pendientes que caracterizan a la vertiente oriental de los Andes, y señalan además que esto es notable en los pequeños valles que se forma entre las cordilleras que marcan los distintos relieves de la alta amazonía (Huttel et al: 8). Por otro lado, los expertos indican que en determinados casos, los suelos aluviales pueden presentar características desfavorables, como una textura arenosa excesiva, o la existencia de piedras que dificultan la actividad agrícola. La presencia demasiado fuerte de arcillas también puede ser perjudicial ya que la textura casi impermeable de algunas dificulta el drenaje y produce inundaciones o pantanos. Esto es comuna en las zonas bajas, donde la presencia excesiva de agua puede causar suelos hidroamorfos y el cultivo se hace imposible sin una tecnología adecuada para drenar los suelos.

En general, los suelos de aluvión suelen ser fértiles por la presencia de los materiales volcánicos finos que transportan: fósforo, potasio y calcio son nutrientes que enriquecen los depósitos en las zonas húmedas, donde los suelos son fácilmente lixiviados de sus los elementos minerales.

Huttel *et al,* mencionan otro tipo de suelos que caracterizan las regiones más húmedas de la amazonía, son los suelos ferralíticos, arcillosos desaturados, que son relativamente ricos en nutrientes, pero que tienen un pH bajo que provoca una toxicidad alumínica para los cultivos. Los suelos ferralíticos rojos y amarillos se localizan en las colinas de la alta amazonía. Los suelos pardos ferralíticos son característicos de las mesas-volcánico sedimentarias disectadas del Amazonía, mientras que los suelos ferralíticos y seudo ferralíticos, cubren todas las colinas sedimentarias de la parte oriental de esa región y presenta una toxicidad alumínica particularmente elevada. Finalmente los suelos ferralíticos rejuvenecidos son suelos erosionados, coluvionados, ubicados en las pendientes abruptas de la región suroccidental de la Amazonía.

El análisis de los agrónomos establece que los suelos aluviales y aquellos derivados de cenizas volcánicas son los más favorables para la agricultura; pero los suelos, aluviales con problemas de hidromorfia y los ferralíticos, con sus deficiencias químicas, presentan graves limitaciones para la agricultura y hacen de la Amazonía un medio particularmente frágil (Huttel *et al.*1999: 13).



CAPITULO II

Historia temprana de las sociedades amazónicas

La historia humana en la Amazonía es muy antigua y en lo que se refiere a la parte correspondiente a lo que es hoy la república del Ecuador tiene raíces que comienzan a comprenderse en su verdadera dimensión. Todo estudio histórico debe necesariamente comenzar preguntando ¿dónde y cuándo comienza la presencia del hombre en un determinado territorio?, para el caso de la amazonía ecuatoriana esta pregunta parte del poblamiento mismo del continente americano y más concretamente de América del Sur. El poblamiento inicial del Amazonía es tan antiguo como el que se realizó en el altiplano andino o en la costa del Pacífico, pero la densidad del bosque tropical, la inclinación de los suelos o los terrenos a menudo inundados hacen que sus evidencias materiales se encuentren ocultas en la naturaleza. No obstante, trabajos realizados en otras partes del Amazonía demuestran ocupaciones humanas desde hace aproximadamente 35,000 años.

Varias teorías han sido esbozadas para explicar el poblamiento del continente americano, entre los cuales ha reinado el paradigma conocido como el "Consenso de Clovis", que aboga por el poblamiento tardío de Sudamérica con una ocupación humana posterior a los 11,500 años antes del presente (AP). Esta teoría reposa sobre la suposición de la presencia inicial del hombre en América, mediante una migración desde Siberia hacia Beringia (un puente terrestre creado durante la glaciación, en el cual el nivel del mar baja y se forma un pasadizo de hielo y tierra entre el continente asiático y Norteamérica). A partir de la entrada del hombre, a través de lo que es hoy Alaska, el continente se fue poblando paulatinamente de norte a sur. Para el 10 000 AP los grupos humanos llegaron hasta Tierra de Fuego, en la punta meridional de Sudamérica.



Vías de penetración al continente sudamericano.

Empero, evidencias encontradas en los últimos años en varios sitios de la Amazonía demuestran que el hombre ocupó la parte oriental del continente desde hace por lo menos 20,000 años (Lahaye, C. et al 2013). Sitios como Pedra Pintada, Santa Elina, Boqueirao da Pedra Furada, Toca da Tira Peia, Toca da Pena, Baxao da Esperança, Sitio do Meio, Pedra Pintada, Lapa do Boquete, Santana do Riacho y Alice Boër demuestran la presencia del hombre en la baja Amazonía desde el Pleistoceno tardío. Estos sitios comprueban la posibilidad de una ruta de entrada hacia la planicie amazónica a través de la cuenca del Orinoco y a lo largo del río Amazonas con sus distintos tributarios.

Evidencia nueva demuestra que el ser humano (organizado en bandas de cazadores recolectores) fue capaz de desarrollar estrategias adaptativas conforme a la realidad del terreno que iba ocupando. De acuerdo a la visión tradicional el cazador recolector seguía manadas de animales a través del continente, aplicando un sistema extractivista del medio ambiente, fundado sobre todo en la caza de grandes mamíferos, cosa que parecería ser poco probable en la cuenca amazónica. No obstante, el hombre pudo haber sacado provecho de los mamíferos menores que vivían dispersos en los distintos ecosistemas del bosque tropical. La pesca y la recolección de frutos diversos, incluyendo los moluscos y reptiles fluviales (caimanes, culebras y tortugas) fueron sin duda el complemento ideal a la caza de aves y de animales pequeños como el mono, el armadillo, o los roedores terrestres y fluviales acuáticos (capibara, guatusa, guanta). Mamíferos más grandes como el tapir o danta, distintos tipos de venados, saínos y pecarís son hasta la actualidad presas comunes del bosque alto, pero en determinados casos los canidos y algunos los felinos son también buscados en la foresta baja, donde hay menos mamíferos.

Para el caso del oriente ecuatoriano, no se cuenta con información publicada sobre sitios de ocupación humana antigua con fechas seguras. Las ocupaciones tempranas de la selva aún no han sido claramente identificadas, por lo que no se tienen sitios emblemáticos de los primeros cazadores recolectores que poblaron la selva alta o las tierras bajas de la cuenca amazónica occidental. La investigación arqueológica reciente ha demostrado sin embargo, restos de las primeras culturas sedentarias que se asentaron en estos territorios, produciendo sus propios alimentos y transformando paulatinamente al bosque primigenio.

La evidencia que tradicionalmente se ha mencionado para la primera ocupación humana en la alta amazonía se emparentaba con el utillaje de obsidiana y basalto similar al encontrado en los sitios del periodo Paleoindio en la sierra. Los casos que el Padre Pedro Porras menciona para dos localidades de la selva alta (Papallacta y Jondachi) corresponden industrias líticas similares a las del complejo El Inga (Porras 1987: 222-223).

Para la baja amazonía hay nuevos datos que cambian un poco el panorama. En los últimos años, trabajos de arqueología de contrato realizados en el alto Napo habrían identificado materiales trabajados por el hombre hacia el 9850+/-60b AP, en el

sitio denominado Guagua Canoayacu (OIVB1-07). El antiguo paradero se encuentra en la cuenca del río Canoyacu, sobre una loma -con la cima plana- a 365msnm. Los trabajos arqueológicos fueron ejecutados por Amelia Sánchez y el material lítico fue estudiado por Ángelo Constantine a fin de la década de los años 1990 (Sánchez 1998; Constantine 1998). La tesis de Licenciatura de Constantine trató por primera vez la tecnología lítica de los pueblos prehistóricos de la amazonía -sitio Grefa- y como tal es un primer aporte al estudio tecnológico de los grupos selváticos (Constantine 2004).

No hay duda de que a medida en que la investigación sistemática avance en la Amazonía se descubrirán nuevos datos que informen sobre la presencia humana temprana en la selva alta. Resulta lógico pensar que el hombre andino buscó refugio en la vertiente oriental de los Andes, al frío creciente y a las condiciones precarias del medio sujeto a la última glaciación. Esta hipótesis es muy plausible si se considera que el hombre temprano estuvo sujeto a un modo de vida sustentado en la alta movilidad y a la búsqueda de todo tipo de recursos alimenticios. Desde el inicio los pueblos que habitaron el bosque tropical húmedo desarrollaron estrategias de subsistencia conforme a los recursos que tenían a su alcance. Las bandas iniciales, y las tribus que con el tiempo se fueron estableciendo en este territorio, fueron adoptando un patrón de asentamiento disperso, para evitar agotar los recursos naturales en una zona específica. Una vez que desarrollaron técnicas agrícolas, las limitaciones del suelo orgánico les obligaron a practicar una horticultura y eventualmente una agricultura itinerante, para asegurar un sustento estable a través de los distintos territorios y zonas ecológicas del bosque tropical. La alta movilidad que caracterizó a los primeros grupos establecidos en la Amazonía fomentó la interacción cautelosa con otros grupos humanos ubicados en las distintas regiones geográficas, que colindan con la selva alta o con los grupos asentados en la cuenca baja amazónica (Salazar 1993:24-25).

Como se ha visto la selva tropical húmeda es un ecosistema complejo, con suelos considerados como pobres por la escasa profundidad del estrato orgánico. Sin embargo, éste se regenera constantemente por la degradación del follaje, las frutas maduras y de las ramas que caen continuamente desde las alturas. El hombre que se introdujo en este medio aprendió a colectar frutos silvestres y comprendió el proceso regenerativo de determinadas plantas mediante una horticultura sencilla. Esto es la reproducción vegetativa de especies por la introducción de estacas en el suelo para sustituir las plantas útiles que se han agotado. La observación del consumo de determinadas raíces y rizomas por parte de varios mamíferos (roedores, zainos y hasta osos) enseñó el valor nutritivo de los frutos comestibles que aparecen en el substrato. El hombre aprendió a reintroducir el tubérculo y regenerar la planta original. De igual forma, el hombre comprendió como determinadas frutas se regeneran a partir de las semillas que las aves y algunos animales dejan en sus heces luego de haberlas consumido. Por ello, ciertos árboles frutales y palmas, como la guaba, el chontaduro y posiblemente el cacao fueron buscados y criados en el entorno del hábitat humano.

A pesar de que no hay estudios concretos sobre el proceso del desarrollo agrícola inicial en la amazonía ecuatoriana, se sabe que el hombre comenzó a producir sus propios alimentos en el bosque semidomesticado desde hace unos 6000 años, en lo que algunos especialistas, siguiendo a Donald Lathrap, han denominado el inicio de las *Culturas de Selva Tropical* (Lathrap 1970: 45-67; Salazar 1993: 26). Según la tesis de Lathrap el conjunto de los pueblos selváticos compartieron una serie de elementos culturales, que reflejan el éxito adaptativo que tuvieron en los distintos medios del ecosistema amazónico. Si bien no todos los pueblos alcanzaron un nivel uniforme de desarrollo cultural, muchas de estas culturas alcanzaron un alto grado de eficiencia adaptativa al medio selvático para el 3000 antes de Cristo (a.C.).[3] Esta eficiencia se basó en el desarrollo de un sistema agrícola sustentado en el cultivo de raíces y rizomas con una explotación de los recursos acuáticos variados y donde la cacería de aves y mamíferos fue de importancia secundaria (ídem: 47; Oliver 2008). Las bases tecnológicas de

las Culturas de Selva Tropical fueron el desarrollo de varias actividades que con el tiempo y la especialización del trabajo se convertirán en los instrumentos: el trabajo de la piedra y de la madera para elaborar herramientas eficientes para transformar el medio y sacar provecho de sus recursos; la cestería, la producción de textiles, y la alfarería. De hecho, los restos de cultura material que sobreviven al paso del tiempo, al rigor del clima y sus efectos, son los únicos vestigios con los que dispone el arqueólogo para identificar e interpretar la historia antigua de los primeros pueblos. Con su estudio es posible caracterizar los antiguos modos de vida y de llegar a definir los rasgos de la identidad de los distintos grupos a través de los milenios. En el presente trabajo se discutirá sobre una serie de evidencias que corroboran en grandes líneas la hipótesis profética de Lathrap y que sin duda cambiaran la manera de ver y comprender a los antiguos pueblos de la selva alta y de la cuenca amazónica.

Inicios de la práctica arqueológica en la región amazónica del Ecuador

El estudio de las primeras sociedades que surgieron en la Amazonía ecuatoriana es relativamente joven, a pesar de que la práctica de la arqueología histórica tenga ya más de cien años. En realidad el estudio de la primera historia de los pueblos orientales ha tenido un retraso considerable en nuestro medio por varias razones, siendo quizás la principal un prejuicio epistemológico nacido del evolucionismo unilineal y de la escuela difusionista que caracterizó a la arqueología americana durante la mitad del siglo XX. En el pensamiento tradicional de estas escuelas teóricas la selva tropical húmeda era vista como la antítesis de la cultura. La naturaleza, aparentemente indomada por la mano del hombre, tendría una serie de limitaciones ambientales que impedirían el desarrollo social de las comunidades allí establecidas. Al determinismo ambiental, que supone que los suelos amazónicos son incapaces de sostener poblaciones numerosas, se añadía el presupuesto de que la civilización en América tuvo un solo foco de origen (situado en Mesoamérica) y que ésta se introdujo en el continente sudamericano por la costa del Pacífico para avanzar paulatinamente hacia las tierras altas de la cordillera y descender mucho más tarde hacia la Amazonía (Spinden 1917 a y b, Uhle, 1922, 1923, Jijón 1930; Borhegyi 1959, 1960; Meggers y Evans 1964, Meggers, Evans y Estrada1965). Con este pensamiento en boga, la arqueología de los pueblos bárbaros de la selva oriental no era una prioridad.

Como no podía ser de otra manera es Monseñor Federico González Suárez, el padre de la arqueología ecuatoriana, quien menciona por primera vez los monumentos arqueológicos de la región amazónica. Lo hace cuando trata de los "muros de Gualaquiza" ubicados en la cordillera oriental; sin embargo no entra en detalles y se contenta en decir que estas fortificaciones eran quizás la prueba de las contiendas habidas entre Cañaris y Jíbaros (González Suárez 1922: 58). El primer trabajo que se realiza al este de los Andes es un estudio rápido de unas colecciones procedentes de Macas. Geoffrey Bushnell un experimentado geólogo – arqueólogo inglés, que había trabajado en la costa peruana y ecuatoriana, sintió la necesidad de presentar estos materiales en una afamada revista europea y con ello presentar los primeros tiestos de la alta Amazonía ecuatoriana al mundo (Bushnell 1946). Unos 10 años más tarde, los esposos Evans y Meggers realizan la primera exploración sistemática por el río Napo y descubren varios asentamientos ribereños. El estudio comparativo de los materiales asociados, y unas cuantas fechas obtenidas con el innovador método del análisis del carbono 14^4, permitió a los autores establecer la primera secuencia cultural para la amazonía ecuatoriana (Evans y Meggers 1968). A fines de la década de los 50, Lino Rampón, un misionero salesiano de origen italiano, que trabajaba en las márgenes del río Chiguaza colecciona tiestos en varias localidades, luego bajo la dirección de Pedro Armillas los estudia y publica en el Ecuador el primer informe científico sobre materiales arqueológicos del oriente. El primer arqueólogo ecuatoriano que trató de los materiales amazónicos en un tratado formal fue Jacinto Jijón y Caamaño en su obra póstuma *Antropología Prehispánica del Ecuador* de 1952. Jijón mencionó tres tipos distintos de alfarería

presente en la Hoya del Santiago (jíbara), en la región de Quijos (Panzaleo III) y naturalmente en el Alto Napo. En sus láminas expuso varias urnas y vasijas policromas procedentes del Napo, que vinculó con las culturas amazónicas de Marajó y Santarem (Jijón 1952{1997}: 344 y Figs. 497 a 504).

Si se hace una revisión de las publicaciones relacionadas con la arqueología amazónica en el Ecuador, se pueden constatar algunos hechos significativos. Para comenzar, los estudios publicados no son abundantes y, en la mayoría de los casos, tratan únicamente sobre algunas regiones específicas, dejando de lado una gran parte del territorio selvático oriental. Al gran vacío de la cobertura geográfica hay que añadir el hecho de que son muy pocos los investigadores que han incursionado en esta temática y que son aún más pocos los estudios que han llegado a difundirse a través de artículos, monografías o publicaciones de divulgación científica. Esta situación limita considerablemente el avance del conocimiento arqueológico. En una publicación reciente se dividió la arqueología amazónica en el Ecuador en tres etapas: *"A) los trabajos pioneros: Bushnell (1946), Jijón y Caamaño (1952{1997}), Rampon (1959), Evans y Meggers (1956/1968), Porras (1961); B) los trabajos sistemáticos (Porras 1971; 1975a y b; 1978; 1981; 1985; 1987; 1989); (Athens 1984; 1986; 1997); (Piperno 1990); (Moncayo 1994); (Ledergerber-Crespo 1995; 2007 a y b ;2008); (Rostoker 1996; 1998; 2005); (Newson 1996); (Salazar 1993; 1998 a y b; 1999; 2000; 2008); (Rostain 1997a y b; 1999 a, b y c; 2005; 2006; 2008; 2010; 2011; 2012); (Carrillo 2003); (Guffroy y Valdez 2001ms); (Valdez et al 2005); (Valdez 2007 a, b y c; 2008; 2009; 2010;2011); (Guffroy 2006); (Saulieu y Rampon 2006); (Saulieu 2006 a y b; 2007); (Saulieu y Duche 2007); (Pazmiño 2008); (Cuéllar 2006; 2009); (Duche y Saulieu 2009); (Lara 2009 ms; 2010 a, b y c; 2011) y C) los trabajos calificados de "contrato de saneamiento ambiental" efectuados desde fines de la década de los años 1990"* (Valdez 2013).

Como se puede ver en la bibliografía, la producción no es muy amplia y a veces se hace repetitiva, sin embargo se constata un aumento significativo de trabajos desde los finales de los años 1990, con un esfuerzo particular a partir de la década del 2000. A estos títulos habría que añadir una larga lista de informes de la llamada "arqueología de contrato" que no se publican por ser considerados, en su gran mayoría, como información confidencial de propiedad de los contratantes. Este absurdo de carácter "legal" contradice sustancialmente la naturaleza del trabajo arqueológico científico que tiene por objeto indagar e informar a la comunidad sobre la primera historia de los pueblos, contribuyendo así al conocimiento universal de la sociedad humana en su conjunto. Resulta contradictorio que las autoridades nacionales encargadas de velar por la investigación, preservación, difusión y puesta en valor y función social de los patrimonios permitan que esto se de en el Ecuador del siglo XXI. El escritor y semiólogo italiano Umberto Eco decía no hace mucho *"solo lo que se ha publicado existe"*, la información que no circula no sirve de nada y en este caso, la destrucción de los contextos culturales, que implica la exploración arqueológica, no es mejor que la HUAQUERÍA que descontextualiza las evidencias por el mero afán de lucro económico.

La arqueología amazónica en el Ecuador ha tenido una figura dominante desde la segunda mitad del siglo XX. El sacerdote de la orden de los Josefinos, Pedro Porras fue sin duda quien realizó la mayor contribución al conocimiento inicial de la primera historia de los pueblos selváticos. Desde 1961 publicó el resultado de sus primeras exploraciones en el alto Napo, en esto siguió los pasos de sus principales mentores, los esposos Meggers y Evans del Smithsonian Institution.

Al inicio, Porras comulgó también con las ideas difusionistas de los norteamericanos y sostenía que la migración hacia las tierras bajas fue un fenómeno discontinuo, caracterizado por un movimiento centrífugo, en que las diferencias mínimas del medio, tanto en clima como en fertilidad del suelo, impusieron la aplicación de las mismas técnicas de subsistencia a lo largo y ancho del valle amazónico. El rápido empobrecimiento del suelo exigió a los habitantes estar cambiando continuamente de lugar de residencia y *"no favoreció en forma alguna el*

sedentarismo y produjo, en cambio, una mezcolanza de lenguas y de otros elementos culturales que viajaron con enorme rapidez por todas direcciones" (1987: 217-219).

Sin embargo, a medida en que sus trabajos le fueron mostrando evidencias de ocupaciones tempranas y complejas, Porras comenzó a cambiar su óptica difusionista y se fue apartando de la visión tradicional, según la cual las migraciones vinieron, a partir del tercer milenio, desde el litoral, hacia la sierra primero y luego al oriente. Al final Porras afirmó que este fenómeno probablemente no se dio así y que en realidad muchas de las culturas amazónicas influenciaron desde épocas tempranas a la Sierra norte (durante la fase Cosanga), al altiplano del austro e inclusive a la costa (en Machalilla) con la tradición Upano (ídem: 219).

Los trabajos del Padre Porras fueron el reflejo de su época, sus primeros esfuerzos abrieron el camino para que los futuros investigadores se dieran cuenta del inmenso acervo cultural de los pueblos orientales. Con él comenzó a romperse el mito de que lo amazónico era sinónimo de barbarie. Porras se mantuvo activo en el estudio de la arqueología amazónica hasta su muerte en 1990 y su legado quedó marcado en la historia de la disciplina; sus discípulos José Echeverria y Patricio Moncayo continuaron con sus investigaciones en varios sitios previamente trabajados con su maestro.

Enfoques, periodos y fases: las evidencias tempranas de la cultura material

El propósito de este estudio es presentar las evidencias que permiten caracterizar a las primeras sociedades que ocuparon la selva amazónica en el territorio nacional. Por ello, no se pretende hacer un tratado completo de la arqueología amazónica en el Ecuador. La temática que se trata es en realidad lo suficientemente amplia como para poder trazar un primer capítulo de esa obra mayor que está todavía por escribirse. Este texto tampoco pretende ser un manual técnico de arqueología, por ello no se enunciaran los atributos formales de ciertas evidencias menores de la cultura material (como la cerámica) que han sido tradicionalmente empleadas para sustentar el carácter temprano de una cultura. Se subrayará en cambio los aspectos que informan sobre los antiguos modos de vida que caracterizaron a las primeras sociedades de la selva oriental.

El título se justifica en la medida en que la información obtenida de primera mano en una parte del país, hasta aquí ignorada en los estudios anteriores, brinda la oportunidad de presentar los datos constatados en la alta Amazonía, que dan una amplia información sobre los modos de vida que caracterizaron las primeras sociedades sedentarias de la vertiente oriental de los Andes. Las evidencias expuestas permiten hacer inferencias que pueden llegar a tornarse en generalizaciones para la mayor parte del territorio amazónico de esta región. Con esto se pretende demostrar la diferencia sustancial que hay entre los estudios arqueológicos académicos y los trabajos puntuales que emplean las técnicas arqueológicas para explorar momentáneamente el subsuelo e indagar si es que existen vestigios del pasado que pueden o no correr un riesgo con motivo del movimiento estructural de tierras producido por la realización de algún tipo de obras públicas o privadas. Se pretende con esto demostrar cuál es el potencial de la arqueología científica y cuál es la responsabilidad de un arqueólogo que pretende ser profesional en el campo del estudio de las antiguas sociedades. Es evidente que la naturaleza de los dos trabajos es distinta, pero el irrumpir en los contextos culturales del pasado implica una gran responsabilidad hacia la comunidad que directa o indirectamente financia la arqueología contractual. No hay que olvidar que la evidencia arqueológica es una parte importante del patrimonio cultural de la Nación y por ello la información que de su estudio se desprende pertenece irrevocablemente al pueblo ecuatoriano en primer término y a la humanidad en general.

Para enmarcar adecuadamente el nuevo panorama, hay que forzosamente echar una mirada a los trabajos anteriores que trataron de este tema. Por eso se

hará un breve recuento de la información con la que se contaba hasta hace poco sobre las primeras ocupaciones humanas en la Amazonía ecuatoriana. Partiendo de la secuencia cultural establecida por Evans y Meggers para el Napo (1968: 7-87) las primeras evidencias de ocupación encontradas en la baja amazonía se iniciaban hacia el 2000+- 90 antes del presente (AP) con la llamada *fase Yasuní,* identificada en dos sitios a orillas del río Napo. A estas evidencias tempranas le siguen tres fases más tardías: la *fase Tivacundo* (510 d.C.), con materiales encontrados en dos sitios ubicados en la margen izquierda del río Tiputini; la *fase Napo* (1188-1480 d.C.) con ocho sitios y la *fase Cotococha* (1450-1500 d.C.) establecida en base a los restos arqueológicos excavados en cuatro sitios (Echeverría 2012:142-143).

Este esquema inicial encajaba bien dentro de la periodificación propuesta por los esposos Meggers y Evans (siguiendo a su colega James Ford) y secundada por Emilio Estrada para el desarrollo cultural precolombino del Ecuador. El esquema dividía la primera historia en cuatro periodos mayores (de allí el termino periodificación) : **El Precerámico**, una etapa donde los grupos humanos estaban organizados en bandas de cazadores recolectores, que no conocían la alfarería y que no tenían aún un modo de vida sedentario. **El Formativo**, la etapa en que comienza a formarse la sociedad propiamente dicha, con adelantos tecnológicos que facilitan la vida (la alfarería, los textiles, etc.) y que permiten asegurar la subsistencia casi todo el año (agricultura). Esto facilita a que los pueblos se asienten en un determinado territorio de manera permanente (o casi); por ello se habla entonces del surgimiento de las sociedades aldeanas agro-alfareras. El periodo de **Desarrollo Regional** supone que el éxito adaptativo alcanzado por los grupos produce un crecimiento demográfico que obliga a que una parte de la sociedad se expanda hacia los territorios vecinos e implante su modo de vida a nivel regional. Esto implica un reordenamiento sociopolítico donde surgen jefes locales (señores o caciques) que controlan sus regiones y donde se imprime una cierta identidad sociocultural en las distintas regiones. El último periodo es llamado de **Integración** por que supone que las fuerzas políticas regionales se han ido agrupando, integrando en unidades mayores que poco a poco permitirán el surgimiento de una organización sólida que puede llamarse formalmente un estado. Como se puede ver cada periodo reflejaba una serie de modos de vida reconocidos a través de una cierta expansión geográfica, con las innovaciones tecnológicas que llevaban a un progreso sustancial y que de alguna manera influenciaban en estructurar la organización política de los distintos pueblos a través del tiempo. Dentro de cada periodo se daban las fases particulares de este desarrollo; éstas podían ser identificadas por una serie de rasgos específicos comunes que se encajaban bien dentro del concepto de cada periodo.

Aunque en principio se necesitaba de varios de estos rasgos culturales para definir la fase, en la práctica se utilizaron criterios geográficos (ubicación física); cronológicos (cuando habían fechas confiables); o alguna innovación técnica o estilística en la cultura material (cerámica, lítica, metalurgia, etc.) para definir los cambios de fase. La periodificación cultural se fue llenando de fases construidas con los criterios que se tenían a la mano, o que se podían identificar fácilmente en el registro arqueológico (las evidencias materiales del comportamiento pasado). El libro Ecuador, *Ancient Peoples and Places* de Betty Meggers (1966) se convirtió en la Biblia de la arqueología nacional, donde toda nueva contribución debía encajar en el esquema teórico metodológico de este gran compendio de las fases culturales (fases arqueológicas) precolombinas. Es verdad que en este primer vademécum arqueológico moderno, la amazonía contaba con muy pocas páginas.

Las fases y sitios tempranos

Pedro Porras fue quien se encargó de ir completando el cuadro con múltiples entradas para las tres regiones del país, pero fue sobre todo en el oriente donde su obra fue la más prolífica. Entre 1970 y 1987 este autor identificó unas diez fases culturales para la amazonía. De estas dos pertenecen al periodo Precerámico (Jondachi y Papallacta); cuatro

al Formativo (Pastaza, Los Tayos, pre-Upano, una parte de Upano, Chiguaza y Cotundo); otros cuarto se extienden entre el Desarrollo Regional y el periodo de Integración (Cosanga-Pillaro I a IV, Suno, Upano II y III y Ahuano). Muchas de estas fases hoy son muy discutidas y algunas ignoradas, pues naturalmente, a medida en que la ciencia avanza hay mayor información contextual y los métodos se depuran para ir aclarando y completando el panorama inicial.

Una de las fases emblemáticas que Porras estableció fue se relaciona con los materiales encontrados a orillas del río Huasaga, en la baja amazonía y que él denominó con el nombre genérico de **Pastaza**. Las exploraciones de campo que el Padre realizó en varias localidades complementaron y documentaron los materiales que habían sido colectados durante muchos años por los misioneros y militares que estaban acantonados en esa zona. Las recolecciones de superficie y los cortes estratigráficos realizados le dieron un panorama secuencial amplio de las distintas ocupaciones y le permitieron obtener carbón vegetal de los contextos excavados, que luego fue analizado por el método de carbono 14. Algunos de los fechamientos obtenidos mostraron que había una ocupación temprana (Porras la situaba entre el 2500 y el 1000 a.C.) relacionada con un material cerámico de caracteristicaza técnicas y estilísticas bien ejecutadas. Sobresalían las técnicas decorativas del inciso, exciso y punteado con motivos complejos que si bien se conocían para el Formativo ecuatoriano, no eran particularmente abundantes en la región amazónica. Materiales cerámicos muy similares fueron igualmente encontrados en el lado peruano del río Huasaga por un equipo encabezado por Warren DeBoer, estos fueron clasificados como pertenecientes a la fase **Kamihun** con fechados entre 2300 y 1900 a.C. (DeBoer et al 1977). A pesar de las similitudes estilísticas y cronológicas de estos materiales la llamada fase Pastaza ha sido muy cuestionada en la actualidad, puesto que trabajos realizados por el arqueólogo John Stephen Athens en el sitio Pumpuentsa, a orillas del río Macuma, documentaron la presencia estratigráfica de materiales similares (con decoración en línea fina incisa y puntuado) en capas fechadas hacia el siglo VII AD. Para una discusión bien fundamentada de esta controversia conviene consultar el capítulo de Geoffroy de Saulieu en la obra *Pastaza Precolombino* (Duche y de Saulieu 2009: 52-57). En la actualidad se conoce que la distribución de la cerámica fina que caracteriza a la llamada fase Pastaza tiene una amplia distribución a lo largo de la alta y la baja amazonía de Colombia, Ecuador y Perú y que tiene una duración en el tiempo que podría darle los atributos de un horizonte estilístico más que de una fase particular (Salazar 2008: 264).

Otra fase temprana establecida por Porras, que también se ha vuelto emblemática en la arqueología amazónica del Ecuador es conocida como *Los Tayos*, por haberse encontrado en la famosa cueva del mismo nombre. Ésta se encuentra en la provincia de Morona Santiago, en la margen derecha del río Coangos, a unos 800 msnm. Su acceso es difícil por lo que debió haber requerido de una infraestructura externa muy particular para permitir su ingreso.

Porras y un equipo de estudiantes acompañaron a la expedición británica que exploró la cueva a mediados de 1977. En una cámara lateral de la cavidad se encontraron los vestigios de una tumba, donde según Porras, el cadáver se encontraba en posición sedente sobre unas lajas. En su entorno había una serie de ofrendas funerarias, que incluía objetos en cerámica y en concha marina, proveniente del Pacífico. La fase Tayos se construyó basándose únicamente en los materiales encontrados en la sepultura, pues en los alrededores de la cueva nunca se encontró ningún otro material similar o relacionado con la posible fase. Los fechamientos se hicieron mediante el carbono 14 extraído de algunas conchas y con el análisis de termoluminiscencia practicado en ciertos restos cerámicos. Porras afirmaba que las fechas obtenidas coinciden en torno al año 1500 a.C. Los materiales cerámicos presentaban una homogeneidad tanto en su técnica de manufactura, como en el estilo de sus decoraciones. Para el investigador había una inconfundible similitud entre los materiales encontrados en la cueva y la cerámica de las fases Machalilla de la costa y con Cerro Narrio del austro ecuatoriano (Porras 1981).

Lo que más llamó la atención fueron los abundantes adornos corporales trabajados en varios tipos de concha marina: *Spondylus, Conus, Pinctada ssp.* así como cuatro ejemplares enteros de la bivalva *Spondylus*. La presencia de estos artefactos implica necesariamente alguna forma de interacción con los pueblos costeros, así como el hecho de compartir un interés especial por el simbolismo vinculado a la concha sagrada, conocida como el alimento de los dioses. Karen Olsen Bruns afirma, en un articulo temático que los materiales encontrados en la cueva no pertenecen a un entierro específico sino que corresponden a ofrendas realizadas sobre un periodo de tiempo indeterminado y que *"el minado en la cueva del guano de los pájaros"* seguramente mezcló los depósitos originales y que por ende los contextos no son confiables (Bruns 2003: 158). Sea cual haya sido la posible alteración de los depósitos la cerámica encontrada en la cueva si guarda la unidad estilística que se esperaría de los materiales del Formativo Medio a Tardío del austro andino que probablemente estuvo en la vía de paso entre el oriente y la costa Pacífica, por lo que las fechas obtenidas por Porras serian coherentes con los materiales. En este sentido concuerda Arthur Rostoker, en su evaluación de la cronología del Periodo Formativo del oriente (2003: 539); pero subsiste el problema de la ausencia total de otros materiales culturales similares en las regiones vecinas del Coangos, del Santiago o del Cenepa. Seria de esperarse que futuros trabajos de investigación en esta área aclaren algún día este dilema.

Rostoker presenta casos similares de dataciones antiguas (que caen dentro del rango del periodo Formativo) pero que carecen de evidencia factual que permita identificar inequívocamente otras ocupaciones tempranas en la baja amazonía. El caso de la fase **Pre Upano** del Complejo Sangay de Porras (o Huapula en la terminología más moderna) tiene dos fechas tempranas (N 4491 4700 +-70 BP y N 4201 4470 +-35 BP) pero están aparentemente aisladas de contextos culturales seguros y no se les ha podido asignar materiales correspondientes (Rostoker 2003/ 541-542 tabla C1). Los trabajos posteriores de Salazar (2003) y Rostain (2005, 2010) aclararon parcialmente este inconveniente, pues ellos elaboraron una secuencia en cuatro etapas que se inicia hacia el 700 a.C. con la **fase Sangay** que aparece de cuando en cuando en la base inferior de los montículos del alto Upano.

Una situación algo similar, pero quizás menos segura sucede en los sitios ubicados en Morona Santiago: El Remanso (Beta 17972 4030 +-40 AP), La Selva (Beta 52538 3670 +-450AP) y Misión Santiago (Beta 228555 2100 +-40 AP) que presentan fechas de C14, pero el material cerámico asociado no tiene los rasgos propios de la alfarería temprana, sino de las etapas más tardías (Lederberger 2006: 138-142, fig. 18 Tabla 2).

Rostoker cita otros sitios, estudiados en la "zona petrolera" de la baja amazonía, dentro de la modalidad de arqueología de contrato, con fechados tempranos obtenidos por un laboratorio que tuvo una vida muy corta en el país y que estuvo asociado a la Comisión Ecuatoriana de Energía Atómica. Estos incluyen los sitios de Bicundo Chico: CEEA 161 3140+-70 AP (Bolaños et al s.f.); Curiurcu: CEEA 12 2620+-100 AP (Delgado s.f.); El Avispal CEEA 02 3360+-220 AP (Delgado s.f.); El Guayabo CEEA 162 2520+-70 AP (Bolaños et al s.f.) y Pata 1 con un fechamiento realizado en el Smithsonian Institution de 2830+-140 AP (Echeverría s.f.). Rostoker opina que los datos obtenidos en estos sitios requieren de mayor confirmación tanto en los contextos como en los fechamientos mismos; pero dice que si estos datos resultan ser confiables, estos sitios pudieran ser la mejor evidencia de ocupaciones tempranas en la baja amazonía (Rostoker 2003: 541 tabla C1).

Otros sitios o fases que carecen de fechas, pero que fueron catalogadas como formativas, en base a criterios estilísticos fueron **Chiguaza** y **Cotundo** (Porras 1980: 123-133).

Pedro Porras estimaba que esta última fue la única fase del Formativo encontrada en la sección norteña de la cuenca amazónica ecuatoriana y por ello era una evidencia de las migraciones que fluyeron por el corredor de la ceja de montaña de la cordillera oriental. Se ubica en la parte alta del río Misaguallí,

afluente del Napo, a 600 msnm. A esta fase se asocian muchas rocas con petroglifos. Porras estimaba que la fase Cotundo era el antecedente de la fase Cosanga-Pillaro, pues encontraba en ella una gran cantidad de elementos comunes, tanto en la cerámica como en la lítica. Le asignó una duración entre 1000 a 300 a.C. (Porras 1987: 237-240).

Una última categoría de evidencias son las que comienzan a ser reconocidas en el campo, pero que no logran ser identificadas claramente ni por su estilo, ni por su ubicación temporal. Un caso notable son los materiales que están apareciendo en distintas localidades de la alta y baja amazonía del país y que por falta de estudios sistemáticos se encuentran en el limbo del conocimiento científico. Esto es que se los conoce vagamente, pero no se logra ubicarlos dentro de una secuencia conocida. Se trata de materiales culturales de diversa índole que guardan similitudes tecnológicas y estilísticas notables con los materiales que el arqueólogo Daniel Morales encontró en la selva baja peruana y que describió como la fase Chambira (Morales 1992) que él atribuyó a una antigüedad relativa por lo menos similar a la de Chorrera, en la costa ecuatoriana. La presencia de botellas con asa silbato, con doble asa y puente son elementos tempranos diagnósticos



Picos y asas de botella de la zona de Watza-Kentza, río Huasaga.

de la parte final del periodo Formativo. Los materiales han aparecido en una franja muy amplia que va desde la selva alta de Morona Santiago/Zamora Chinchipe (colecciones particulares visitadas) hasta la selva baja de Limoncocha, Sucumbios (Solórzano s.f.). En los últimos años se han reportado varias localidades entre el río Pastaza y los tributarios del Huasaga, donde abunda el material con una posible ubicación estratigráfica y asociación con la fase Pastaza. En un reconocimiento reciente en los alrededores de Taisha se encontró este material (María Fernanda Ugalde comunicación personal, febrero 2013). Cosa similar se dio en un reconocimiento en las cercanías de la misión Salesiana de Watsa-Kentza (Malo 2013: 124-134). En estos sitios abunda un material de textura fina, con decorados en incisión, figurillas antropomorfas y botellas de doble pico y asa puente, inclusive hay unos ejemplos curiosos de asa de estribo. Morales señaló en su artículo que estos materiales tienen *"una estrecha vinculación con el Área Septentrional Andina, donde los estilos achurado y barrancaoide tienen fechados bien tempranos en los sitios Puerto Hormiga, Valdivia, Barrancas y últimamente en el Upano"* (Morales 1992: 155), pero a falta de dataciones seguras dejó la puerta abierta a una antigüedad variante, conforme se sigan o no las distintas tradiciones tempranas de la Amazonía. La amplia dispersión de este estilo aparentemente temprano, a lo largo de varios afluentes del Marañón hace que se lo deba tomar en cuenta para, por lo menos discutir su importancia cronológica dentro del ámbito de las interacciones a corta, media y larga distancia entre la baja y la alta amazonía a través del tiempo.

La realidad del dato arqueológico

Como se ha visto, la definición de las primeras sociedades amazónicas se ha hecho generalmente en función de los restos materiales (cerámicos) encontrados en alguna localidad de la selva; de donde se ha podido obtener información sobre la edad probable de los vestigios. Los fechamientos radiocarbónicos sirven para establecer la cronología absoluta de los depósitos, mientras que la tipología tecnológica-estilística sirve para orientar al investigador, dando una idea de la posible antigüedad de las evidencias (cronología relativa). En la mayoría de los casos, las fases han sido constituidas por la ubicación geográfica, los atributos morfológico-estilísticos de los materiales y por los indicios de la cronología absoluta o relativa que se ha podido reunir. En algunos casos, la información obtenida permite también establecer la extensión probable de los asentamientos relacionados con la fase. En otros casos, más reducidos, se ha podido obtener información sobre los alimentos que se consumían, sobre los materiales que utilizaban (trabajaban o intercambiaban), sobre las viviendas que construyeron, sobre las costumbres funerarias que tenían y eventualmente sobre los valores naturales y sobrenaturales que pudieron haber manejado. En esta minoría de casos las fases pueden llegar a tener la profundidad sociocultural que sirve para comprender y estudiar la primera historia de los pueblos del pasado.

Es evidente que el registro arqueológico (los vestigios que se encuentran en el campo) siempre es limitado y siempre debe ser considerado como una pequeña muestra de lo que la antigua sociedad produjo. El dato arqueológico siempre sufre un constante deterioro, que limita el potencial de información que puede ofrecer. En la Amazonía, la constante humedad del clima, la extrema acidez de los suelos y el carácter omnipresente de la vegetación tupida impide la visibilidad y sobre todo la buena conservación de los materiales orgánicos y de ciertos minerales. Es por ello que la identificación de los sitios y de los contextos siempre es muy azarosa. En los últimos años esto ha cambiado para bien, gracias al avance de las ciencias físicas que permiten analizar muchos materiales que antes eran ignorados o simplemente desechados como inútiles o poco informativos. El progreso logrado en los métodos de registro físico y gráfico de los sitios y de los materiales ha permitido igualmente tener un panorama más amplio de la ubicación geográfica y de las asociaciones posibles de los distintos sitios o materiales. Por otro lado, la constatación de determinadas regularidades en el registro permite proponer modelos teóricos (a veces matemáticos) que ayudan a formular hipótesis de trabajo bien fundadas, que a medida en que se confirman o se desechan hacen avanzar el conocimiento factual de las antiguas sociedades. El mejor manejo de los diferentes tipos de evidencias y de

modelos interpretativos permite comprender y sacar un provecho más completo del dato arqueológico. No obstante, nada remplaza el reconocimiento físico del terreno y la reflexión académica de las problemáticas que la arqueología siempre buscará: la mejor comprensión del accionar social del hombre.

En el presente análisis no se sigue el esquema de periodificación propuesto por Meggers en 1966, pues la evidencia contextual de la región amazónica, con la que se cuenta hasta la fecha, no permite identificar los periodos definidos por la celebre autora. Este esquema evolutivo del desarrollo sociocultural de las sociedades precolombinas no encaja cómodamente en la región amazónica. Con la evidencia que hoy se maneja, se puede ver que los procesos sociales no son similares a los que pudieron haberse dado en la costa o en el altiplano andino; y esto sobre todo en lo que se refiere al desarrollo de un mismo tipo de cultura a nivel regional o a la homogeneización que implica una integración sociopolítica en un determinado momento. Aunque aquí no se trate en detalle de los supuestos Desarrollos Regionales o de la Integración geográfico política de las antiguas culturas, si se puede afirmar sin temor de equivocación alguna, que los fenómenos sociales que se dieron antiguamente en el medio selvático no siguieron la misma senda que las formaciones sociales del litoral.

En vez de hablar de Precerámico o de Formativo se tratará en cambio de la época en que los grupos humanos dejan el modo de vida nómada, donde las actividades extractivistas (caza y la recolección) eran las principales actividades de subsistencia y adoptan paulatinamente un modo de vida semi-nómada o sedentario itinerante. Producen además una buena parte de sus alimentos y han desarrollado ya una destreza particular en las actividades que hoy se podrían calificar como artesanales: la alfarería, el tejido de las fibras vegetales, la cestería, el tallado de la piedra, la madera o el hueso, etc.

Las investigaciones arqueológicas realizadas en la alta amazonía del sur oriente del país han permitido recabar un sinnúmero de datos que informan ampliamente sobre los modos de vida, los avances tecnológicos, la organización social, la planificación del uso del espacio, las costumbres funerarias y la cosmología en general de los pueblos asentados al este de los Andes. Aunque no se puede generalizar el modo de vida evidenciado en esta parte de la selva alta para toda la región amazónica, se piensa que muchos de los rasgos que aquí se discuten eran ya parte de la vida de los grupos humanos que poblaron el bosque tropical en estas primeras épocas. Naturalmente, sólo la investigación en otras partes del territorio amazónico podrá confirmar, corregir o complementar los datos que aquí se presentan. El mosaico de la arqueología amazónica recién comienza a formarse, los datos que aquí se exponen pueden servir de guía referencial para el tipo de evidencias que se deberían buscar en otras localidades. Por ello se las presenta con cierto detalle, recalcando en que son las bases empíricas que deberían sustentar un modelo teórico para comprender los modos de vida de las primeras sociedades selváticas.

Con un acervo significativo de datos se podrá interpretar la evolución sociocultural en los distintos medios y paisajes amazónicos. Es muy probable que lo que se observa en la alta amazonía no se aplica cabalmente a la baja amazonía, donde la dualidad entre tierra firme y zonas inundadas (várzeas) exige otras estrategias adaptativas. Sin embargo muchas de las costumbres, técnicas, y creencias debieron haber sido ya generalizadas entre los pueblos selváticos, pues como se verá más adelante la **INTERACCIÓN** entre los pueblos era una práctica común. La comunicación, el intercambio de bienes e ideas, el conflicto entre grupos han dinamizado a los pueblos amazónicos. El contacto inducido por las relaciones de parentesco o por la necesidad de reunirse para ejecutar determinadas actividades colectivas unen constantemente a los pueblos en la actualidad y es muy probable que esta necesidad humana se fue formando paulatinamente a medida en que los distintos grupos sociales se establecieron a lo largo y ancho de las selvas orientales. El aislamiento voluntario no era precisamente la mejor estrategia para adaptarse a un medio difícil; en la práctica había más peligros en la soledad que en la sociabilidad. La sedentaridad itinerante forzosamente puso en contacto a distintos grupos dispersos sobre una región amplia.



CAPITULO III

Cultura Mayo Chinchipe - Marañón

Los últimos diez años han visto un gran progreso en el avance de la investigación arqueológica en la provincia de Zamora Chinchipe, que prácticamente no había sido explorada hasta ese entonces. Un primer trabajo de reconocimiento fue efectuado, a pedido de la Corporación Ecuatoriana de Turismo, por el arqueólogo Jaime Idrovo Urigüen a fines de la década de 1990. En ese entonces se expuso el potencial de los recursos patrimoniales del sur oriente y se enfatizó en la abundante presencia de vestigios precolombinos de la etapa anterior a la conquista europea. Se mencionaron los restos arquitectónicos vinculados al camino de penetración que emplearon los Incas en su intento de dominar la zona, a finales del siglo XV e inicios del siglo XVI y se describieron los materiales cerámicos de los pueblos proto-jíbaros, llamados Bracamoros por los cronistas (Idrovo s.f.-1998).

La primera investigación sistemática de la provincia se realizó en del marco del programa *"Relación entre el desarrollo sociocultural y los ecosistemas tropicales en el Ecuador Precolombino"* ejecutado dentro del convenio de cooperación científica y asistencia técnica entre el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC) y Institut de Recherche pour le Développement (IRD de Francia). La investigación se propuso efectuar el registro de los recursos patrimoniales precolombinos de la provincia y de efectuar un estudio de las distintas estrategias de adaptación al medio tropical antes de la llegada de los españoles (Guffroy y Valdez s.f.). Los trabajos se iniciaron a finales del 2001 con un recorrido de la cuenca del río Zamora y algunos de sus afluentes, en la parte norte de la provincia. El reconocimiento fue abarcando paulatinamente el resto del territorio de la cuenca alta del Chinchipe durante los años subsiguientes. Estos trabajos dieron como fruto el

registro de más de 300 conjuntos arqueológicos socialmente significativos en esta parte de la alta amazonía. Los conjuntos se reflejaban en el terreno de distinta manera, algunos eran muy claros y se presentaban como los cambios inducidos por el hombre en el bosque húmedo tropical. Se presentan así paisajes transformados, con cambios selectivos en la vegetación, o con alteración de la topografía natural, o inclusive con evidencias de antiguas construcciones arquitectónicas. En otros casos más comunes, el medio reflejaba zonas amplias, donde la deforestación antigua había regenerado especies secundarias que contrastaban marcadamente con el paisaje natural. Estos paisajes culturales pertenecen principalmente a las etapas tardías de la ocupación humana, pero otros cambios en el medio reflejan transformaciones más antiguas, igualmente inducidas por el hombre (i.e. bosques de palmas sobre capas gruesas de sedimentos negros o cenizas alteradas).

Otras evidencias más discretas se presentaban como residuos menores de la cultura material: fragmentos cerámicos, restos de instrumentos líticos, huellas de fuego en las bases de las peñas o la utilización de las cavidades subterráneas con indicios de la antigua actividad humana. El conjunto de estas evidencias permiten comprender como las sociedades se habían sucedido a través del tiempo y como sus actividades habían transformado el paisaje selvático.

Las evidencias materiales encontradas demostraron la presencia de por lo menos dos tradiciones importantes en el registro arqueológico de la provincia. La primera estaba mal definida cronológicamente, pero se diferenciaba de manera notoria de la más conocida que la sustituía en las épocas más tardías. La segunda resultaba más conocida, pues forma parte de una tradición cerámica muy amazónica: *el corrugado*, caracterizada por un material utilitario, grueso y burdo, que está presente en casi toda la alta y la baja amazonía. En la provincia de Zamora Chinchipe corresponde a la cultura material del pueblo llamado Bracamoro desde la época de la conquista. Este grupo perteneciente a la familia lingüística *jívaro*, ocupaba una extensión muy amplia de la selva alta o montaña (entre 1500 y 600 msnm). Taylor afirma que ocupaban un territorio que "se extendía sobre todo el piedemonte oriental desde el curso medio del Chinchipe hasta el bajo Zamora" (1988: 295). Este grupo cobró notoriedad a inicios de la conquista española por haber derrotado en repetidas ocasiones a los Incas que trataron de conquistar su territorio en el siglo XVI (Valdez 2007b). El material cultural que los caracteriza ha sido fechado en toda la región entre los siglos VII y XX AD (Guffroy 2006).



Antiguo paisaje cultural, relictos de huertas con palmas en media selva.



Alfarería de la tradición Corrugada atribuida a los Bracamoros (proto-Shuaras)

La primera tradición se presentó de manera más discreta, con materiales cerámicos delgados, caracterizados por un acabado de superficie más cuidadoso, en el que a veces se conservan restos de pintura roja, blanca o amarilla. En estos materiales la incisión fina, el acanalado y el punteado son técnicas decorativas usuales. En realidad las dos tradiciones eran diametralmente opuestas y no parecían tener filiación alguna. Un tercer elemento desconocido en la literatura aparecía también con frecuencia en las pequeñas colecciones privadas de la cuenca del Chinchipe. Eran notables varios elementos de una vajilla trabajada finamente en piedra pulida, de distintos granos y tonalidades. Las informaciones que al respecto se obtenían por parte de los coleccionistas eran poco precisas y se limitaban a indicar procedencias generales sobre las cuencas de los ríos Isimanchi, Palanda, Valladolid, todos afluentes del sistema hidrológico Mayo Chinchipe.

La prospección efectuada al sur de la provincia, en la cuenca del río Isimanchi reveló la presencia de materiales cerámicos de acabado fino, en varias localidades y en un sector llamado Solahuari se tuvieron informaciones sobre la posible asociación de los platos de piedra con la cerámica fina. Constatando este hecho se procedió entonces a centrar la investigación en la búsqueda de los contextos culturales de esta época, pues hasta entonces se desconocía totalmente su existencia.

El reconocimiento arqueológico vinculó al equipo de investigación con la población local, y a través de ella se obtuvo información sobre muchas áreas donde se habían encontrado diversos elementos de vajilla en piedra pulida. Estas se ubicaban en los terrenos inclinados y en las terrazas situadas de las cabeceras de Chinchipe. Los habitantes de la zona los habían encontrado de manera casual, al efectuar labores agrícolas, al excavar los cimientos para sus casas, las bases de cercos, pozos de agua, trincheras de drenaje, y en la construcción de caminos.

En esta última actividad había dado con una localidad, donde se había encontrado una acumulación importante de estos vestigios. En el año 1992, el municipio del cantón Chinchipe construyó una vía carrozable para unir las parroquias que se ubicaban sobre la margen oriental del río Mayo Chinchipe. El camino bajó por un estrecho vado, desde la línea principal del tramo Valladolid –Palanda, hacía la margen del río, donde luego se construiría un puente. A partir de este punto el camino seguiría con dirección a Numbala, San Francisco del Vergel y eventualmente La Canela. En la terraza junto al río la maquinaria pesada abrió paso entre la vegetación, cortando y nivelando las curvas inclinadas de la topografía natural. En este proceso se encontró una serie de tazones de piedra pulida que intrigaron a los constructores de la vía. Algunas piezas fueron a dar a Zamora o a Zumba, otras terminaron en España. Afortunadamente el lote principal recogido por el conductor de una de las maquinas, fue guardado celosamente durante más de diez años. Como suele ser costumbre, nadie dio aviso del hallazgo a las autoridades y estas evidencias del pasado pronto entraron al olvido.

En julio del 2002 los arqueólogos del convenio IRD/INPC recorrieron el lugar y lo registraron como un emplazamiento con huellas superficiales de antigua ocupación humana, pero no se tuvo noticia del hallazgo ocurrido durante la construcción del camino. En octubre del mismo año, se encontró fortuitamente al maquinista, que para ese entonces vivía a más de 60 kilómetros del lugar. Las informaciones suministradas por este profesional permitieron volver al lugar y realizar un reconocimiento en profundidad, que reveló la importancia del sitio. Gracias a los datos obtenidos de primera mano se pudo confirmar que en un lugar elevado sobre el río, se habían encontrado fortuitamente depósitos culturales con ofrendas funerarias que incluían elementos de vajilla de piedra pulida. Trabajos posteriores permitieron encontrar los contextos estratigráficos del hallazgo de 1992 y de comprender la verdadera dimensión sociocultural de este antiguo asentamiento humano en la selva alta.



Vista aérea del yacimiento Santa Ana - La Florida, Palanda

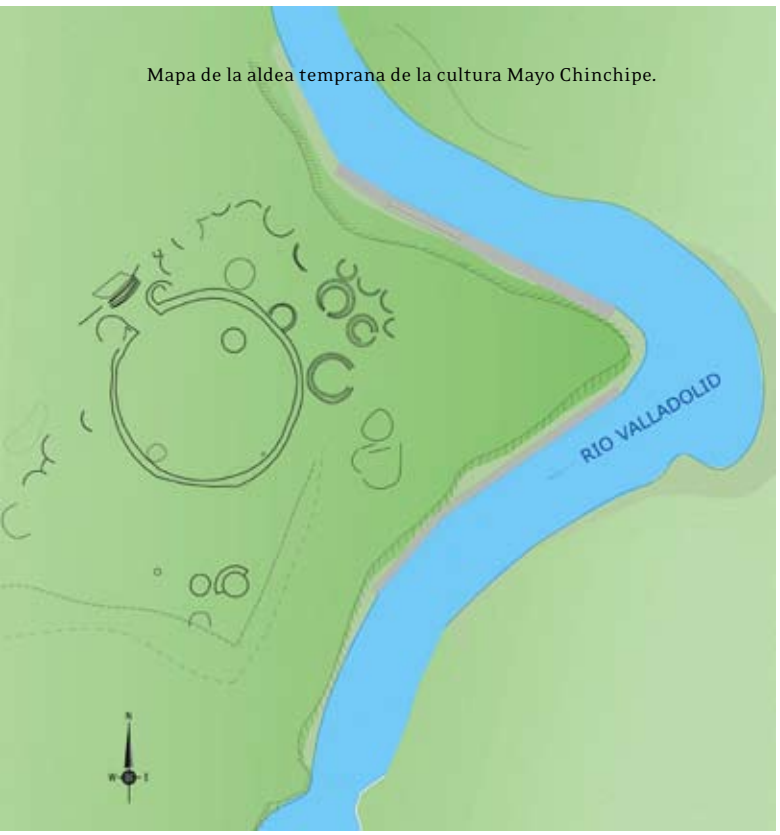
El yacimiento Santa Ana - La Florida

El reconocimiento arqueológico de la cuenca del Chinchipe prosiguió identificando las huellas de esta manifestación en varias localidades del territorio adyacente al sitio que fue denominado Santa Ana-La Florida (SALF), por su ubicación entre dos caseríos del cantón Palanda. La evidencia principal encontrada en el sitio no fue el conjunto de ofrendas mortuorias, sino la identificación de una antigua aldea con restos arquitectónicos en piedra, que fueron construidos siguiendo una planificación bien estructurada, que transformó el medio natural selvático en un espacio social.

El emplazamiento está localizado a 1100 msnm, sobre una terraza fluvial, relativamente plana, al fondo de un valle profundo y estrecho en las cabeceras del río Chinchipe. El manto de la vegetación selvática había sido removido para levantar en su lugar una serie de estructuras de piedra y de bahareque de forma redonda. La aldea se extendió sobre una superficie aproximada de una hectárea, a unos 10 metros sobre el cauce del río. El terreno plano de la terraza había sido aprovechado para levantar en su parte central una plaza circular, de 40 m de diámetro, alrededor de la cual se levantaron más de veinte viviendas. Dos construcciones mayores se ubican en los extremos de un eje Este Oeste, que corta el espacio de la plaza en dos. Al occidente, sacando provecho de las curvas de nivel ascendentes del terreno, se construyó una plataforma escalonada, desde cuya cima se dominaban todas las actividades que se ejercían en la plaza. Al extremo opuesto, sobre el escarpe inclinado que se levanta arriba del río, se construyó otra plataforma elevada. Ésta nivelaba parcialmente el terreno sobre un área aproximada de unos 600m2. En su cima elevada se edificó una estructura circular de piedra que aparentemente fungió de templo. En la base artificial de la plataforma se enterró a un número indeterminado de individuos, con ricas ofrendas mortuorias. En 1992 los trabajos de construcción de la vía carrozable cortaron parcialmente esta plataforma, oculta bajo la vegetación selvática, que cubría toda la margen occidental del río.

La edificación de ambas plataformas involucró una fuerza de trabajo considerable, pero sobre todo un conocimiento del manejo de distintos materiales y de técnicas avanzadas de construcción. En el medio constantemente húmedo de la alta amazonía,

la erosión y el deslizamiento de materiales por gravedad son obstáculos que deben ser vencidos para que las estructuras resistan a las inclemencias del tiempo. Los sistemas de construcción y de contención de los materiales de relleno dan fe de una verdadera ingeniería ancestral. La arquitectura sobre los planos inclinados de la margen del río está hecha sobre una serie de muros de contención y contrafuertes concéntricos que fortalecen las bases de los extremos artificiales de la plataforma. Los muros manejan además las fuerzas opuestas de resistencia, propias de los materiales terrosos, que se expanden y contraen continuamente con la alternancia constante de extrema humedad y desecamiento provocado por la evaporación a altas temperaturas. No obstante, los contrafuertes circulares no solo cumplían una función estructural, pues como se verá más adelante, también se desempeñaban como elementos simbólicos ligados al templo y al campo santo subyacente.



Mapa de la aldea temprana de la cultura Mayo Chinchipe.

El asentamiento se encuentra físicamente circunscrito al fondo del valle fluvial, pero su ubicación resulta estratégica al estar situado a proximidad de la unión *(Tinku)* de un afluente del río principal y muy cerca de los caminos ancestrales que cortan las cuchillas de las sierras vecinas. Por otro lado, la distancia que separa al sitio de las dos abras, o pasos a través de la cordillera andina es relativamente corta. A pie el trayecto es de un promedio de 50 km., que puede caminarse sin mayor esfuerzo en un par de días. Una vez al otro lado, el transito por los valles y callejones del altiplano son menos extenuantes. Evidencias de materiales culturales pertenecientes a la cultura Mayo Chinchipe han sido identificadas en el cerro Trapichillo, que se ubica en la cuenca del río Catamayo a medio camino hacia la costa del Pacífico. La distancia entre el sitio SALF y la desembocadura del Chinchipe en el Marañón (Tomependa) es inferior a 300 km. por las vías modernas, pero los caminos ancestrales que recorren las cuchillas de la cordillera que bordea la cuenca del Chinchipe acortan la distancia considerablemente. A buen trecho esta distancia podría haberse recorrido normalmente entre 10 y 15 días. El académico francés Charles Marie de La Condamine realizo este viaje a pie a mediados del siglo XVIII, y aunque lo describe como *"penoso en todos tiempos"* no se demoró más que eso al bajar de Loja a Tomependa (La Condamine 1745 [1986]: 11-13). No se puede asegurar que los caminos ancestrales que se pueden recorrer hoy son los mismos que existieron en la época de las primeras culturas, pero como se verá más adelante, si se puede constatar la existencia de las interacciones que éstas mantuvieron con los pueblos de la cuenca baja del Chinchipe, del callejón interandino o de la costa del Pacífico. Los caminos ancestrales que atraviesan la vertiente oriental de los Andes son sin duda milenarios, la red de comunicaciones se fue desarrollando paulatinamente en la medida en que la movilidad constante de las poblaciones así lo requería, por ello no es raro encontrar vestigios de las distintas ocupaciones en las cercanías de estas antiguas vías.

Marco cronológico

Una vez que se definido la dimensión corológica (medio y paisaje natural) es necesario ubicarse en la dimensión cronológica (tiempo, edad, antigüedad) de esta cultura. El tema de esta obra es el análisis de las evidencias que informan sobre las primeras sociedades amazónicas, por lo que conviene definir a que época pertenecen los datos que se presentan y discuten a continuación. Como se ha mencionado anteriormente la mejor manera de fijar la dimensión temporal de las evidencias del pasado es a través de los fechamientos absolutos obtenidos por el análisis radiocarbónico. Las fechas obtenidas por el método de carbono 14 son aceptadas como precisas y confiables, sirviendo por eso para elaborar un marco referencial del tiempo transcurrido entre un fenómeno pasado y la actualidad, por ello se habla de cálculos antes del presente (AP). La investigación arqueológica en la región de Palanda ha permitido recuperar materiales orgánicos del pasado que han sido sometidos al análisis radiocarbónico y que han suministrado 32 fechas de C14. En base a estas mediciones se puede calcular la edad absoluta de los depósitos y de los contextos arqueológicos estudiados. En la Tabla se presentan las 26 fechas C14, que corresponden a las primeras ocupaciones del yacimiento Santa Ana - La Florida. En la tabla se identifican las muestras fechadas con el número del laboratorio que efectuó la medición, su calibración o corrección a 2 Sigmas y una breve descripción de su contexto de procedencia.

Como se puede apreciar las 26 fechas se sitúan entre 5500 y 3435 años antes del presente, lo que representa una antigüedad considerable para la ocupación continua de la aldea estudiada. Es evidente que la aldea se fue construyendo paulatinamente y que el plano de los vestigios que hoy se observa es el resultado final de unos 2000 años de ocupación temprana del sitio.

Si se ubican las fechas y sus contextos en el mapa del yacimiento, se puede apreciar que las ocupaciones más antiguas se dieron en el extremo oriental del sitio y sobretodo que involucran a la construcción y ocupación de la plataforma oriental. Las fechas más recientes se agrupan en el extremo occidental del sitio y esto puede sugerir que la materialización del trazo definitivo de la aldea se dio solo con el paso del tiempo. No obstante, hay una buena representación de fechas tempranas y antiguas en el conjunto del yacimiento, lo que demuestra que aunque no todas las construcciones hayan sido contemporáneas, la ocupación de la aldea involucró la totalidad de la planicie. Hay además una cierta contemporaneidad de la ocupación de la aldea entre el 4410 / 4250 y el 3830 / 3600 AP, lo que puede estar reflejando la época del florecimiento o de la ocupación optima de la aldea. Es decir unos 800 años de desarrollo sociocultural en el yacimiento y por ende en la región que lo entorna. Durante este lapso hubo naturalmente una serie de cambios dentro de la sociedad que se han podido identificar como dos fases de desarrollo distintas. La primera ha sido denominada *Palanda* por ser en esta región donde ha sido identificada en primera instancia, ésta abarca un lapso que dura aproximadamente 1600 años (5500-3830 AP). Una segunda fase denominada *Tacana* le sucede y se extiende durante casi otros 1000 años (3460-2340 AP). Los cambios constatados se observan en la producción alfarera y en la dispersión geográfica de sus expresiones. Tacana es el nombre de un sitio ubicado en la región de Solahuari de la cuenca media del río Isimanchi, un afluente del Mayo Chinchipe.

Fechamiento radiocarbónicos del sitio Santa Ana - La Florida, Palanda

Laboratorio #	Edad medida radiocarbono	Calibración 2 Sigmas	Contexto
Beta - 312078	4450 ± 30 BP	3500 a 3350 BC (5500 a 4990 BP)	Basural X 4 (17) – 55 cm
Beta - 197175	4300 ± 40 BP	3010 a 2880 BC (4960 a 4830 BP)	Nivel ocupación terraza Este – 150 cm
GX # 30044	4000 71 BP	2857 a 2301 BC (4807 a 4449 BP)	Terraza artificial piso quemado – 40 cm
GX # 30043	3990 ± 70 BP	2841 a 2294 BC (4791 a 4422 BP)	Hoguera ceremonial – 90 cm
Beta - 172587	3860 ± 40 BP	2460 a 2300 BC (4410 a 4250 BP)	Hoguera ceremonial – 90 cm
Beta - 188265	3830 ± 70 BP	2470 a 2040 BC (4420 a 3990 BP)	Terraza artificial piso quemado – 50 cm
Beta - 188263	3820 ± 40 BP	2395 a 2375 BC (4345 a 4325 BP)	Terraza artificial piso quemado – 90 cm
Beta - 261400	3820 ± 40 BP	2450 a 2140 BC (4440 a 4090 BP)	XIII - 10 relleno de hoguera, – 45 - 47 cm
Beta - 261413	3810 ± 40 BP	2450 a 2140 BC (4440 a 4090 BP)	Nivel de base IX, X 6 y 7, – 95 - 100 cm
Beta - 210219	3790 ± 160 BP	2620 a 1750 BC (4570 a 3700 BP)	Terraza occidental – 22 - 33 cm
Beta - 214742	3700 ± 60 BP	2450 a 2040 BC (4440 a 3990 BP)	Tumba de tiro, sello entrada – 60 cm
Beta - 261402	3710 ± 40 BP	2200 a 1970 BC (4150 a 3920 BP)	Fosa funeraria XIV - 4 (8) – 192 cm
Beta - 261403	3710 ± 40 BP	2200 a 1970 BC (4150 a 3920 BP)	Basural III - 2 – 50 / 60 cm
Beta - 197176	3700 ± 40 BP	2270 a 2260 BC (4220 a 4210 BP)	Tumba tiro, contexto ofrendas – 220 cm
Beta - 261408	3700 ± 40 BP	2140 a 1930 BC (4090 a 3880 BP)	IX - 8 estrato beige rojizo. – 30 - 45 cm
Beta - 188266	3690 ± 40 BP	2190 a 2170 BC (4140 a 4120 BP)	Hoguera – 75 cm
Beta - 188264	3660 ± 90 BP	2250 a 1735 BC (4155 a 3685 BP)	Terraza artificial piso quemado – 50 cm
Beta - 261412	3630 ± 40 BP	2120 a 1880 BC (4070 a 3830 BP)	Basural III - 2 – 85 / 90 cm
Beta - 261409	3620 ± 40 BP	2010 a 1760 BC (3960 a 3710 BP)	VI y VII - 8 estrato beige, – 35 - 45 cm
Beta - 261410	3600 ± 40 BP	2030 a 1780 BC (3980 a 3730 BP)	XIV – 6 Nivel ocupacional – 50 - 80 cm
Beta - 287173	3580 ± 40 BP	2020 a 1870 BC (3800 a 3820 BP)	VI 17 (20)
Beta - 287175	3570 ± 40 BP	2020 a 1860 BC (3970 a 3810 BP)	VII 8 (1)
Beta - 261411	3530 ± 40 BP	2010 a 1760 BC (3970 a 3710 BP)	X - 5 Basural oupación – 80 - 85 cm
Beta - 287172	3430 ± 40 BP	1880 a 1650 BC (3830 a 3600 BP)	VII 15 (12)
Beta - 210218	3140 ± 40 BP	1520 a 1200 BC (3460 a 3150 BP)	Terraza occidental Hoguera – 20 - 30 cm
Beta - 181459	2930 ± 150 BP	1485 a 800 BC (3435 a 2750 BP)	Perfil camino expuesto – 145 cm
Beta - 188267	2280 ± 40 BP	395 a 200 BC (2345 a 2105 BP)	XIV 12 Terraza occidental contexto Tacana – 35 - 55 cm
Beta - 287171	2260 ± 40 BP	390 a 170 BC (2340 a 2120 BP)	II 12 - 3H Terraza occidental contexto Tacana
Beta - 261405	440 ± 60 BP	1410 a 1640 AD (540 a 310 BP)	VI 5 ocupación Bracamoro
Beta - 261407	300 ± 60 BP	1480 a 1640 AD (470 a 260 BP)	VI 6 ocupación Bracamoro
Beta - 261406	130 ± 70 BP	1660 a 1960 AD (280 a 0 BP)	VI 5 ocupación Bracamoro
Beta - 287174	90 ± 40 BP	1680 a 1740 AD (270 a 210 BP)	VII 17 ocupación Bracamoro

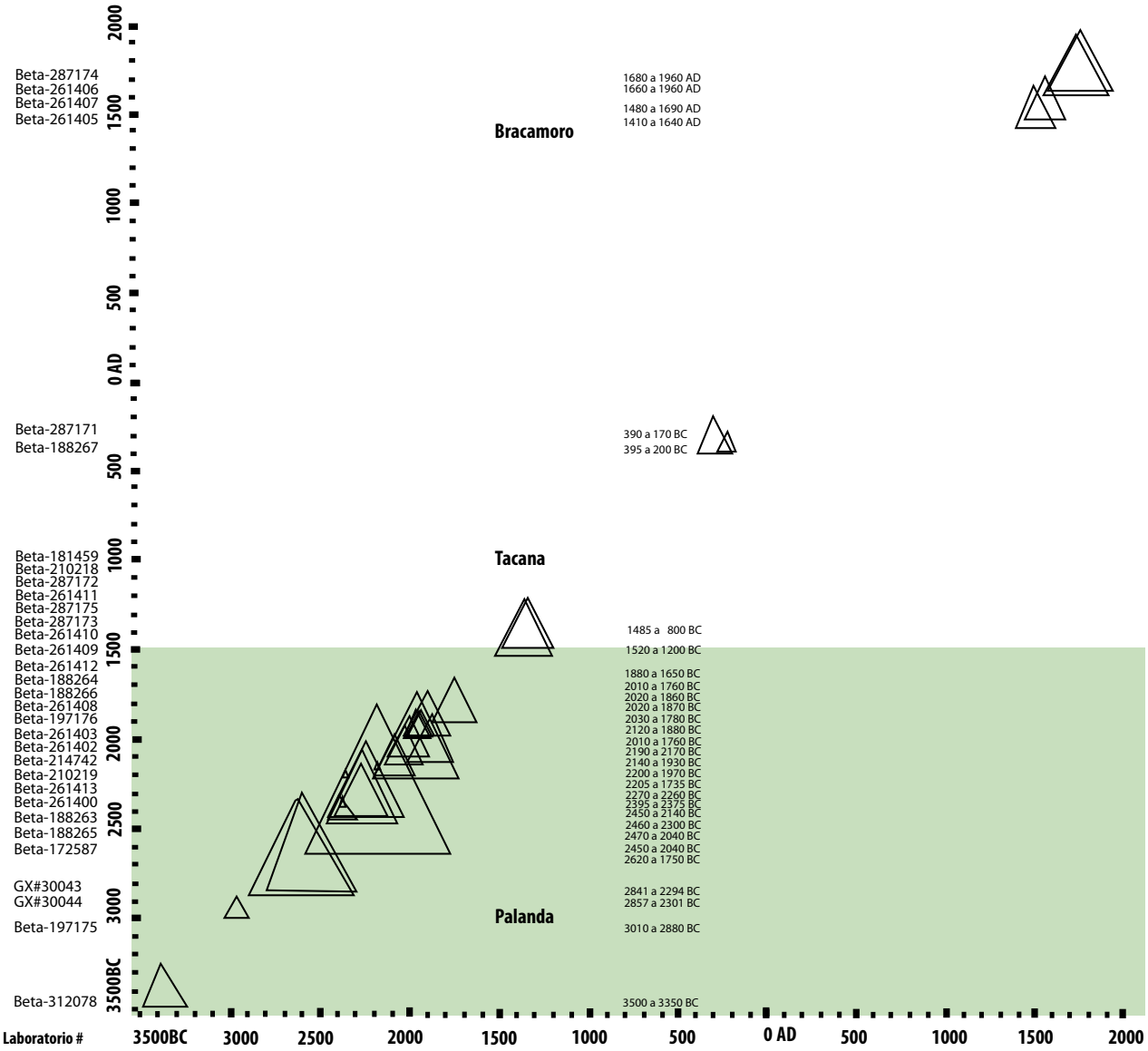


Gráfico de la concordancia y de la extensión temporal de las fechas calibradas del sitio Santa Ana - La Florida, Palanda



Plaza circular hundida con estructuras rectangulares al interior.

Estructuración del espacio: lo público, lo sagrado y lo doméstico

Espacios Públicos

La estructuración de la aldea demuestra una división intencional entre los espacios domésticos y los espacios públicos. La presencia de una plaza central, delimitada por un grueso muro de piedra circular, marca un área amplia destinada a actividades comunales, que en ocasiones pueden ser controladas o presididas desde lo alto de una plataforma escalonada que se ubica en el extremo occidental del sitio. La importancia de esta plataforma está marcada por la apertura del muro de piedra que marca plaza y por la presencia de una rampa, empedrada con materiales menudos, que facilita su acceso. La elevación de la plataforma sobre la planicie de la plaza es de aproximadamente 7 m. A los dos lados de la rampa se levantaron dos estructuras circulares, de un diámetro de más de 10 m. No se conoce la función de estas construcciones, pero en su interior hay dos niveles de empedrado horizontal que nivelan el suelo sobre el terreno naturalmente inclinado. La presencia simétrica de estas estructuras le da al conjunto (formado por la rampa y la plataforma escalonada) un impacto visual en el que prima la armonía de las formas. La elevación natural del terreno de este extremo del sitio contrasta con la superficie plana de la plaza que se encuentra además hundida en el centro, con relación al contorno ubicado detrás del muro circular, donde se levantan las viviendas.

En el interior de la plaza se encuentran las bases empedradas de tres elementos rectangulares, de tamaño mediano, que se ubican también simétricamente opuestos al interior del círculo. Estas bases empedradas pudieron haber servido de áreas para alguna actividad específica que estaba quizás normada por la simetría de su ordenamiento. A este aspecto, quizás ritual, se añade otro funcional. En un medio tan húmedo, el empedrado rectangular ligeramente elevado, mantenía libre de lodo a espacios ubicados en el centro de un terreno destinado a recibir regularmente

el escurrimiento de las aguas, que bajan desde la parte inclinada del sitio. El suelo de la plaza tenia un sistema de drenaje, no aparente. Las exploraciones efectuadas en el subsuelo demostraron que la base del piso había sido preparada con un empedrado regular de pequeños cantos y lajas, que permitía la filtración del agua acumulada en el suelo. Este elemento estructural debió ser importante para la realización de actividades colectivas, como danzas, o reuniones de grupos ampliados.

Otra característica que sorprende es la pulcritud del interior de la plaza y de su subsuelo. De hecho, no se encuentran desechos de ningún tipo; lo que implica un cuidado especial por retirar los residuos de cualquier tipo de actividad que allí se realizaba. Esta particularidad incumbe a la totalidad de la aldea, pues ni siquiera en torno a las áreas de vivienda se encontró acumulaciones de desechos cotidianos. Los basurales, o sitios de depósito de los residuos, se encontraron en los márgenes de la aldea, próximos al barranco del río.

Espacios Domésticos

El área doméstica tiene igualmente una serie de características que la particulariza. Todas las estructuras tienen una forma circular con un diámetro que oscila entre los 5 y los 7 m. La forma está marcada por una cimentación de piedras de buen tamaño, en ocasiones puede tener hasta tres hileras sobrepuestas. Es probable que sobre la cimentación se levantara una estructura mixta de piedra y bahareque, material térmico bastante fresco. En el entorno de varias estructuras se ha encontrado acumulaciones de bahareque, a menudo quemado, que sugieren que las paredes habían sido levantadas con este material.

En el interior no se encuentran huellas de alguna estructura de combustión (hoguera), tampoco se encuentran huecos o moldes del poste, lo que implica que el techo no era sostenido por soportes que emanaban del suelo. Es muy probable que desde la parte superior de la pared se levante una estructura ligera de palos o ramas tejidas que sirvieron de soporte para la colocación de un techo de hojas, quizás de palma. Dada la forma circular de la estructura la techumbre debió ser cónica con una buena porción que sobre salía de la estructura misma. En varias estructuras se observa un semicírculo de piedras acomodadas que sobresale de la línea de cimentación circular propiamente dicha, lo que sugiere que se trata de un área de actividad en la parte exterior de las casas, que estaría cubierta por la parte del techo que sobresale del contorno de la casa. Esta hipótesis tiene un sustento en el hecho de que en dos estructuras se han encontrado pequeñas hachas de piedra en el extremo exterior del semicírculo. La excavación de algunas estructuras de vivienda reveló que el piso no mostraba huellas de un arreglo interno particular. En dos casos se constató la presencia de un grupo de piedras grandes alineadas, no lejos de la pared interna. Este rasgo podría haber



Estructura doméstica con espacio de trabajo en el frente de la casa.

servido como un soporte para alguna actividad íntima de carácter doméstico que no dejó huellas materiales directas. Podría ser considerado como un elemento del mobiliario interno de las viviendas. Al igual que en el resto del yacimiento, el espacio interior de las estructuras se mantenía limpio de desechos, los únicos materiales que se pudieron rescatar en los trabajos se encontraban en los intersticios de las piedras antes descritas, o pegadas a la cimentación. En todo caso se trató de fragmentos muy pequeños de cerámica de la primera época de la ocupación del sitio.

Las viviendas estaban agrupadas, con un espacio intermedio que promedia en unos 8 m; en algunos sectores aparecen bases empedradas rectangulares, que pueden haber sido zonas de actividad, levantadas sobre el suelo húmedo. Cerca de un grupo de estructuras domésticas se encontró una hoguera, formada por una cubeta de piedras que entornaban la zona de la quema. En el interior se encontraron restos calcinados de granos de maíz y fréjol, lo que sugiere que en la hoguera se prepararon alimentos. La hoguera se encuentra al exterior de un conjunto doméstico lo que sugiere que fue de uso comunal.

Espacios Sagrados

Evidencias de actividad no doméstica, probablemente de carácter ritual o ceremonial, se encontraron exclusivamente en la plataforma ubicada en el extremo oriental del yacimiento. Sobre esta plataforma elevada se levantó una estructura circular de 12 m de diámetro, que no tiene las particularidades de las viviendas antes descritas. Las paredes de este edificio parecen haber sido edificadas con varias hileras sobrepuestas de piedra, estas se desplomaron en algún momento y hoy guardan parcialmente su estructura original. Por su ubicación sobre la plataforma y las características que presenta en su interior ha sido calificada como un posible templo. La plataforma artificial subyacente fue edificada sobre el desnivel que baja paulatinamente y forma



Plataforma oriental con estructura circular de antiguo templo en la cima.

un escarpe sobre la margen del río. No se ha podido establecer sus dimensiones originales, por cuanto la estructura ha sido severamente afectada, tanto por fenómenos naturales como por actividades de origen antrópico. En un período indeterminado la erosión provocada por las lluvias constantes propias de la región, provocaron el desprendimiento de una parte de su extremo oriental. Éste se desplomó sobre el río, dejando una pared vertical sobre el barranco. El extremo occidental fue en cambio afectado por la construcción de la vía carrozable antes mencionada; mientras que el extremo suroriental fue objeto de un saqueo inmisericorde en agosto del 2003. En esa ocasión, buscadores de tesoros y mineros furtivos se organizaron en un grupo, que a vista y paciencia de las autoridades locales, se dedicó a desbancar el terreno artificial y la base natural del escarpe sobre el río. En estas actividades se destruyó un área aproximada de más de 250 m². Al parecer los esfuerzos de este colectivo no fueron bien premiados, según informaron algunos de los participantes: *"prácticamente no se encontró nada más que piedras y tierra".* A pesar de ello se destruyó una parte importante de los muros y contrafuertes que sostenían el extremo suroriental de la plataforma sobre el terreno inclinado. Se sabe que se retiró una serie de objetos arqueológicos que fueron comercializados en Loja, Guayaquil y Quito y, durante varios años, intermediarios del tráfico de piezas patrimoniales merodearon la región.

Los trabajos de rescate efectuado sobre la zona afectada por el saqueo demostraron algunas de las características de la construcción original de la plataforma. De la misma manera, la limpieza de los perfiles del corte del camino, dejados por el paso de la maquinaria pesada, reveló igualmente la naturaleza artificial de buena parte del terreno de dónde provenían los objetos recogidos en 1992. La exploración y posterior excavación de la plataforma demostró que una buena parte de la estructura había sido construida mediante el relleno sistemático del terreno donde las curvas de nivel descienden. Luego se reforzó el conjunto con muros y contramuros de contención, que se asentaba sobre la base geológica de la terraza fluvial. Se elevó de esta manera todo el flanco oriental del terreno y se lo solidificó con estas ingeniosas técnicas constructivas.

Los muros y contramuros se sucedían a cada cierta distancia, con una forma concéntrica que recuerda los anillos de una cebolla. En la parte central de la plataforma, la línea de muros estructurales se redujo a una sola fila de piedras, que mantenía la curvatura de los círculos externos, la última línea se fue cerrando hacia un punto central. La apariencia del conjunto es la de un caracol. A partir de un núcleo central las hileras concéntricas de piedra se van extendiendo a lo largo y ancho, formando una plataforma muy sólida. Este procedimiento no sólo



Muros de contención escalonados sostienen la Plataforma oriental.

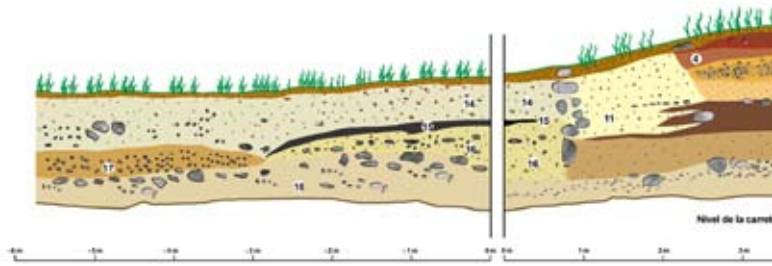
fue una forma constructiva muy depurada, sino que cumplió además una función simbólica al materializar la figura de un espiral. El carácter ideológico de esta forma compleja se comprueba en el punto central, donde se acumularon varias piedras sobrepuestas que representan el punto de partida del espiral.

En resumen, la construcción de la plataforma siguió un patrón regular: la parte periférica al centro fue hecha con rellenos aleatorios de sedimentos heterogéneos, compactados y reforzados por los muros de contención. La parte central, sobre la cual se implantó la edificación circular, tuvo un método de construcción más sistemático. A partir de la matriz geológica (un conglomerado muy compacto de cantos, arena, limos y arcillas antiguamente acarreadas por el río) se depositaron sedimentos escogidos por su contextura y por su naturaleza física. Una sucesión de distintas capas horizontales elevo y nivelo el subsuelo hasta una altura de 170 cm. Luego se procedió a realizar una quema intensa de la última capa arcillosa, cosa que la solidificó y cambió definitivamente su color, de un beige claro se transformó en un color naranja ladrillo. Sobre esta capa compacta y homogénea se colocó un empedrado sólido que niveló definitivamente el suelo de la plataforma. Encima del empedrado se volvió a poner una capa de tierra arcillosa mezclada con gravilla. El espiral de piedras y la hoguera central fue parte de esta última capa constructiva. Con el paso del tiempo, la construcción del templo se desplomó y otros sedimentos se fueron depositando de manera natural hasta la actualidad.

El núcleo de piedras del espiral simbólico fue la base sobre la que se levantó una hoguera de forma cónica. En el fondo de la hoguera se depositaron varias ofrendas, finamente trabajadas en piedras finas. La presencia de este rasgo en la base de una estructura de combustión sorprende, pero al igual que las reliquias que se depositan en los altares de los templos cristianos, su carácter votivo sacralizó el eje de las actividades realizadas en la plataforma. Las ofrendas consistieron en dos mascarones esculpidos en piedras de color verde, junto a varios centenares de cuentas perforadas de turquesa. Los

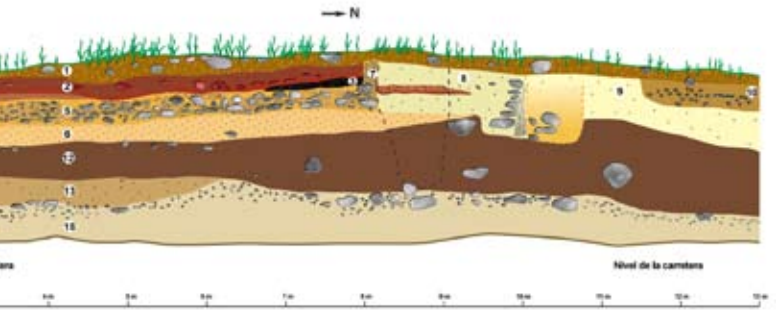

Arquitectura en espiral, en el centro se ubica una hoguera ceremonial.

Corte estratigráfico de la Plataforma artificial del extremo oriental del sitio.




Hoguera ceremonial con ofrendas.







Núcleo del espiral de piedras, sobre el que se montó la hoguera ceremonial.

mascarones presentan una serie de orificios en todo su contorno, que sugiere que fueron elementos de adorno jerárquico, probablemente cocidos a algún textil que desapareció con el paso del tiempo. La naturaleza simbólica de la piedra verde, así como la calidad escultórica de los objetos demuestra que fueron elementos de uso restringido, al punto que se los ofrendó en el punto central de la plataforma. Sobre el mascarón más fino se colocó un cuenco de piedra bocabajo, como para proteger a este elemento del calor de las brasas que se quemaba en la parte superior de la hoguera. La temperatura de la (o las) quema (s) debió ser muy alta, pues en todo el contorno se pueden observar franjas de color naranja, gris y negro. En las paredes de la hoguera se encontraron múltiples guijarros y piedrecillas pequeñas probablemente puestas para solidificar la cubeta y al mismo tiempo de reflejar mejor el calor y mantener las brasas durante un cierto tiempo. A poca distancia de la hoguera central, pero dentro del primer círculo del espiral, se encontró otro cuenco de piedra, esta vez dispuesto boca arriba, sin ningún otro elemento asociado.

A medida en que se fue excavando el contorno de la hoguera central se fueron encontrando varias series de cuentas de turquesa, de distintos tamaños y formas, dispuestas sin un orden aparente a distintas profundidades del subsuelo. Su presencia repetitiva en diferentes partes de la plataforma ha sido interpretada como un elemento que sacralizó el terreno sobre el que se levantó una edificación de mucha importancia en la vida de la aldea.

Espacios Funerarios

Otro aspecto que no puede ser considerado como casual, es la presencia de entierros con ricas ofrendas depositadas en profundidad, o en la base de los círculos concéntricos estructurales. Aunque las osamentas prácticamente no se han conservado, las improntas de su presencia han sido identificadas y en algunos casos se tiene información sobre la posición del individuo inhumado. De los seis depósitos funerarios excavados, uno sobresale por la naturaleza de su estructura y por la riqueza de

sus ajuares. Esta tumba fue encontrada a 1 m del costado noroccidental de la hoguera central, en el perímetro de la primera línea curva del espiral. La estructura puede calificarse como una tumba de pozo con una cámara semicircular situada al fondo del ducto. Las paredes del pozo estuvieron recubiertas por piedras de buen tamaño, mientras que el relleno del ducto estuvo compuesto mayoritariamente por tierra heterogénea, en la cual se habían depositado a distintas profundidades varias series de cuentas de turquesa. Tres lajas largas de piedra habían sido colocadas casi verticalmente en el interior del ducto. La última sobresalía parcialmente en la superficie de la estructura, quizás para marcar el emplazamiento de la tumba. La parte superior de



Contexto funerario, fragmentos de caracol marino (*Strombus spp*) y ornamento verde.

Botella con efigie doble de individuo que emerge de la bivalva *Spondylus princeps*.



la boca estuvo sellada con un grueso piso de tierra quemada, que se generaliza en buena parte de la superficie de la plataforma. El piso quemado se encontraba parcialmente resquebrajado, probablemente por que los sedimentos que habían rellenando el ducto se fueron decantando hacia la parte interior de la cámara y el vacío dejado en su interior debilitó la fuerza del piso quemado. La excavación del pozo fue guiada por la presencia de las paredes de piedra, que dibujaban un círculo de unos 90 cm de diámetro. La profundidad del pozo llegó a los 190 cm, luego las piedras desaparecieron y la cámara de tierra floja se fue haciendo aparente en el fondo. Los primeros depósitos aparecieron desde los 2 m de profundidad de la superficie actual.

La presencia de cuentas de turquesa dispersas fue constante en el relleno, por lo que nuevamente este rasgo puede ser interpretado como una sacralización del subsuelo. La liberación de la tierra que cubría el interior cámara fue relativamente fácil porque los estratos estaban sueltos y porque desde el comienzo comenzaron a aparecer los distintos elementos del ajuar. Se piensa que la cámara contuvo por lo menos dos individuos, puesto que las ofrendas se concentraron en dos sectores adyacentes. La cámara tuvo una forma semicircular, el piso se encontró a una profundidad máxima de 230 cm, pero los depósitos se encontraban a distintas alturas sobre la base. Se sospecha que los cuerpos estuvieron dispuestos en posición sedente, flexionados sobre sí mismos, con las ofrendas dispuestas en su contorno. Es probable que las inhumaciones no se dieran simultáneamente, porque uno de los depósitos había sido parcialmente removido y algunos fragmentos de una de las ofrendas de cerámica aparecieron en el otro extremo de la cámara.

El depósito, probablemente más antiguo, se encontró entre el extremo suroccidental / occidental de la cámara. En este sector se encontraron tres grupos de ofrendas. El primer conjunto estuvo compuesto por un par de máscarones trabajados en piedra verde que aparecieron pegados, cara a cara. No lejos se encontraron varias cuentas de turquesa. Hacia la pared occidental se encontró un elemento circular de piedra verde arenosa muy descompuesto, que reposaba junto a un fragmento grande de un caracol marino de la especie Strombus. Cerca de estos elementos se pudo identificar la impronta de un hueso largo, por su tamaño quizás un radio o un cúbito. Hacia el norte, muy cerca de la pared de la cámara, se encontró un depósito más profundo, compuesto por lo que podría haber sido un solo collar, compuesto por siete elementos mayores de turquesa y varios centenares de pequeñas cuentas perforadas. El todo fue dispuesto en un orificio, a mayor profundidad que las evidencias antes descritas. En el extremo noroccidental de la cámara se encontró el último grupo de ofrendas: tres recipientes cerámicos fragmentados y un grupo de plaquetas rectangulares de malaquita junto con un sinnúmero de cuentas y dijes de turquesa.

A casi un metro de distancia, en dirección oriente se encontró el segundo conjunto de ofrendas. Otro grupo de plaquetas de malaquita y cuentas de turquesa se encontraron cerca de una botella cerámica ligeramente inclinada, a la que se hallaban adosadas fragmentos de posibles huesos humanos. No lejos de este rasgo se encontraron dos fragmentos muy deteriorados de concha Strombus, reposando en el suelo a poca distancia de la pared nororiental de la cámara. En esa misma dirección se excavó otra botella de cerámica reclinada sobre su costado y rodeada de varios elementos de malaquita y turquesa. No lejos se encontró un rasgo curioso, formado por cuentas de turquesa y malaquita reposando entre pequeñas capas de tierra de color marrón. El conjunto daba la impresión de haber sido un textil replegado con cuentas en su interior.

En la parte central de este extremo se excavó un cuenco de piedra arenisca muy deteriorado, en posición era bocabajo. Junto a la pared oriental de la cámara, se encontró otro rasgo interesante: la sobreposición de dos cuencos los de piedra, que reposaban sobre una franja rectangular de pequeñas plaquetas de turquesa, estas reposaban en el suelo dispuestas en varias hileras juntas. Al excavar este conjunto se tuvo la impresión de que se trataba de un pequeño fardo recubierto por un textil, en cuya

base se habían cocido los elementos de turquesa. En el extremo suroriental de la cámara se encontró el último grupo de ofrendas, compuesto por dos objetos muy significativos. En primer término se liberó una escultura, en piedra roja, de un ave con un pico curvo largo. En el centro del cuerpo había la depresión funcional de un mortero; no lejos apareció un pequeño canto, que probablemente fue el elemento utilizado para moler sustancias en el mortero. A un costado de despejó un recipiente de cerámica, reposando en posición bocabajo, con una serie de cuentas de turquesa que lo recubría parcialmente. Al despejarlo se encontró que se trataba de la efigie de un individuo que estaba mascando hojas de coca. En el interior del recipiente se encontró una sustancia pastosa blanca con fibras resecas entremezcladas. Las turquesas envolvían el cuello del recipiente. Análisis posteriores demostraron que el contenido del recipiente era sulfato de calcio, es decir cal la sustancia que se mezcla con las hojas de coca para poder extraer el alcaloide al masticar mixtura.

La riqueza de los ajuares de esta tumba será comentada en detalle más adelante, por ahora basta señalar que por su ubicación muy próxima al centro del espiral, se la puede considerar quizás como la más importante del conjunto. Esta calificación no se hace únicamente en función de los contenidos del sepulcro, sino sobre todo por la naturaleza de la estructura misma de la tumba. El pozo bien estructurado y forrado con piedras en todo el contorno de sus paredes, así como la presencia de lajas grandes dispuestas de manera casi vertical en el relleno, hacen pensar en una cripta más que en una simple sepultura. La evidencia parcialmente removida del interior, sugiere que efectivamente la tumba fue abierta en más de una ocasión, y quizás por ello la presencia de dos conjuntos bien diferenciados en el interior de la cámara mortuoria. En tiempos modernos una cripta suele estar destinada a los miembros de una misma familia o de un mismo gremio, pero no se puede extrapolar esta idea a una sociedad selvática de la época precolombina. No obstante si se puede pensar en algún otro tipo de filiación o de nexo entre los individuos depositados en la misma cripta. Quizá se trató de individuos que ejercían las mismas funciones en momentos distintos del uso del templo. La riqueza de las ofrendas sugiere que se trataba de personajes de un rango elevado, ya sea socialmente o por las funciones que detentaban dentro de la sociedad. Como se verá en la discusión de los objetos, algunos de ellos estaban destinados a la preparación de sustancias propiciatorias a la alteración del estado psíquico normal. La masticación de la coca, para el caso del recipiente efigie, o la preparación e inhalación de snufs alucinógenos en el caso del pequeño mortero en forma de ave, dan una pauta de las prácticas que quizás ejercitaban los individuos inhumados en la tumba. Este tema será abordado de manera más amplia en la discusión de los distintos objetos encontrados en el sitio. Por ahora basta con subrayar las posibilidades que tiene la interpretación de los materiales encontrados.



Franja de turquesas al fondo de la cámara.

Plano de la tumba



Cuentas y nódulos de turquesa



Pájaros turquesa

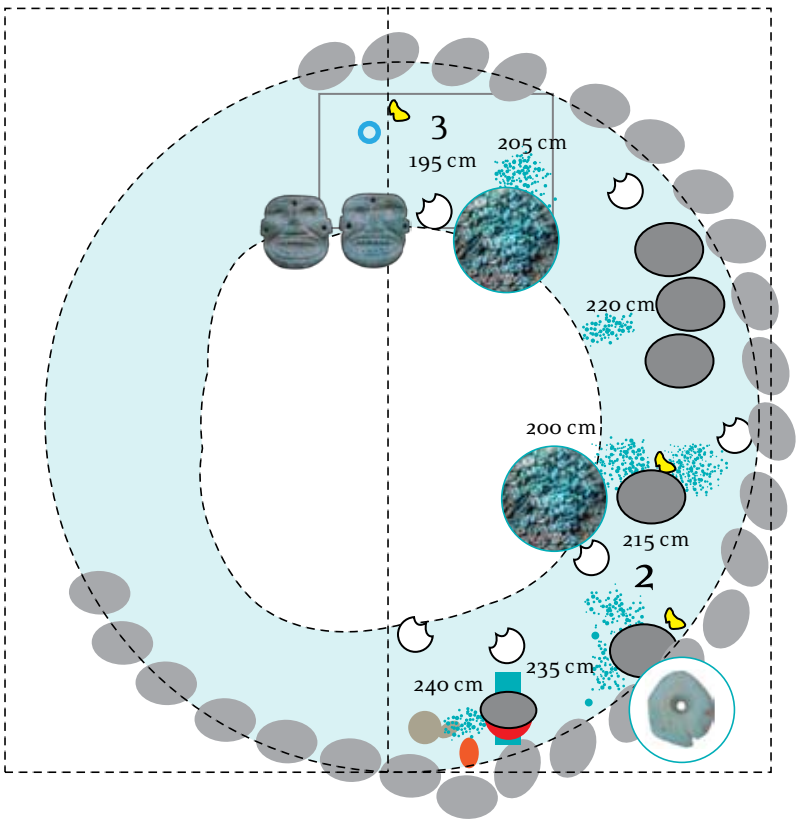


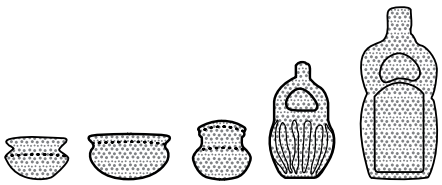
Botella fitomorfa



Mascarones gemelos

Descripción





Formas cerámicas



Botella con restos de maiz y cacao



Botella efigie y Bivalva Spondylus



Lentejuelas de turquesa



Mortero



Coquero



Cuenco rojo



Escudilla

Descripción

Nomenclatura				
Piedra	Piedra superior	Fragmentos de cerámica	Cuentas de turquesa	Medallón de turquesa
Anillo de piedra verde	Fragmento de Strombus	Coquero	Mortero	Cuenco rojo sobre franja de turquesas

Otras sepulturas excavadas fueron encontradas en el perímetro de los círculos del espiral, a mayor distancia del punto central. En tres instancias éstas se encontraban adosadas a la base de los muros de contención concéntricos, y habían sido depositadas con posterioridad a la construcción de estos elementos arquitectónicos. Un factor que se debe recalcar es el hecho de que las fosas funerarias no fueron excavadas en el subsuelo natural de la terraza, sino que fueron acomodadas dentro de los sedimentos de relleno y dentro de los elementos estructurales de la plataforma. Un caso particular es el de la inhumación de un infante, que fue puesta en un espacio reducido entre un muro y su contramuro. Algunas piedras del contramuro habían sido desplazadas para formar un espacio rectangular, donde se colocó un pequeño paquete de huesos largos y lo que pudo haber sido la bóveda craneal. La única ofrenda que tuvo este entierro fue una serie de turquesas dispuesta sobre y entorno del probable cráneo. Por la disposición de las cuentas se podría pensar que estas formaban parte de un pequeño tocado. El entierro del infante cobra significación por la asociación posible a otra tumba. A un metro de profundidad bajo el primer entierro se encontró una fosa recubierta de piedras, que guardaba los restos de otro individuo, con dos ofrendas más consecuentes. El segundo sepulcro reposaba en la base del muro de contención, ligeramente sobre la matriz geológica. Por la coincidencia de la sobreposición de los dos entierros se podría pensar que el superior anunciaba la presencia del segundo. Lo que si parece ser seguro es que la edad no fue una limitación para recibir el reconocimiento que implica una sepultura en un espacio sagrado. Este hecho abre la puerta a la posibilidad de que el estatus de un individuo le estaba asignado por el grupo al que pertenecía. Es decir que la adscripción social era reconocida desde la infancia.

No se puede saber si es que éste fue el único cementerio o camposanto de la aldea, pero las inhumaciones allí encontradas, reposan todas en el interior de la construcción artificial. El paso a la otra vida de determinados individuos, se daba entonces en un contexto creado por la sociedad y quizás por eso no estaba sujeto a las reglas drásticas del medio natural. El control de la vegetación, de la humedad y de la acidez propia de los suelos de la selva tropical podría haber ayudado a la preservación de los cuerpos durante un cierto tiempo.

Espacios ceremoniales

En la plataforma oriental se conjugan varios factores que parecen estar íntimamente ligados a la ejecución de actividades que implican el manejo de conocimientos especializados en distintas técnicas y en un simbolismo ideológico amplio. Hay dos factores que resaltan en las evidencias encontradas en el proceso constructivo de la plataforma, como en el uso que se ha dado a determinados espacios preparados con cierto cuidado. El simbolismo del espiral, ligado a la base de una edificación circular imponente, donde el punto central es una hoguera, sugieren prácticas ceremoniales que no se ejercían ante la vista de todo el mundo. El manejo del fuego sagrado en un espacio cerrado, recuerda una práctica religiosa temprana en los Andes Centrales, que se denominó la tradición Kotosh, por haberse encontrado en esa localidad por primera vez (Burger y Salazar Burger 1980; 1985).

La tradición fue identificada por primera vez en el sitio arqueológico Kotosh situado en la vertiente oriental de los Andes del Perú. El contexto del hallazgo fue identificado como perteneciente al período llamado Pre-cerámico peruano, en el que existe ya una serie de sitios con arquitectura pública, en algunos casos monumental. Richard Burger definió la tradición por una serie de rasgos que caracterizaban un tipo arquitectónico particular. Se trataba de edificios, más bien pequeños de forma redonda o cuadrada con las esquinas redondeadas, que tienen en su parte central fosas bordeadas de piedras, donde se realizaban quemas rituales. La hoguera central es el elemento que define la tradición. En el Perú, estos edificios aparecen tanto en la sierra como en las vertientes oriental y occidental de los Andes. Burger describe los rasgos que se repiten en los

edificios con cierto detalle: las paredes del interior estaban cubiertas con revestimiento arcilloso de color claro, en la que aparecen a menudo nichos rectangulares dispuestos simétricamente. Los pisos también habían sido preparados con una arcilla clara, que a menudo se dividen en dos niveles, marcando un espacio que podría ser considerado como una banca. En algunos edificios, se podía dar el caso de que existan dos cuartos idénticos en forma y contenido, que compartían una pared común. De acuerdo a Burger estas construcciones singulares fueron creadas para dar un ambiente especial a ciertas ceremonias religiosas, en las que la quema de ofrendas era un elemento crítico.

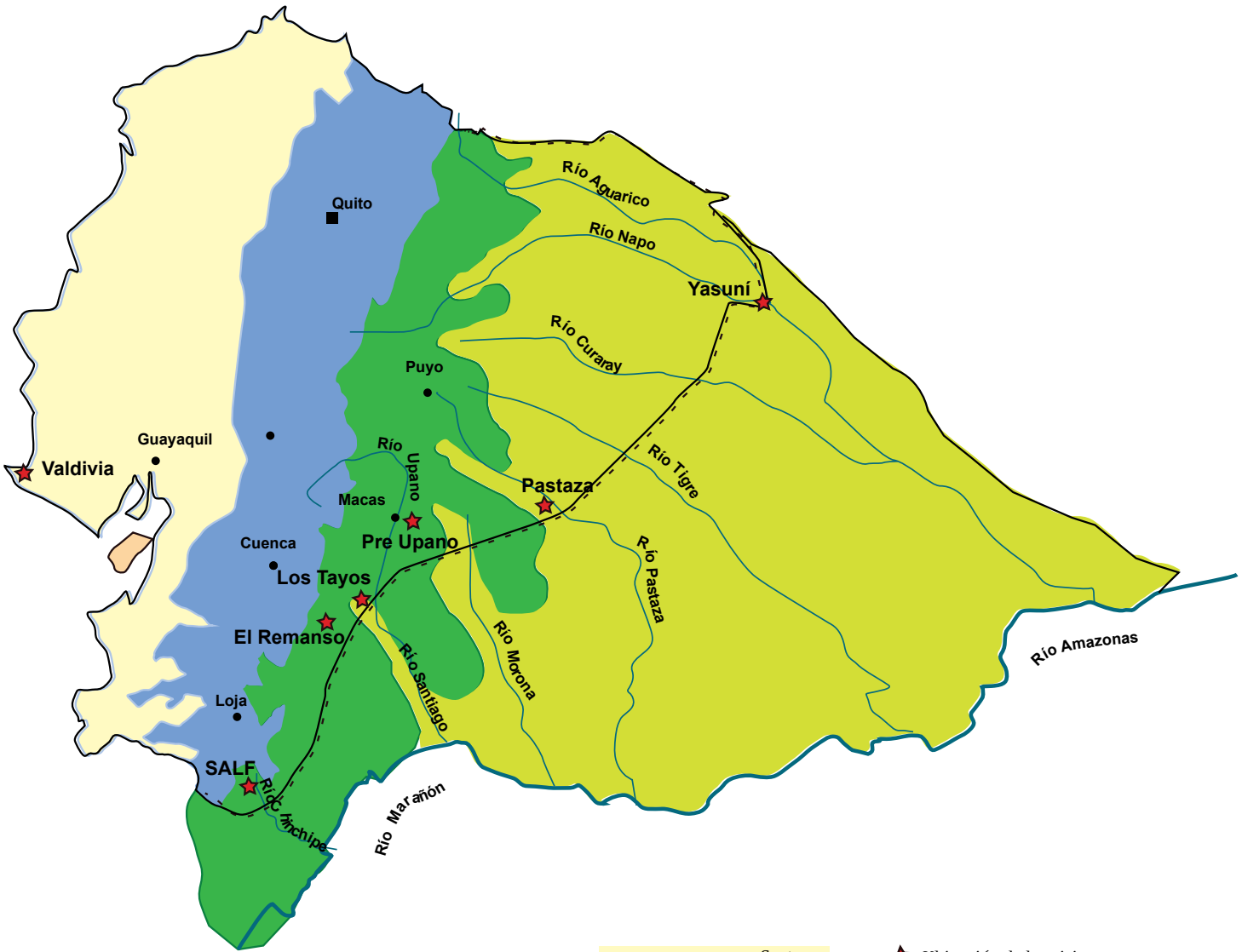
En algunos casos en que la arquitectura estuvo bien conservada, se han encontrado edificaciones similares enterradas en varios niveles, lo que ha llevado algunos investigadores a hablar de *"tumbas de templos".* Burger afirma que el enterramiento y la construcción sucesiva de estas edificaciones, produjo gradualmente la construcción de montículos o de plataformas de distintos tamaños. Cuando éstos eran consolidados con paredes de piedra externas, se producían a menudo plataformas escalonadas de varios niveles, sobre las cuales se construía una estructura hecha con cal y canto. La producción de estos monumentos caracterizó varios sitios en el Perú del período Pre-cerámico Tardío. Para Burger, la similitud arquitectónica de este tipo de edificios, encontrada en varias localidades, sugiere que todos estos sitios compartían un conjunto de creencias religiosas que conservaban prácticas rituales similares (Burger 1992: 45-46).

El patrón descrito por Burger para varios centros ceremoniales tempranos del Perú, encuentra en la plataforma oriental del sitio Santa Ana- La Florida, muchos elementos comunes. En el proceso de excavación de esta plataforma, se encontraron tres hogueras enterradas a distintos niveles, en el área próxima a la ubicación central de la última estructura de combustión. En todos los casos, los pisos que las contenían se componían de arcillas de color claro, y las paredes de las hogueras, estaban delimitadas por piedras de distintos tamaños. Desgraciadamente, en el sitio SALF no se conservan las paredes vinculadas a las edificaciones del templo y por ello no se puede saber si existieron hornacinas incrustadas.

A pesar de que el yacimiento de Palanda antecede con algunos siglos a los ejemplos que sirvieron para definir la Tradición Religiosa Kotosh, es evidente que los elementos descritos forman parte de las evidencias documentadas en la sierra y sus vertientes peruanas. Como se puede apreciar, las creencias religiosas compartidas incluían a la alta amazonía en la cuenca del Chinchipe – Marañón.

La estructuración formal de la aldea, con la separación de los distintos espacios y actividades asociadas, no solo fue parte de la planificación del espacio interno, sino que también debió haber tenido un significado para los habitantes de toda la región. Un asentamiento nucleado no requiere necesariamente de espacios públicos o ceremoniales, por lo que es probable que este sitio ejerciera cierta atracción en el conjunto del área geográfica que lo entornaba. Es difícil evaluar si las dimensiones de la plaza respondían a las necesidades de una población muy amplia, pero parece evidente que el trabajo involucrado en la preparación de las obras de infraestructura de la aldea, debió requerir de una mano de obra amplia que siguió las consignas de alguien que tenia conocimientos de las técnicas constructivas que se necesitaban para afrontar los retos que se presentan en un medio tan húmedo e inclinado. El conocimiento que detentaba este personaje debió residir en la aldea, al igual que el conocimiento que era necesario para afrontar los peligros cotidianos en la selva, como las picaduras de serpiente, la curación de infecciones, o la intersección ante las deidades del bosque. Las evidencias encontradas en la aldea sugieren que ésta sirvió de asiento y base del poder del conocimiento natural y sobre natural.

Regiones geográficas del Ecuador actual





CAPITULO IV

Modos de vida

El fin último de la arqueología es comprender e interpretar la historia antigua de los habitantes de una región, a partir de las evidencias de la cultura material que han sobrevivido al paso del tiempo. Una parte importante de la disciplina moderna es la obtención de información a partir del análisis de las evidencias latentes y subyacentes al accionar social del hombre. Éstas han quedado inmersas en el paisaje, en el subsuelo de un territorio dado o inclusive en los objetos mismos del pasado. La comprensión de lo que fueron los antiguos modos de vida se hace entonces a partir del estudio amplio de las evidencias que la investigación de campo ha permitido recuperar. En el capitulo anterior se han descrito una serie de evidencias estructurales que dan las pautas para comprender cómo la sociedad Mayo Chinchipe estaba organizada hace 5000 años. Conviene ahora mirar un poco más de cerca a las evidencias latentes que pueden ser sustraídas del registro arqueológico mencionado y que informan sobre los aspectos más cotidianos de la vida en sociedad.

Una de las mejores fuentes de información viene dada por los contextos cerrados, casi inalterados, en los que se puede encontrar la evidencia arqueológica. Así por ejemplo, los contextos funerarios y las ofrendas asociadas son una especie de cápsula del tiempo, en la que se han conservado muchas ideas, productos y creencias que caracterizaron la vida en la antigüedad. Otra fuente importante de información son los basurales o depósitos de desechos de la actividad doméstica, que se han conservado en determinadas áreas de un sitio habitacional. En el yacimiento Santa Ana-La Florida se ha tenido la suerte de poder recuperar y estudiar una buena cantidad de información proveniente de este tipo de contextos arqueológicos.

El sistema productivo: Métodos de análisis

Para definir los antiguos modos de vida hay que comenzar indagando sobre cuáles eran los métodos de asegurar el sustento cotidiano. La producción estable de alimentos es una de las condiciones que las primeras sociedades tuvieron que cumplir para asegurar su permanencia y trascendencia en un medio determinado. Toda estrategia de adaptación comienza por encontrar la mejor manera de asegurar el sustento cotidiano. La búsqueda de las evidencias sobre el régimen alimenticio que caracterizó a un grupo se hace necesaria para comprender cómo éste supo sacar provecho de su entorno. En principio, el estudio especializado de los sedimentos permite identificar las huellas microscópicas de los productos que se cultivaron y consumieron en la antigüedad. Sin embargo, esta tarea es más fácil decir que realizar, puesto que en el medio selvático, donde abundan los suelos ácidos y hay una abundancia de lluvias (y aguas acarreadas), la mala conservación y la contaminación de las muestras es un riesgo constante. Los estratos aparentemente estables de una localidad, son generalmente el producto de una larga historia de depósitos y alteraciones sucesivas. Por eso la recuperación de sedimentos para los análisis debe ser una tarea altamente selectiva; de manera que se pueda tener cierta certeza de que los depósitos terrosos correspondan a los niveles de ocupación de la sociedad que se está estudiando. Por otro lado, una vez que se tienen las muestras, hay que encontrar al personal calificado que pueda hacer competentemente la identificación de la micro y macro evidencia presente en los sedimentos. En última instancia se hace también necesario disponer de una colección de materiales comparativos, proveniente de la región de estudio, que permita identificar y clasificar los distintos elementos orgánicos o minerales que se pueden recuperar del suelo.

Los estudios y análisis posibles son múltiples y a menudo se procede por una combinación de varios de ellos. La palinología es el estudio del polen, o de las micro semillas que poseen las plantas para asegurar su descendencia. El estudio de los fitolítos ha cobrado mucha importancia en los últimos 40 años, puesto que se ha comprobado que muchas plantas generan un residuo de sílice, cuya forma es característica de cada especie. Identificar los residuos líticos (litos: piedra en griego) de los vegetales (fito planta) es un oficio que requiere de largos años de formación y otro tanto de experiencia en el muestreo y análisis de los sedimentos. Otro método de identificación de las plantas que pudieron haber sido cultivados o consumidos en un sitio, viene dado por la identificación y análisis de los gránulos de almidón producidos por prácticamente todas las plantas del planeta. Al igual que los residuos de sílice generados por la vida vegetal, las formas geométricas de los gránulos de almidón son específicas a las plantas que los producen. Por ello la búsqueda de estos gránulos diminutos puede ser una gran herramienta para la identificación de las plantas producidas y/o consumidas en una determinada localidad, en un determinado momento.

Otra variedad de análisis que se emplea en la actualidad, es el estudio de los componentes bioquímicos de cada una de las especies vegetales. En principio, no todas las plantas tienen los mismos componentes químicos, por lo que la identificación de ciertos componentes o de algunas combinaciones particulares de estos pueden caracterizar a una o varias especies vegetales. Naturalmente la realización de estos análisis implica tener una base de datos muy amplia, que contenga la información necesaria sobre los componentes bioquímicos de las distintas plantas. La identificación misma de los componentes es un proceso mecánico que se lleva a cabo en máquinas capaces de identificar químicamente los distintos componentes de la muestra analizada.
Otro método un tanto más especializado es el estudio y el análisis genético de las muestras recolectadas. Este estudio implica tener la suerte de encontrar residuos orgánicos que guardan todavía restos intactos (o casi) de la secuencia del ADN de alguna planta. El procedimiento es complejo pues en la mayoría de los casos implica reconstituir la secuencia a partir de fragmentos incompletos que se han conservado. El trabajo consiste en poder establecer la

secuencia del ADN y luego de identificar a que organismo corresponde. El analista es ante todo un genetista que por razones muy particulares se interesa en buscar los restos del antiguo ADN.

La obtención de muestras de sedimentos y de muestras macroscópicas es un procedimiento básico de toda investigación arqueológica moderna. El análisis de las muestras es en cambio una cuestión de suerte, puesto que hay que encontrar un laboratorio o un especialista en cualquiera de estas técnicas, que sea capaz de efectuar un estudio confiable. En el caso de la investigación realizada en Palanda, se ha tenido la suerte de poder contar con especialistas en los distintos métodos que se han mencionado. La persona más influyente en la realización de estos estudios ha sido, sin duda, la Dra. Sonia Zarrillo de la Universidad de Calgary (Canadá). Siendo aún candidata al doctorado se interesó por hacer el estudio de varios tipos de evidencias en los contextos y en los materiales del yacimiento SALF. La Dra. Zarrillo se integró al equipo y trabajó en el campo recolectando muestras de primera mano; constituyó una colección de referencia que le permitió identificar la evidencia macro y microscópica que encontró en el registro arqueológico. Participó activamente en la excavación de uno de los basurales del sitio y luego analizó la totalidad de las muestras extraídas en el campo. Su estudio se complementó con la obtención de muestras microscópicas provenientes del interior de los recipientes cerámicos y líticos, que fueron depositados como ofrendas en el interior de las tumbas. Los largos años de estudio y análisis le permitieron identificar una gran cantidad de las especies vegetales que estaban representadas, tanto en los sedimentos como en los residuos que estaban adheridos en las paredes de los objetos arqueológicos. La lista de plantas que encontró no se limitó a aquellas que tienen un valor alimenticio, sino que también incluyó evidencias del bosque que poblaba las regiones altas del bosque amazónico de nubes (Zarrillo 2012).

La evidencia rescatada de los contextos funerarios y de los desechos domésticos del yacimiento permitió a Zarrillo identificar un sinnúmero de plantas que fueron el resultado de la actividad agrícola efectuada en la zona en torno al sitio. Zarrillo analizo 27 muestras procedentes de 19 artefactos (recipientes o fragmentos) y obtuvo 15 resultados positivos para la identificación de gránulos de almidón (Zarrillo: 187-214). En base a esto estableció una lista de plantas cultivadas y consumidas en el sitio. La lista incluye plantas comunes a las zonas tropicales, como: camote arrowroot *(Maranta spp.),* yuca *(Manihot esculenta)*, camote o batata *(Ipomoea spp.)*, fréjol *(Fabaceae spp. Phaseolus spp. ?)*, ñame o papa china *(Dioscorea trifida)*, ají *(Capsicum spp.)* y otras que si bien se cultivan en Palanda en la actualidad sorprenden por su antigüedad: maíz *(Zea mays)*, cacao *(Theobroma spp.)*. La fecha de C14 más antigua obtenida hasta ahora el yacimiento proviene justamente de una muestra orgánica recuperada de un tiesto procedente de un depósito de desechos cotidianos. Zarrillo recuperó el tiesto y dividió la muestra en dos, una mitad sirvió para hacer la datación y la otra para el análisis de la muestra de la materia orgánica (CR-63). La fecha medida (BETA-312078) fue de 4450+/-30 AP, con una edad convencional de 4620+/-30 AP. La calibración a 1 Sigma dio un rango de edad de



Mortero de piedra tallado en forma de una mazorca de cacao.

5440 a 5310 AP (3490 a 3360 a.C.) y a 2 Sigma dio 5450 a 5300 AP (3500 a 3330 a.C.). La mitad de la muestra orgánica analizada permitió una identificación positiva para la presencia de Theobroma y maíz (Zarrillo 2012: 250 tabla 6.8., 161, 189, 207-209). La edad implica que la primera ocupación del sitio conoció ya el cultivo y el procesamiento de plantas útiles. Las fechas asociadas a otras muestras orgánicas van desde el 4960 a 3460 AP.

Los contextos fechados de los que provienen a las ofrendas funerarias de tres tumbas distintas (XII-5; XIV-4; XIV-5) oscilan entre 4400 y 4210 AP (2270-2260 a.C.). Es interesante señalar que gracias al análisis se pudo establecer que el contenido de una de las botellas cerámicas fue de un líquido hecho a base de maíz (chicha), mientras que otro contuvo un líquido hecho a base de cacao. Otras evidencias de estas plantas provienen de fragmentos de recipientes cerámicos y de los recipientes de piedra pulida.



Objetos con evidencias de maíz (a) y cacao (b, c, d, e).

El maíz en la vertiente oriental de los Andes no es una novedad, pues los sondas realizados en el lago Ayauchi (Morona Santiago) demostraron su presencia en depósitos lacustres datados entre 7010 +/-130 y 4570 +/-70 o 5970 / 6100AP (Bush et al 1989:304), pero como en el fondo del lago no hay un contexto cultural definido, no se puede saber a que momento o a que grupo humano se le podría atribuir el cultivo. La evidencia de Palanda la sitúa plenamente en una ofrenda que acompañaba a un difunto hacia la otra vida. Su presencia en estado líquido también complementa la información sobre su uso como una bebida, posiblemente fermentada. El cultivo del maíz es entonces tan antiguo en la alta amazonía como en la costa del Pacifico, pero se ignora todavía por que medio se difundió en el neotrópico americano.

La presencia del cacao fue una sorpresa inesperada, pues tradicionalmente se ha dicho que el uso de esta planta se dio por primera vez en Mesoamérica. La evidencia más antigua de México proviene del sitio Mokaya, situado en el Paso de la Almada, del sur de la costa del Pacífico de México, las fechas asociadas van del 1900 al 1500 a.C. Otras fechas tempranas de uso del cacao provienen de varios sitios Olmecas, en El Manatí las fechas asociadas van de 1650 a 1500 a.C. En San Lorenzo las fechas se sitúan entre 1800 y 1000 a.C. (Powis et al 2011). En Palanda su uso está comprobado con anterioridad de más de 1500 años. La duda que las fechas tempranas de la amazonía provocaban atrajo la atención de los estudiosos del cacao en tierras Olmecas. Para hacer una comprobación por otros medios se emprendieron muestreos conjuntos para efectuar análisis bioquímicos en una universidad norteamericana. El resultado de más de 40 muestras fue positivo.

Con esta nueva evidencia en mano se procedió entonces a realizar estudios genéticos en las muestras arqueológicas. Desde hace ya varios años el equipo de la genetista Claire Lanaud del Centro Internacional de Investigación Agrícola para el Desarrollo (CIRAD) y el equipo encabezado por el genetista Rey Gastón Loor, del Instituto Nacional de Investigación Agrícola (INIAP) trabajaban con miras a reforzar genéticamente la variedad emblemática del país, la Nacional fino de aroma, que es particularmente apetecida en el mercado internacional. Para ello, buscaron posibles antecesores de esta especie en la provincia de Zamora Chinchipe. Los genetistas citados han trabajado la hipótesis de que un foco de domesticación de, por lo menos, una variedad de cacao podría situarse en la alta amazonía del sur del Ecuador. Las evidencias encontradas en el yacimiento Santa Ana-La Florida, dan sustento a la hipótesis de un origen amazónico de esta fruta, pues constituyen las muestras más antiguas de su uso social en América. Los análisis realizados sobre nuevas muestras tomadas, tanto en el campo como en los recipientes anteriormente estudiados, están permitiendo reconstituir la secuencia genética del ADN presente en las muestras arqueológicas y probablemente confirmaran que se trata de una especie emparentada con el cacao emblemático del Ecuador (Lanaud el al 2012).

Sistemas agrícolas: vegecultura y agricultura

La lista de plantas evidenciadas en el yacimiento es también interesante en la medida en que puede informar sobre los tipos de agricultura asociadas a estos cultivos y al medio ambiente que requieren. Las prácticas agrícolas que se desarrollan en el medio tropical amazónico son de dos tipos: la reproducción vegetativa *(vegecultura)*, propia de la horticultura, y la reproducción por la siembra de semilla. Philippe Descola, el etnólogo de los pueblos Achuar con amplia experiencia en la agricultura selvática afirma que en los huertos tradicionales *"todas las plantas cultivadas son multiplicadas por vía vegetativa: ya sea por desqueje (yuca, taro, patata dulce), ya por plantación de un rebrote (plátano), ya por enterramiento de un fragmento de tubérculo (ñames). Los modos agrícolas son pues simples y limitados: enterrar, desenterrar, desyerbar y cortar las estacas para el desqueje son las tareas principales de la horticultura, repetidas incansablemente día tras día"* (Descola 1988:241). La mayoría de las plantas identificadas en SALF se

cultivan por vía vegetativa y no requieren de grandes espacios despejados para su reproducción. Solo el maíz y el ají se reproducen por semilla y este ultimó no es considerado un alimento sino un condimento y su presencia temprana tiene implicaciones técnicas y culturales. Según algunos especialistas el cultivo de condimentos junto al de los alimentos básicos sugiere el desarrollo de una agricultura sofisticada y de una gastronomía compleja (Perry et al 2007:988)[5].

El cultivo del maíz y del ají rompe con la tradición de la horticultura simple y demuestra el conocimiento y práctica de la agricultura propiamente dicha. La presencia de estas plantas en el registro arqueológico temprano de Palanda sustenta la tesis de Dolores Piperno que afirma que en la Amazonía se dieron las dos formas de cultivo, la vegecultura y la agricultura (Piperno y Pearsall 1998). La lista de plantas identificadas no es exhaustiva y constituye sólo una muestra de la gama de productos cultivados, por ello hay que suponer que el régimen alimenticio fue amplio y variado. Calabazas y zapallos están presentes en las formas de los recipientes cerámicos y macrorestos de varias semillas, aún no identificadas con certeza, sugieren la importancia de las palmas y de otras frutas como la anona, la guaba, el caimito o el aguacate que abundan actualmente en toda la región.

En el medio altamente inclinado y húmedo de la alta amazonía la agricultura extensiva tuvo necesariamente sus limitaciones. El despejar grandes áreas para el cultivo de plantas como el maíz, los ñames o los yucales no es la mejor estrategia de adaptación en un medio constantemente amenazado por la erosión de los suelos, causada por la deforestación y un alto régimen de precipitaciones. Una estrategia más sensata y a la larga, igualmente productiva, es el cultivo de huertos (familiares o comunales) al interior del bosque natural. Esta estrategia, practicada por la mayoría de los pueblos selváticos en la actualidad, parece haber sido la dominante a través de la historia. El despeje selectivo y limitado de la vegetación para ganar espacio de cultivo es la práctica corriente en un huerto. Desde el inicio, los pueblos comprendieron la frágil naturaleza de los suelos en este medio y por ello desarrollaron técnicas para proteger y prolongar la vida útil de la capa orgánica del terreno. La exposición prolongada de los suelos a la luz solar y a la caída directa de las lluvias los lixivia de sus nutrientes naturales y reduce en consecuencia su productividad. Por eso la sombra que brindan los árboles es necesaria para mantener un equilibrio natural en la capa orgánica. Descola explica que en la Amazonía se practica una agricultura que imita de alguna manera a lo que la naturaleza a instaurado para protegerse. Sostiene que entre los Achuaras...



Huerto en la selva con cultivos de maíz y yuca (lado derecho).

"La agricultura en la Amazonía reproduce una estructura trófica de tres pisos, reproduciendo en miniatura la selva climácica circundante. En el nivel superior, las anchas hojas de los plátanos y papayos ofrecen, aquí y allá, un primer obstáculo a la acción destructiva de las lluvias y del sol, mientras que en el nivel intermedio los plantones de mandioca, naranjilla y de Lonchocarpus constituyen una cubierta vegetal relativamente densa y casi uniforme que ayuda a una proteger el suelo contra la lixiviación. Finalmente, al ras del suelo, se despliega en manchas la enmarañada alfombra vegetal de los taros, calabazas, ñames, y patatas dulces. Esta imitación cultural de la vegetación natural contrabalancea con notable eficacia los efectos destructores del clima y permite utilizar de la mejor manera el mediocre potencial de los suelos interfluviales.
Aun cuando sea mucho menos densa y estratificada que la selva climácica, la vegetación escalonada del huerto contribuye sin embargo a retrasar la ineludible erosión de los suelos, sobre todo en las laderas de las colinas. Por el contrario, el monocultivo protege muy mal los frágiles suelos interfluviales y si los Achuar lo adoptan ocasionalmente -como el caso del maíz- es sólo por un corto lapso de tiempo (tres meses) y conservando una parte de la cubierta arbórea natural. Por lo demás, la mezcla de especies con distintas necesidades de elementos nutritivos permite reducir la competencia entre plantones y hacer el mejor uso posible del abanico de nutrientes accesibles" (Descola 1988: 238).

Sin embargo, la horticultura también está sujeta a las limitaciones naturales de los suelos amazónicos. Con el uso los nutrientes orgánicos se agotan y las cosechas disminuyen notablemente. Por ello, los huertos deben ser dejados en reposo durante un periodo prolongado, hasta que los suelos se regeneren. La práctica agrícola es forzosamente itinerante y cíclica. Nuevos campos deben ser preparados, a menudo con el método de la roza y quema que no solo sirve para despejar la vegetación, sino también para enriquecer momentáneamente el suelo. Al tumbar la cobertura vegetal y dejarla secar sobre el terreno, hasta que pueda ser quemada, se liberan los nutrientes que se almacenaban en la vegetación y se incorporan al suelo, enriqueciéndolo (Eriksen 2011: 100). La quema contrarresta un poco este proceso, pero el calor la ceniza purifica el suelo de las pestes, a la vez que la chamiza se incorpora al piso como fertilizante. Esta práctica ancestral es muy controvertida, pues la quema repetida empobrece el suelo de sus nutrientes orgánicos y deposita cargas de sílice que a la larga pueden ser muy perjudiciales. La practica de este método no involucra la tala de todos los árboles presentes en el terreno, sino una limpieza selectiva de los principales obstáculos que impedirían el buen manejo del huerto (Descola 1988 y1993).

El conocimiento que implica el manejo de los huertos requiere dominar las combinaciones adecuadas de tiempo necesarias para una rotación exitosa de cultivo y descanso, sino también tener un conocimiento íntimo de las plantas que se van a criar en el huerto y de las propiedades que cada una de ellas tiene en la vida vegetal. Por ello se considera que la horticultura es el trabajo de especialistas anónimos, que tienen una relación íntima con la naturaleza y sus fuerzas regeneradoras. En muchísimas sociedades amazónicas este es el campo privilegiado del mundo femenino en torno del cual hay una riqueza simbólica y ritual que no está desprovista del poder discreto que ejercen las mujeres en el cosmos.

La combinación racional de distintas técnicas agrícolas y una producción de alimentos complementarios es lo que refleja la lista de las plantas identificadas por los estudios de macro y microrestos. El yacimiento está rodeado de laderas inclinadas donde los huertos familiares producen todavía tanto granos como raíces y rizomas sin llegar a agotar los suelos.

En el pasado éstas mismas prácticas debieron haber suministrado los alimentos vegetales que la sociedad requería. Las actividades de caza, pesca y recolección de diversos *"frutos de la tierra y del agua"* (larvas, gusanos, caracoles, cangrejos, ranas, lagartijas, etc.) debieron haber proveído regularmente de las proteínas animales que la sociedad consumía cotidianamente.

No obstante, no se debe olvidar que la interacción regional debió haber dotado a los pobladores del sitio de alimentos oriundos de regiones más lejanas -la baja amazonía o la sierra- donde el régimen alimenticio era distinto y complementario (i.e. papas, mellocos, grandes peces, aves y mamíferos de la selva baja). El intercambio, en cualquiera de sus formas tradicionales, ha suplido desde siempre las limitaciones productivas del medio.

El amplio medio que manejó la sociedad Mayo Chinchipe involucró también los biotopos que se inundan y esto conlleva además otra gama de conocimientos en el manejo cíclico de la fuerza del agua y de sus consecuencias sobre los cultivos. En determinadas regiones de la alta amazonía existen dos biótopos: el hábitat interfluvial, con colinas y valles que se forman entre los cursos de agua y el hábitat ribereño que se ubica en las márgenes próximas a los ríos. En estos últimos puede darse el caso de que se produzcan inundaciones cíclicas. Cuando las aguas vuelven a su cauce normal, los terrenos se ven enriquecidos por los limos que se han depositado por la acción fluvial. En principio, un huerto sobre el limo es más fértil y no requiere del barbecho, o descanso obligatorio de los terrenos de la selva alta. Sin embargo, las inundaciones imponen sus propios ritmos de uso y abandono, además que, como lo señala Descola, el cultivo en los bancales aluviales requiere de mucho más trabajo cotidiano en el mantenimiento limpio de las áreas de cultivo (Descola 1988: 252-253).

La gestión de los huertos en los distintos ecotipos trajo la complementariedad de los productos, pero también una interacción social que homogeneizaba los niveles tecnológicos de las tierras altas y bajas.



Desembocadura del río Chinchipe en el Marañón.



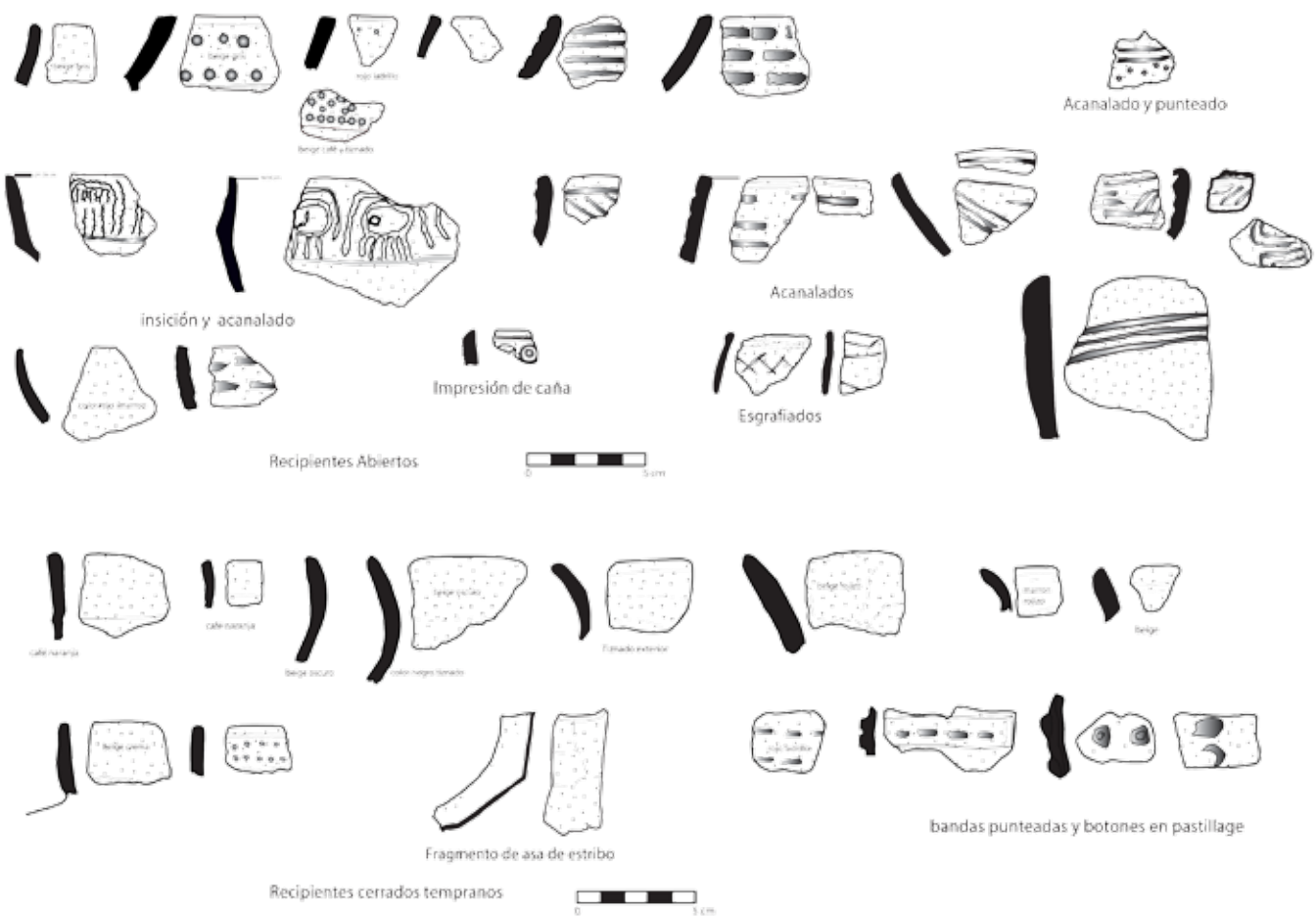
Paisaje de bosque seco de la cuenca baja del Chinchipe - Marañón.

Manufacturas especializadas
Alfarería

Dentro del esquema de análisis de los modos de vida, el sistema productivo no se limita a la generación de alimentos, sino que incluye además a la extracción y transformación de las materias primas que se encuentran en el entorno natural. Las sociedades de la alta amazónicas presentan un conocimiento temprano de estas técnicas, prueba de ello fue de la producción alfarera el trabajo especializado de la piedra. Aunque se sabe que la cerámica se utilizó por primera vez en la baja Amazonía (Taparinha 70000 AP) se desconoce aún de donde proviene la tradición de trabajar el barro y transformarlo en cerámica del alto Amazonas. Lo que parece seguro es que no presenta vínculos tecnológicos o estilísticos con la tradición alfarera presente en la costa del Pacífico. La comparación de las cerámicas de Valdivia y de la cultura Mayo Chinchipe demuestra que no están emparentadas tecnológica y estilísticamente (Valdez 2011). No obstante, es una tradición madura que utiliza el barro con maestría y crea formas naturalistas o con un gran nivel de abstracción. El mejor ejemplo de esto son los recipientes encontrados en las tumbas del sitio SALF, así como algunos fragmentos de la cerámica utilitaria encontrada en los basurales del área habitacional.

El análisis de las técnicas de manufactura demuestra que se emplearon distintos tipos de arcillas para fabricar distintos tipos de recipientes. Para la elaboración de botellas de formas elegantes se tomó un gran cuidado en la selección de las arcillas, éstas fueron decantadas y luego mezcladas con elementos minerales, finamente molidos, para

Formas y técnicas decorativas de la alfarería de la primera época de ocupación



producir una pasta que tenía a la vez las cualidades de una gran plasticidad y una solidez interna. Los procesos de fabricación incluyeron el acordelado, el modelado y el ensamblaje de partes elaboradas de manera separada. Los acabados de superficie fueron igualmente muy esmerados, con intervenciones realizadas antes y después de la cocción. En un primer momento no se utilizan los pigmentos de colores y la cerámica tenía siempre las distintas tonalidades que imprime la cocción a distintas temperatura, o que son controladas mediante la ventilación o sofocación del tizne provocado por el humo de la cocción. Las técnicas decorativas también fueron variadas, incluyendo toda la gama de impresiones (incisos, excisos, punteados, etc.) y de pastillaje (añadido de bandas, botones, etc.). A menudo ambas clases de técnicas se empleaban para producir un efecto estético particular.

La producción alfarera se destinó sobre todo a la fabricación de recipientes de distintas funcionalidades, ya sean éstos utilitarios o destinados a un uso especial, probablemente no cotidiano. Ollas, cuencos y platos están bien representados entre los desechos de la ocupación doméstica. Las ofrendas funerarias muestran en cambio la gama de las formas elegantes y simbólicas que se destinaban para la utilización en ritos o ceremonias. Lo que no parece haber sido común, fue la fabricación de estatuillas modeladas, pues hasta la fecha no se han encontrado figuras de ningún tipo, restos de adornos o instrumentos funcionales. No obstante estos podrían aparecer en cualquier momento en los contextos aún no excavados del yacimiento.

Aunque no hay figurillas humanas, como en la cultura Valdivia, si hay recipientes de efigie que demuestran el alto grado de habilidad que tuvieron los maestros ceramistas para reproducir la forma humana con sus distintas expresiones faciales. De igual manera se reprodujeron las formas naturales de ciertos frutos vegetales: calabazas y zapallos lobulados son frecuentes. Algunas formas caprichosas y otras simétricamente geométricas forman parte del repertorio de estos antiguos ceramistas. Entre las formas notables cabe señalar la presencia por primera vez en el registro arqueológico de América, la botella denominada con asa de estribo, por la similitud que ésta tiene con ese objeto. Se ha discutido mucho del origen de la inspiración de esta forma. Para algunos seria la proyección de una forma natural, el cuerpo de un mate alargado o de una calabaza curva, utilizada como un recipiente cerrado para transportar y beber líquidos. Empero, la noción de una doble vertedera que se une en un pico central no parece inspirarse en la naturaleza. Es una forma construida que hace la síntesis de un proceso creativo, que une a la forma básica de un recipiente estrecho, la invención de un sistema que impide que el contenido del mismo se derrame accidentalmente al manipular la pieza. La doble vertedera se convierte en un asa que puede ser manipulada sin reparo, ya que el gollete y el pico del recipiente son estrechos y pueden ser tapados herméticamente. El resultado es una forma elegante, que imprime la personalidad del ceramista o del grupo de alfareros que lo inventaron y lo produjeron originalmente.



Botellas con asa de estribo representando figuras naturales: calabaza y zapallo.

Las fechas más certeras para evaluar la antigüedad de este tipo de botella corresponden a las dataciones obtenidas de la tumba de pozo sellada en la que se encontraron cuatro ejemplares en un mismo depósito. La edad medida por el método de carbono 14 para dos muestras tomadas de este rasgo funerario es de 3700+/-40 AP, pero que al ser calibrada a 2 Sigmas se traduce en 4220 a 4210 AP (2270 a 2260 a.C.)[6]. Esta forma tan particular aparece luego en los contextos costeros de la fase terminal de la cultura Valdivia (Staller 1994), y de la cultura Machalilla (Meggers et al 1965) al igual que en la cultura de la sierra norte del Ecuador conocida como Cotocollao (Villalba 1988). En el Perú es una forma emblemática en toda la época precolombina, desde su aparición en la cultura costera de Cupisnique hacia el 800 a.C.

Por la calidad tecnológica y estética de los objetos elaborados se puede pensar que la cultura Mayo Chinchipe contaba entre sus alfareros, verdaderos especialistas en el arte de trabajar las formas y de expresar mensajes codificados.

Arte lapidario

La personalidad y la unidad de la cultura Mayo Chinchipe- Marañón tienen su más alta expresión en el trabajo de la piedra. Esta materia es utilizada para producir objetos utilitarios y rituales, siempre cargados de poderosos valores ideológicos. Recipientes ceremoniales trabajados en piedra pulida se encuentran a lo largo de toda la cuenca del Chinchipe, con ejemplares de altísima calidad en las proximidades de Bagua, allende de su desembocadura en el Marañón. Uno de los sitios más conocidos por la cantidad de objetos trabajados en piedra, Huaca Huayurco (Cajamarca, Perú) fue considerado por varios arqueólogos como un verdadero centro especializado de producción y distribución de cuencos y platos, finamente labrados. Se postuló en su momento que estos elementos, de carácter sagrado, eran distribuidos a lo largo de la sierra y de la costa del Perú en épocas del apogeo de la cultura Chavín (Lathrap 1971:108-109, Rojas Ponce 1985, Petersen 1984, Zeidler 1988, Burger 1992: 217-219).

El arte lapidario es sin duda el elemento emblemático que caracteriza y materializa los valores ideológicos imperantes en esta antigua sociedad de la alta Amazonía (Valdez 2007c). Por un lado demuestra la voluntad de perennizar, en la piedra grabada, determinados conceptos y valores sagrados. Por otro, demuestra la capacidad de manejar distintas materias naturales para transformarlas en instrumentos que fomentan la integración y la interacción social. El soporte y vehículo para ello fueron los tazones ceremoniales que se produjeron e intercambiaron a lo largo de un territorio muy amplio. A nivel regional, los habitantes se identificaban con una iconografía sagrada que los unía, dándoles una personalidad social. La fabricación de estos objetos requería de una especialización, no sólo al nivel del trabajo mismo, sino sobre todo a nivel del conocimiento esotérico que estaba ligado a las propiedades físicas de las distintas materias primas y al contenido de los iconos.

El trabajo comenzaba con la ubicación de los materiales escogidos por su color, su textura y sin duda también por su dureza. Determinadas piedras eran comunes entre los cantos que acarrean los ríos que descienden por la vertiente oriental de los Andes; otras eran más escasas y sólo se encuentran en determinadas localidades, donde los minerales se conjugan para producir piedras finas de colores llamativos como el rojo, el verde o el café intenso. El abastecimiento de estos materiales debió ser a su vez una tarea de especialistas, que conocían empíricamente la geografía y la geología regional. Eran ellos los que pudieron implantar una amplia red de interacciones que facilitaba la obtención de los distintos materiales. Es muy probable que las características de cada piedra tuvieran un valor simbólico que estaba asociado a determinadas fuerzas del cosmos. El color de la turquesa, el rojo intenso de algunos jaspes, el negro lustroso de los basaltos, el blanco puro de los cuarzos o las calcitas y la transparencia sólida del cristal de roca reflejaban propiedades y valores que eran venerados por los miembros de esta cultura. El conocimiento especializado de las propiedades de los distintos minerales jugaba un papel determinante en la producción de determinados objetos rituales.

El trabajo mismo, la acción mecánica de labrar y pulir la piedra era igualmente el patrimonio de unos cuantos maestros, que tenían sin duda escuelas de formación, con aprendices dedicados a perfeccionar su arte. El dominio de la técnica era sólo parte del oficio, y quizás para ellos no la más importante. La concepción del objeto y la proyección de las formas simbólicas grabadas eran el reflejo de conceptos filosóficos profundamente arraigados en la sociedad. El conocimiento del significado y el valor de los iconos y símbolos que el artesano materializaba era una parte muy importante de su entrenamiento. Esto se puede apreciar en los trazos ligeros, que aparecen impresos en algunos recipientes, y que sin más detalles eran reconocidos y venerados por la colectividad.

El trabajo de la piedra implica una cadena de acciones sucesivas que se dan en función de las características físicas del material trabajado. En general los procesos básicos que se emplearon eran: 1) el debastamiento o recorte general del material para alcanzar el perfil adecuado; 2) el picado o golpeteo para obtener la forma específica deseada; 3) el pulido que regulariza la superficie en distintas etapas, y que va acentuando los rasgos generales que se desea privilegiar y 4) el grabado de la iconografía sagrada (Valdez 2007c: 328).

La sucesión y la intensidad de los distintos pasos tienen relación con el grano mineralógico de cada variedad de piedra, obteniéndose una superficie suave y brillante con los granos finos y una superficie apenas regularizada con materiales de grano grueso. Si bien la iconografía no se limitaba a una materia prima determinada, se anota una mayor cantidad y variedad de motivos en las piedras de color rojo, o jaspeadas con tonalidades rojas, grises y blancas.

La variedad de formas de los recipientes trabajados en piedra es amplia, sobresalen los cuencos o tazones hemisféricos, pero hay también pequeñas escudillas, a veces con formas asimétricas, que debieron tener una función particular. Una característica que presenta la mayoría de los cuencos de todas las proveniencias del Chinchipe es la presencia de cuatro muescas equidistantes en el labio del recipiente. Estos pequeños cortes en el borde forman una división simétrica en la esfera y debieron haber sido el soporte (simbólico o real) para la colocación de algún aparataje ritual. En los casos más profundos es probable también que hayan sido recortes en el labio, por los cuales se vertía el contenido del recipiente. Sea cual fuere su función real o simbólica se puede constatar que las muescas marcan una división cuatripartita en la delimitación del recipiente. En algunos casos esta división está acentuada por la presencia de uno o más oquedades o depresiones circulares, que no llegan a perforar la pared del recipiente, sino que marcan los distintos espacios señalados por la muesca. Es probable que nunca se llegue a determinar con certeza la función (ritual o práctica) de estos rasgos trabajados tan cuidadosamente en la piedra.

La simetría no sólo está marcada por estos detalles aparentemente decorativos, sino que está omnipresente en la división del espacio que presenta motivos grabados o incisos. Por lo general, hay una separación bipartita en los campos decorativos, del plano esférico sobre el que se representan. Esta división se marca por la oposición simétrica de los íconos figurados. A veces la división es cuatripartita y el efecto de la simetría es aún más impactante. La simetría no sólo es oposición, es sobre todo complementariedad y una manera gráfica de subrayar el mensaje que se desea trasmitir. La regularidad y la recurrencia de esta característica en objetos de esta cultura encontrados a cientos de kilómetros de distancia implican la existencia de normas estrictas que debían guardarse para la ejecución de los trazos. La ubicación de los motivos iconográficos y la combinación recurrente de algunos de estos son la materialización de un sistema de creencias profundamente enraizado en esta cultura. Un fenómeno similar fue observado en el conjunto de objetos simbólicos de la cultura peruana de Chavín. El rigor con el que se ejecutaban los diseños y se ubicaban los motivos simbólicos complejos llevó a John Rowe a identificar una gramática subyacente al lenguaje icnográfico que expresaba el arte de esta cultura precolombina emblemática



Cuencos grabados con iconografía simétrica cargada de ideología del bosque tropical

(Rowe 1962; 1067). Parece evidente que el empleo de una gramática semiótica está igualmente presente en las expresiones iconográficas de la cultura Mayo Chinchipe-Marañón. Un ejemplo impactante de esto se puede ver en el desdoblamiento simétrico de una figura, que a primera vista representa sólo una parte de su personalidad. En esta cultura también se empleó la técnica iconográfica conocida como *"proyección al espejo" (mirror image)* en la que una parte de la imagen es materializada, mientras que la otra está sólo sugerida por la forma y es completada mentalmente por el observador. Éste mira el icono y lo comprende su totalidad, pues en su mente se ha proyectado la imagen inversa faltante. La interpretación semiótica de la iconografía de esta cultura recién comienza a intentarse, pero la riqueza de sus posibilidades es un reflejo de la complejidad filosófica que sustentaba a esta cultura.

Otra categoría de artefactos líticos que tuvo mucha importancia en esta cultura fueron los elementos de adorno corporal. Conviene recordar que en esta época temprana aún no se conocía el uso de los metales en la América precolombina, por lo que no existieron dijes o joyas metálicas. De lo que se conoce actualmente, el uso de los metales en la amazonía ecuatoriana se dio en épocas muy recientes, probablemente con la introducción de hachas de cobre por los Cañaris en la región del centro/sur de la alta amazonía (Taylor 1988). Naturalmente debieron haber muchos adornos que fueron fabricados en materiales perecederos (madera, hueso, concha, cuero...) no obstante, los que han sobrevivido al paso del tiempo han sido trabajados mayoritariamente en algunas variedades de piedra verde, de procedencia aún no determinada. La gran mayoría fueron hechos en turquesa, malaquita o amazonita,

pero los hay también en areniscas, pizarras, basaltos y cristal de roca. Los adornos corporales fueron encontrados principalmente en los contextos funerarios, pero se han registrado igualmente algunos ejemplares en el entorno de las unidades domésticas o en los rellenos de pisos habitacionales, lo que demuestra que eran parte del atuendo de ciertos personajes y que podían "perderse" en el transcurso del deambular por el sitio.

En un capitulo anterior se ha descrito la inmensa cantidad de cuentas y medallones de turquesa que fueron encontradas dispersas en los distintos niveles de la plataforma oriental del sitio. Su función ha sido interpretada como la de elementos que sacralizaban determinados espacios y los preparaban para la realización de ritos o ceremonias. Es decir que a pesar de que la forma y el destino primario era el de un adorno corporal su función era múltiple. Al parecer el alto valor que se le acordaba a la turquesa estaba íntimamente ligado a la naturaleza intrínseca de la piedra, a su color y posiblemente a su punto de origen.

Los adornos son, por lo general, de tamaño pequeño y tipológicamente caen en la categoría de cuentas y colgantes trabajados sobre nódulos o pequeñas plaquetas circulares o rectangulares de turquesa o de malaquita. Otra variedad son los elementos tubulares. Esta categoría presenta una perforación bicónica por el centro, o por una de las caras que permite ensartarlas o sujetarlas sobre distintos soportes. Otra categoría son los pendientes y medallones, también perforados y a menudo grabados con motivos diversos. Probablemente el icono más frecuente es la figura de una serpiente, con la representación del hocico curvo que da la impresión de estar sonreída. El cuerpo del ofidio se encuentra enroscado sobre si mismo, jugando con la idea de la figura del espiral. Otros motivos incluyen aves, tortugas y elementos amorfos. Particularmente importantes son los rostros antropomorfos que han sido calificados como mascarones, por no tener los ojos perforados. Algunos de estos son particularmente depurados o expresivos.



Eslabones tallados en turquesa



Mascarones gemelos, rasgos físicos acentuados que denotan la fuerza del individuo

Lenguajes simbólicos como expresión de la ideológica

La ideología imperante se sirvió de la proeza técnica para materializar en materiales sagrados e imperecederos conceptos vitales que reflejan la dualidad de las fuerzas cósmicas de la naturaleza. Se ha visto como el trazo arquitectónico divide y complementa los espacios para darles un mayor significado e importancia escénica. La iconografía grabada o modelada en determinados objetos está constantemente subrayando los principios de la simetría, de la dualidad y de la complementariedad.

La dualidad está omnipresente en las evidencias materiales que caracterizan a la cultura Mayo Chinchipe. En muchos casos, determinados objetos o motivos eran trabajados en pares, como gemelos complementarios, para reforzar la idea de la unidad de lo terrestre y lo sobrenatural.

No hay duda de que a determinados signos o iconos se les atribuía un valor, un significado que probablemente nunca se podrá descifrar completamente; mientras que otros se revelan a la luz de la naturaleza del bosque tropical y de las fuerzas cósmicas que usualmente se le atribuyen. Los elementos básicos del universo y sus cualidades se manifiestan en la fuerza de determinados animales. El elemento aéreo se vincula con el águila arpía, los halcones o inclusive el cóndor. El medio terrestre se vincula con la fuerza del más poderoso de los mamíferos, el jaguar. El agua y el elemento anfibio encuentran en la serpiente ondulante su mejor representante. El fuego, su fuerza y sus cualidades benéficas y maléficas a menudo se expresan en la figura del hombre, de alguna ave o inclusive en una mezcla de ambos. Estos símbolos son recurrentes en la iconografía simbólica en piedra, pero no se representa en la decoración cerámica de los objetos cotidianos. Sin duda alguna su carácter sagrado era respetado y reservado para un soporte más a tono con el ritual para el que estaba destinada. La diferenciación es uno de los principios subyacentes a la complementariedad.

Esto se puede ver a menudo en los elementos de los adornos corporales. Un ejemplo que por sus características intrínsecas y simbólicas es por demás interesante. En un conjunto de elementos de un collar encontrado en la tumba principal se observa una serie de recurrencias que sustentan lo afirmado. Siete elementos mayores de turquesa sobresalen de lo que probablemente fue una o varias sartas de cuentas pequeñas. Tres nódulos de un tamaño promedio de 6 cm de largo presentan diseños iconográficos, dos nódulos se encuentran en estado casi natural, es decir burdamente redondeados por efecto de haber sido rodados por el agua en algún lecho de río. En sus diferentes facetas presentan caras dibujadas aleatoriamente siguiendo las formas naturales del nódulo. Serpientes, ranas y hombres o monos aparecen en los distintos perfiles de la piedra. El tercer nódulo tiene una forma ovoide entre natural y trabajada. La pieza ha sido tallada para darle la forma de una serpiente enroscada. En una de las caras se aprecia la cabeza del ofidio, en la parte superior y bajo de esta se ha figurado la cola puntiaguda y estriada. En el adverso, a grandes rasgos se sigue en tres dimensiones la forma ondulada del cuerpo. Sin embargo este nódulo ha sido además seccionado en dos mitades verticales, dejando a cada una la carta cortical y una faz interna perfectamente lisa. El corte debió haber sido ejecutado con una piola remojada con arena, pues la perfección del trazo permitió que las dos mitades se vuelvan a unir cabalmente. En la cara interior de cada una de las mitades se ha grabado finamente el perfil, de un ave tropical, dotada de un pico largo estriado, un ala plegada y la representación de una garra en proximidad al pico. Al abrir la pieza y contraponer las dos mitades se observa dos efigies perfectamente simétricas de dos aves que se adaptan al perfil ondulado de la turquesa. *"Ambas son idénticas en concepto, pero una es más pequeña que la otra, sugiriendo la diferenciación natural de cada sexo. En las aves el macho es más grande que la hembra. La simetría y el balance de las cuatro caras esculpidas son una proeza artística, pero más importante aún es el concepto múltiple de dualidad que la pieza encierra. Dos aspectos de una misma*

realidad son visibles. Por un lado, están las dos caras del mundo natural con su energía: el terrestre-anfibio representado por la serpiente y el aéreo correspondiente al ave. Por otro lado, está el concepto de que una realidad puede encerrar en su esencia a otra, y que ésta, tiene a su vez, la dualidad creativa del genero es profundamente filosófica" (Valdez 2007c: 334). El cuarto nódulo no presenta diseño alguno y los dos últimos elementos son un par de cuentas tubulares, grabadas con líneas onduladas que sugieren elementos trenzados. La disposición de los siete elementos no fue muy clara en el contexto funerario, pero la voluntad del concepto de la oposición simétrica entre los distintos elementos del conjunto parece evidente: dos nódulos con grabados caóticos, un adorno verde vacío, la doble serpiente con aves ocultas y todo el conjunto delimitado a cada extremo por dos elegantes tubos con diseños trenzados.

La simbología tropical se nutre además en las visiones inducidas por el uso de alucinógenos y de productos que alteran o agudizan los estados de conciencia. El uso de estas sustancias no se da por un deseo de escapar de la realidad (como es el caso de muchos de los que las emplean en la postmodernidad) sino, por un deseo profundo de entrarse en ella, de comunicarse con los aspectos no aparentes de la realidad, que la dominan. A menudo estos intentos son ejecutados por personajes que son considerados como especialistas en la tarea de entrar en contacto con los espíritus, de ser los intermediarios entre el mundo aparente y el mundo de las esencias, de las fuerzas de la naturaleza. Este individuo es el



Cuentas y nódulos de turquesa con figuras esculpidas y grabadas

llamado chaman, o maestro que maneja y trasmite los códigos del universo.

Los ejemplos etnográficos abren el campo de la analogía posible, pero resultaría abusivo interpolar el presente al pasado, sin contar con algunos elementos que sustenten las posibilidades. El registro arqueológico de Palanda ofrece evidencias que sugieren la práctica de esas costumbres ancestrales. La efigie de un coquero, dotado además de las huellas de los elementos necesarios para la masticación de la coca, es probablemente la prueba más antigua de esta práctica milenaria. El uso de snufs alucinógenos es igualmente una característica de muchas sociedades selváticas; estos son preparados moliendo semillas vegetales, como las de la especie *Anadenathera* (huilco o vilca) o similares. Para ello son necesarios pequeños morteros, donde se reducen a un polvo fino las pepas sagradas. Los **morteros** suelen ser a la vez los recipientes (o tabletas) desde donde se inhala la sustancia. En el sitio SALF se han encontrado varios ejemplares de pequeños morteros, que por su tamaño, su forma y sus representaciones simbólicas se prestan bien para esta actividad. El consumo ritual de bebidas preparadas a base de *Daturas* (floripondios y chamicos) o de *Banisteriopsis caapi* (ayahuasca, yagé o pildé) son también corrientes entre los pueblos amazónicos (i.e. Achuaras, Urarinas, Shipibos, etc.). En todos los casos es común el uso de determinados recipientes para la preparación y el consumo de los brebajes sagrados. Los tazones de piedra, dotados de una iconografía esotérica, podrían haber sido los instrumentos para inducir los trances que buscan los chamanes en sus sesiones rituales. Las hipótesis son múltiples, pero habría que comenzar por verificarlas con análisis especializados del fondo de los recipientes para tratar de identificar los residuos de las bebidas injeridas.



Mortero en jaspe, tallado en forma de un Gallinazo Real (*Cathartes aura*)

En resumen, la ideología que se percibe en las huellas de la cultura Mayo Chinchipe-Marañón es de una ontología que Philippe Descola denomina *"anímica" (animique)* determinada por la noción de que el mundo de lo humano y el de lo no-humano tienen las mismas características intrínsecas, esto es que están dotadas de un alma, de una interioridad subjetiva, de una subjetividad o de una voluntad de actuar. Las diferencias no son más que aparentes en el mundo visible de cada entidad y hay que tratar de salir de esas apariencias para comunicarse socialmente con todas las entidades que componen la realidad (Descola 2005: 183-202, 238-240; 2011:86). En este contexto hay una búsqueda perpetua por encontrar la mediación entre los distintos mundos que configuran una sola realidad.

Interacción Regional

Una de las características más notables de la cultura Mayo Chinchipe-Marañón fue la red de interacciones que supo implantar a lo largo de un amplio territorio que incluyó, no sólo la alta Amazonía, sino que además trasmontó el callejón interandino para bajar a la costa del Pacífico. Evidencias de esta actividad están presentes en cada una de estas regiones y comienzan recién a ser identificadas. La interacción temprana fue quizás el rasgo de mayor trascendencia en la historia antigua de las primeras sociedades establecidas en esta parte de América. En la civilización andina, la comunicación entre Costa, Sierra y Amazonía fue constante y fundamental para la estructuración de un pensamiento cosmológico pan andino. Los principios de complementariedad y reciprocidad encuentran en la interacción el instrumento para materializarse.

Por inverosímil que parezca que desde hace más de 5500 años los pueblos de las tres regiones estuvieron unidos por la necesidad vital de socializar e intercambiar los recursos y las ideas presentes en cada medio específico. La movilidad heredada de los primeros pueblos que poblaron el continente perduró a lo largo de toda la historia precolombina. La evidencia encontrada a lo largo de la cuenca del Mayo Chinchipe - Marañón refleja una realidad que trasciende la simple voluntad de intercambiar productos para complementar la subsistencia o que son atractivos por su rareza. Desde el inicio, la naturaleza de muchos de los bienes foráneos, que se encuentran en tierras lejanas, corresponde a objetos cargados de un valor ideológico poderoso y necesario para la buena marcha de la sociedad y del cosmos. La interacción encuentra su camino en la necesidad que tienen los pueblos de compartir y enriquecerse mutuamente con las ideas que sustentan y fortalecen el prestigio de cada identidad (principios de complementariedad y reciprocidad).

Evidencias de esto son, por ejemplo, las conchas marinas sagradas que aparecen en distintos puntos del callejón interandino, pero que también se encuentran en la vertiente oriental de los Andes y en la Amazonía baja. Desde muy temprano aparece en contextos rituales de las tres regiones la díada sagrada, compuesta por el caracol marino Strombus *(Pututo)* y la bivalva espinosa Spondylus *(mullu).* En la cultura Valdivia, el culto y el tráfico de estos elementos sagrados comienzan desde las fases 2-3 y parece ser una de las fuerzas motrices en el desarrollo de esta sociedad (Marcos 1986; 2006:31). Casi simultáneamente estas conchas llegan a la alta amazonía y se integran como elementos sagrados (de prestigio) entre los pueblos de la cuenca del Chinchipe. Los fragmentos de Strombus encontrados en dos tumbas de elite del sitio SALF atestiguan la importancia que le era asignada. De igual manera, la apropiación del símbolo del poder mágico, encarnado por el *Spondylus* en el recipiente efigie subraya el poder esotérico trasmitido por este mensaje. Chaquiras de mullu y otras conchas tiene una buena distribución a lo largo de la cuenca, y varias bivalvas enteras de este molusco han sido encontradas en los sitios que bordean el Marañón, a proximidad de la actual ciudad de Bagua. John Murra en su clásico estudio sobre el tráfico del mullu en la costa del Pacífico cita a los cronistas Bernabé Cobo y Pedro Pizarro que relatan la importancia que tenía el *Spondylus* en la época de los Incas. Narran cómo se hacían sacrificios con las conchas encarnadas para propiciar las lluvias y asegurarse así de tener buenas cosechas (Murra 1975). En el pensamiento andino, el caracol *Strombus* era el elemento masculino, mientras que el *Spondylus* era el elemento femenino que propiciaba la fertili-

dad. De acuerdo a los cronistas estas conchas eran consideradas como el alimento preferido de los dioses, quienes aceptaban "el sacrificio" y prodigaban lluvias en las tierras áridas. Este culto era particularmente importante era el comercio del mullu en las costas de los Andes Centrales, bañadas por las aguas frías de la corriente de Humboldt.

Pero, si estas conchas propician las lluvias ¿por qué eran cruciales en los territorios perpetuamente húmedos de la alta amazonía? Esta es una pregunta que cabe hacerse, pues a primera vista los efectos fecundos del *Spondylus* no parecerían necesarios. Sin embargo, el poder mágico y el prestigio que estos elementos conllevaban eran factores importantes para los intermediarios del mensaje esotérico que se vehiculaba en las rutas del intercambio. Por otro lado, las tierras bajas de la cuenca del Chinchipe, y sobre todo en el área de su desembocadura, están pobladas por bosque seco que llega a ser xerofítico. La intervención divina era necesaria entonces para fecundar la región seca del Marañón, y quizás por ello es que en esas localidades se han encontrado numerosas valvas enteras de *Spondylus*. La interacción se fundamenta en las reglas de la intermediación.

Las conchas marinas no son los únicos productos que atestiguan los contactos regionales. Se ha mencionado ya el caso de las piedras de colores provenientes de sectores distantes, algunos inclusive todavía desconocidos (como la turquesa). Ciertos productos orgánicos fueron también materia de un tráfico intenso. Plantas medicinales y sobre todo la variedad de productos alucinógenos que se crían en la selva tropical debieron haber transitado a través de la cordillera oriental para llegar hasta la costa. El uso de la coca está atestiguado desde las fases 2-3 de Valdivia (Marcos 2006:31), pero como se ha dicho, esta planta tiene un origen amazónico y forzosamente debió haber sido intercambiada en algún momento anterior. El caso del cacao, actualmente en estudio, puede ser también otro buen ejemplo de un producto domesticado en la alta amazonía que se introduce paulatinamente en la región costera. Se sabe que ya era un producto muy popular, por lo menos desde la época de la cultura Chorrera (1000 a.C.).

No obstante, para la investigación tiene mayor importancia (que los productos mismos) indagar las causas y los mecanismos que utilizaron los distintos pueblos para efectuar el intercambio de bienes e ideas. Se sabe que el intercambio de productos se da a menudo, a través de varios intermediarios. Lo que facilita el transporte rápido sobre grandes distancias, con menos esfuerzo y fatiga. Pero para montar una red de intermediarios es necesario atraer el interés de todas las partes involucradas y sobre todo alimentar al motor que promueve la interacción. Para lograr este objetivo hace falta entablar problemáticas de investigación, dando prioridad a los estudios de caso. La proposición de hipótesis debe estar sustentada en el dato empírico, que comienza recién a conocerse. La teoría antropológica maneja desde hace ya varios años, conceptos como el de las *esferas de interacción entre pares,* que intercambian bienes e ideas para acceder a bienes de prestigio que no están presentes en sus respectivas áreas. Pero esto implica la existencia de una organización social, lo suficientemente estructurada, para que alguna forma de autoridad, que sobresale dentro de la sociedad, sea capaz de atraer el interés y tomar contacto con una autoridad similar (par), que regenta a una sociedad lejana (Cadwell 1964; Renfew 1982). Otros mecanismos de intercambio deben ser también explorados en el futuro.

Otra teoría presupone que el poder de las autoridades regionales se basa en el conocimiento esotérico que es poseído por los maestros o jefes de pueblos distantes. Por ello es necesario tomar contacto con ellos e intercambiar los conocimientos que detentan, reforzándose mutuamente con la interacción (Helms 1979; 1993). La circulación de bienes de prestigio de regiones lejanas suele ser tomada como una prueba de un tal sistema imperante. Es por ello que hay que poner atención particular a la proveniencia de determinados objetos de élite. Detrás de ellos hay muchas historias que se deben descifrar para comprender mejor el funcionamiento de las antiguas sociedades precolombinas. Aunque no hay claras evidencias del surgimiento de un cacique o jefe regional en la región de Palanda en épocas tempranas, con el paso del tiempo pudo haberse instaurado un sistema de interacción entre jefes locales o regionales, que intercambiaban bienes de prestigio hechos con productos de sus respectivas regiones. A manera de ejemplo se mencionará aquí el caso de una pieza enigmática expuesta en el Museo Antropológico y de Arte Contemporáneo en Guayaquil. Se trata de una pequeña escultura, con los rasgos típicos de la cultura Valdivia, trabajada en turquesa. La pieza está acompañada por varias sartas de cuentas de este mismo material. El estilo de la pieza es sin duda Valdivia tardío (fases 8 a y b, 2000 /1500 a.C.), se lo encuentra trabajado en cerámica, concha y piedras calizas de la región. Pero el material de esta pieza es ciertamente exótico (de un origen no local) y como tal no es frecuente en los contextos Valdivia por lo que representa un enigma que podría ser resuelto al investigar los posibles nexos con la vertiente oriental de los Andes. ¿Fue la pieza trabajada en una materia prima que llegó a manos de un escultor de la cultura Valdivia?, o ¿fue quizás la pieza trabajada en una región de distante, que luego fue ofrecida por un cacique a su par de la costa de Pacífico? Este tipo de preguntas se basa en la observación empírica varios datos: la ubicación de las fuentes de materia prima, la tradición de su uso en determinadas regiones y de la tradición del trabajo con este tipo de materia prima en determinadas localidades. La asociación de todos estos datos puede llegar a sugerir una explicación coherente para esta interacción enigmática.

Por último hay que señalar que el sinnúmero de prácticas andinas que se atestiguan tempranamente en el yacimiento Santa Ana - La Florida debieron propagarse a través de la interacción regional. La construcción temprana de un concepto de lo que será la cosmología andina se materializa a partir de costumbres y prácticas como:

- el trazo arquitectónico simétrico, con una plaza circular hundida;
- prácticas ceremoniales con espacios destinados al uso de hogueras centrales;
- el emplazamiento de sepulturas en la base de edificios sagrados;
- el empleo de una iconografía compleja (lenguaje sagrado), sujeta a normas conceptuales abstractas;
- el uso de piedras exóticas, de colores simbólicos como la turquesa, para expresar la noción de lo sagrado;
- la fabricación y uso ritual de recipientes efigie naturalistas o abstractos, con o sin asa de estribo;
- la costumbre de cocer y embellecer los textiles con lentejuelas de materiales vistosos, o con mascarones de piedra (evidencia en negativo por la falta de conservación de los textiles);
- el consumo social de la chicha de yuca, maíz y cacao;
- la masticación de la coca;
- el uso de alucinógenos en contexto ritual comunitario;
- el uso de caminos estrechos trazados en las cuchillas de las cordillera.

Conclusiones

La historia de las primeras sociedades selváticas no es fácil de escribir, pues como se ha visto las evidencias son pocas y recién comienzan a ser estudiadas en el contexto amplio en que deben ser tratadas. Es evidente que el contexto ecológico de la Amazonía no se presta para la buena conservación de los restos de cultura material y esto más concretamente en la selva baja, donde la humedad reinante es el mayor enemigo de la preservación de los restos orgánicos. No obstante, la investigación multidisciplinaria puede llegar a recuperar la evidencia necesaria para abrir la puerta al vasto universo de las antiguas culturas amazónicas. De antemano se sabe que la mirada será siempre reducida y los datos no serán más que una pequeña muestra de lo que fueron los modos de vida de los pueblos selváticos.

Los estudios efectuados ya permiten, sin embargo establecer un marco cronológico confiable, donde los fechamientos no sólo son pautas de antigüedad, sino que tienen contextos que les dan un significado social. Se conoce que las primeras sociedades agro-alfareras se establecieron en la alta amazonía, de manera semi-sedentaria, desde hace unos 6000 años. Para el 5000 AP tenían ya una estructuración social sólida, capaz de establecer aldeas, donde las comunidades que vivían dispersas en la selva se reunían, aunque sea temporalmente.

Las aldeas contaban con una estructuración espacial no aleatoria, se diferenciaban los espacios domésticos de los espacios comunales y donde, por lo menos en el caso estudiado en detalle en esta obra, se practicaron actividades de índole cívico ceremonial. Para ello, la infraestructura incluyó la construcción de plataformas (escalonadas o no), y de una arquitectura monumental en piedra, que involucró la concertación de una mano de obra colectiva. La construcción arquitectónica obedeció principios, tanto de ingeniería básica, como de una ideología bien definida. Estos trabajos revelan la presencia de un estamento de la población que manejaba conocimientos especializados en el manejo y tratamiento de la materia y del pensamiento. No obstante, para que el estos saberes sean compartidos y practicados era menester contar con un sentido de comunidad, de pertenencia a un grupo que se identifica con determinados valores y que comparten un mismo modo de vida. En las sociedades tradicionales las reglas del parentesco fomentan y regulan la unión entre los distintos grupos. Pero más que la sangre, en el sentido de comunidad, influyó el pensamiento, la ideología. Esto es la conciencia que tiene el ser humano de su sitio en el universo y de su relación con las fuerzas cósmicas que lo gobiernan. La ideología tuvo en la cultura material su mejor expresión y gracias a ella se ha trasmitido, por lo menos parcialmente, hasta la actualidad.

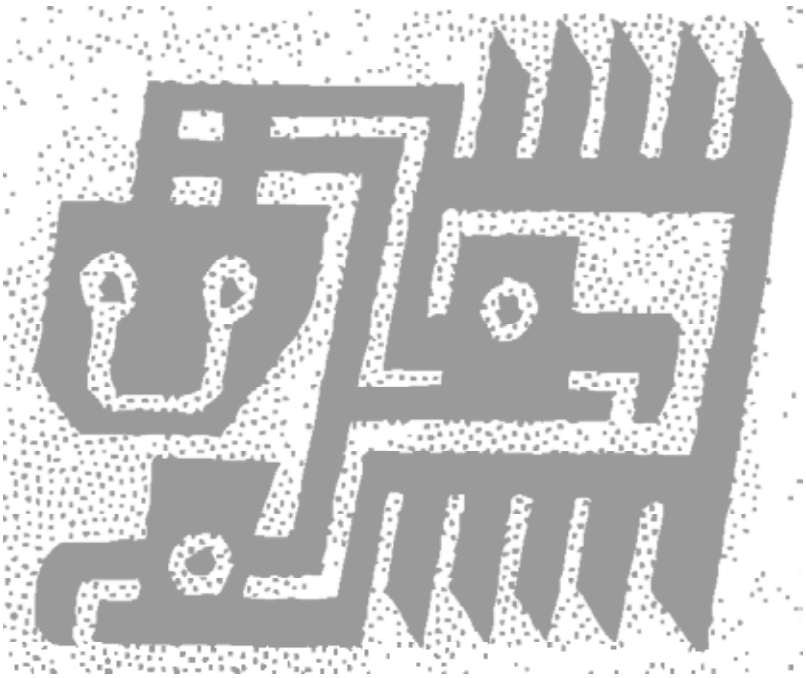
Las principales evidencias que ha sobrevivido al paso del tiempo: la alfarería y la lapidaria, reflejan igualmente la presencia de personas que dominaban la técnica y eran capaces de materializar conceptos filosóficos profundos. Esto implica la existencia de artesanos especializados que dedicaban, por lo menos una parte de su tiempo, a realizar estas tareas con una finalidad comunitaria. El trabajo de los textiles y de otras materias perecederas debió haber sido igualmente muy depurado. En el desarrollo de estas actividades la interacción comunitaria y regional debió haber jugado un papel preponderante, puesto que el intercambio de conocimientos fue fundamental para la homogenización de los estilos artísticos que se percibe a lo largo de la cuenca del Chinchipe-Marañón. La complementariedad de los distintos nichos ecológicos presentes a lo largo de la cuenca debió haber influido también en el intercambio de distintas materias primas y técnicas de trabajo. La interacción trajo la innovación.

Todos estos rasgos perfilan a una sociedad compleja, donde está presente la noción de una estratificación social, por lo menos incipiente. Pero, ¿qué se debe entender por complejidad ? Una explicación bastante clara fue dada hace no mucho por Jonathan Haas y Winifred Creamer (2006) cuando discutían la evidencia arqueológica de las sociedades que surgieron en la costa del centro norte peruano. Sintetizando su tesis se puede afirmar que el paso del modo de vida basado en la caza y recolección de alimentos, hacia un modo de producción agrícola y de pesca cada vez más productiva, conllevaba a una organización social mejor estructurada. En la que se repartían las tareas productivas entre los distintos grupos o estamentos que se iban formando dentro de la sociedad. Aparece entonces la noción de rol social. Mencionan también de los progresos tecnológicos que conllevan estos modos de vida y subrayan el progresivo surgimiento de un grupo que actúa activamente en la toma de decisiones. De aquí salen los líderes que coordinan las actividades dentro de la comunidad. El incremento en los rendimientos que produce la agricultura y la pesca fomenta el crecimiento demográfico y eventualmente la expansión territorial. La interacción entre los distintos grupos permite la explotación de distintos recursos y el intercambio de los más preciados, entre las regiones que carecen de ellos. Todos estos cambios en la estructura socioeconómica de la comunidad son claros ejemplos de lo que es la complejidad social. Muchas veces el motor de estos cambios está envuelto en el surgimiento de conceptos filosóficos-religiosos que se pueden ir calificando de una ideología. Esta se inculca y se trasmite entre todos los miembros de la comunidad, pues resulta ser el mejor cemento para cohesionar al grupo. Richard Burger dice, que al igual que en el viejo mundo, el surgimiento de las primeras civilizaciones en los Andes fue la expresión cultural de la transformación socioeconómica producida por el paulatino desarrollo de las sociedades complejas, en las que los cambios socioeconómicos no se dan por innovaciones tecnológicas sino por motivaciones ideológicas que con el tiempo van tomando un carácter pan andino (Burger 1992: 221-223). Un ejemplo tangible de esto es el icono muy particular que comparten dos manifestaciones culturales contemporáneas, pero muy distantes en el espacio: Mayo Chinchipe-Marañón en la alta amazonía y La Galgada en la vertiente occidental de los Andes peruanos.

Guardando las proporciones que la evidencia material suministra para el caso de la alta amazonía, se puede decir que muchos de estos pasos hacia la complejidad están presentes en la discusión de las evidencias que se ha hecho en esta obra. No cabe

duda que el grado creciente de complejidad social fue uno de los rasgos que más sorprenden en la evidencia de las primeras sociedades selváticas. En el caso de la cuenca del Chinchipe-Marañón se aprecia que la interacción entre las distintas comunidades dentro y fuera del paisaje amazónico fue un motor determinante en el desarrollo económico social del grupo.

El estudio realizado demuestra que la alta amazonía así como la cuenca baja nunca estuvo aislada del contexto cultural andino, las prácticas milenarias que se dieron en estos territorios trascendieron los límites de la selva y se incorporaron en el patrimonio común de los pueblos precolombinos. Los diálogos continuos con otras regiones propagaron los saberes ancestrales que hoy se publican.



Icono pan-andino: serpiente de cuyo cuerpo salen dos águilas o halcones. El icono aparece grabado en un cuenco de piedra pulida encontrado en una tumba en el sitio SALF. En La Galgada aparece en uno de los textiles encontrados en un depósito funerario de ese sitio. Las fechas c14 de este yacimiento se expanden entre 4110+/-50 AP y 3130+/-80 AP (Grieder et al 1988).

Notas

1. Acosta-Solís realizó estudios muy completos sobre la formaciones fitogeográficas y geobotánicas del país, publicados en varios libros y revistas especializadas, las principales referencias fueron materia de libros de la casa de la Cultura Ecuatoriana: Acosta-Solís 1968 y 1977.

2. Estos investigadores fueron parte un equipo de geógrafos, agrónomos y ecólogos del Ministerio de Agricultura y del ORSTOM (hoy IRD) que definieron los paisajes naturales del Ecuador.

3. *"...a reasonable high state of efficiency by 3000 BC. The origins are to be sought in any of the extensive areas of riverine flood plain in the Amazon and northern South America"* (Lathrap 1970:67).

4. Este método de datación, ideado en 1949 por Willard Libby, se fundamenta en principios de la física nuclear. Consiste en la medición del contenido de carbono 14 presente en un resto orgánico antiguo. El procedimiento parte del principio que en la biosfera hay varios isotopos de carbón, algunos no radioactivos como el C12 y el C13 y otros radioactivos como el C14. Durante la vida orgánica los seres vivos absorben los isotopos que están en la atmosfera, de manera que el contenido de C14 que un organismo ha acumulado durante su vida es igual a la cantidad de C14 presente en la biosfera cuando éste existió. Al momento de su muerte, el organismo deja de absorber el isotopo de C14 y la cantidad que se acumuló en su estructura se irá desintegrando con el paso el tiempo a un ritmo conocido. Se sabe que el isotopo de C14 pierde la mitad de su composición cada 5730 años, es decir que se puede medir la cantidad de C14 presente en un resto orgánico del pasado, y compararlo con la cantidad que existe en la actualidad. La diferencia entre ambos dará un valor que refleja el momento en que el organismo antiguo dejó de absorber el C14 y, por ende se puede calcular hace cuanto tiempo el C14 comenzó a desintegrarse. Los cálculos modernos toman en cuenta las inconsistencias que se dan regularmente en la presencia del C14 en la atmosfera, pues varios factores pueden causar variaciones en los niveles de su constancia. Los rayos cósmicos afectan, por ejemplo, la intensidad del C14, así como las reservas no constantes de C14 que se acumulan irregularmente en los océanos, la materia orgánica y en las rocas sedimentarias. Es por ello que los físicos han desarrollado métodos de calibrar o corregir las inconsistencias en la medición original. Con la calibración de las medidas se pueden obtener fechas más exactas, medidas que reflejan mejor las proporciones entre el C12 y el C14 que tienen los organismos al momento de la medición.

5. *"The presence of domesticated plants used as condiments rather than as staple foods during the Preceramic period indicates that sophisticated agriculture and complex cuisines arose early throughout the Americas"* (Perry et al 2007:988)

6. Beta 214742, 3700+/- 60 AP, Calibración 2 Sigma 4400 a 3990 AP (2450 a 2040 a.C.)

Beta 197176, 3700+/- 40 AP, Calibración 2 Sigma 4220 a 4210 AP (2270 a 2260 a.C.)

Referencias bibliográficas

Acosta-Solís, Misael, 1977, *Ecología y Fitoecología,* Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.

Athens, Stephen, 1984, Pumpuentsa 1, un sitio arqueológico cerca del río Macuma en el Oriente ecuatoriano. *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana 4*(4):129-140.
- 1986, The site of Pumpuentsa and the Pastaza phase in Southern Lowlands of Ecuador, *Ñawpa Pacha 24*: 111-124.
- 1997, Paleoambiente del Oriente ecuatoriano: resultados preliminares de columnas de sedimentos procedentes de humedales, *Fronteras de Investigación 1*:15-32.

Bolaños, M., María Moreira, Rocío Murillo, and Alfredo Santamaría s.f. (1999), Rescate arqueológico en la nueva vía interoceánica: Norberto Odebrecht y Andrade Gutiérrez constructora, Informe presentado al INPC.

Borghegyi, S.F. 1959, Pre-Columbian cultural connections between Mesoamerica and Ecuador, *Middle American Research Records,* vol 2, N° 6, Tulane University.
- 1960, Pre-Columbian cultural connections between Mesoamerica and Ecuador: addenda. *Middle American Research Records,* vol 2, N° 7, Tulane University.

Bruhns, Karen 2003, Social and Cultural Developement in the Ecuadorian Highlands and Eastern Lowlands Turing the Formative, *Archaeology of Formative Ecuador,* J. S. Raymond y R. Burger (eds.), pp. 125-174, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington D.C.
Bruhns, K., J.H. Burton y A. Rostoker, 1994, La cerámica "incisa en franjas rojas": evidencia de intercambio entre la Sierra y el Oriente en el Formativo tardío del Ecuador. *Tecnología y Organización de la Producción Cerámica Prehispánica en los Andes,* Shimada (ed.), Pontifica Universidad Católica del Perú, Lima: 53-66.

Burger, Richard, 1984, Archaeological Areas and Prehistoric Frontiers: The case of Formative Peru and Ecuador. In *Social and Economic Organisation in the Prehispanic Andes,* D. Browman et al (eds.), pp. 31-71, Bar International Series, 194, Oxford.
- 1992, Chavin and the origins of the Andean Civilization, Thames and Hudson, London.

Burger, Richard y L. Salazar Burger 1980, Ritual and Religion at Huaricoto, Archaeologogy 36(6): 26-32.
- 1985, The Early ceremonial Center of Huaricoto. In Early Ceremonial Architecture in the Andes, C. Donnan (ed.), pp. 111-138, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington D.C.

Bush, Mark B., Paul A. Colinvaux, 1988, A 7000-year pollen record from the Amazon lowlands, Ecuador, *Vegetatio* 76(3):141-154.

Bushnell, G. H. S., 1946, An archaeological collection from Macas, on the eastern slopes of the Ecuadorian Andes, Man 46:2-6.

Cabello Balboa, Miguel 1945 (1586) Miscelánea Austral, en *Obras*, Vol.1, Pp. 199-451, Editorial Ecuatoriana, Quito.

Cadwell, John R. 1964, Interaction Spheres in Prehistory, in *Hopewellian Studies,* J.R. Cadwell y R.L. Hall (eds.) Illinois State Museum Scientific Papers 12(6): 135-143.

Carrillo, Antonio 2003, El Señorío de los Cuyes. *Cuenca ilustre,* pp. 77-79.
- s.f. El Señorío de los Cuyes. Cuenca ilustre, pp. 59-61.

Cody, Bertha Parker 1941, Gold ornaments of Ecuador, *The Masterkey* Vol. XV,N° 3: 87-95, Los Angeles.

Constantine, Ángelo s.f. (1998), Análisis de la colección lítica del sitio Guagua Canoayacu (0IV-B1-007). Informe inédito entregado a Fundación Alexander von Humboldt.
- 2004, La tecnología lítica del asentamiento prehistórico del sitio Grefa en la cuenca del río Canoayacu (Provincia del Napo, cantón Tena, parroquia Ahuano). Tesis de Licenciatura en Arqueología no publicada, ESPOL, Guayaquil.

Costa von Buchwald, Gustavo 2010, *Otto von Buchwald, sabio aleman en tierras ecuatorianas y peruanas.* Siglos XIX-XX, Poligráfica, Guayaquil.

Cuéllar, Andrea M. 2006, The Organisation of Agricultural Production in the Emergence of Chiefdoms in the Quijos Region, Eastern Andes of Ecuador, Tesis doctoral presentada en la Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh.
- *2009, The Quijos chiefdoms: social change and agriculture in the Eastern Andes of Ecuador. Los cacicazgos quijos: cambio social y agricultura en los Andes orientales del Ecuador.* Memoirs in Latin American Archaeology, vol. 20. Edición bilingüe español-inglés. University of Pittsburgh, Department of Anthropology, Pittsburgh.

Custode, Edmundo y Michel Sourdat 1986, Paisajes y suelos de la Amazonía ecuatoriana: la conservación y la explotación, *Cultura*: 24:T1: 325-337.

DeBoer, W.R., E. Ross, J. Ross y M. Veale. 1977 Two Ceramic Collections from the Rio Huasaga, Northern Peru: Their Place in the Prehistory of the Upper Amazon. *El Dorado* 2(2):1-12.

Delgado, Florencio s.f. (1999), Prospección sistemática, rescate monitoreo arqueológico del Proyecto de Desarrollo Campo Villano: Bloque 10. Informe presentado al Instituto
Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador, Quito.

Descola, Philippe, 1988, *La Selva Culta. Simbolismo y praxis en la ecología de los Achuar,* Abya Yala - IFEA, Quito.
- 1993, *Les Lances du Crépuscule. Relations Jivaros, Haute Amazonie,* Plon, Paris.
- 2005, *Par-delà nature et culture,* Gallimard, Paris.
- 2011, *L'écologie des autres. L'anthropologie et la question de la nature,* Editions Quae, Versailles.

Duche Hidalgo, Carlos y Geoffroy de Saulieu,

2009, *Pastaza precolombino. Datos arqueológicos preliminares con el catálogo del Museo etno-arqueológico de Puyo y del Pastaza.* Abya-Yala, Quito.

Echeverría, José (ed.) 2012, Betty Meggers. *Setenta y cinco años de trayectoria exitosa en la arqueología suramericana.* Kirugraphics, Quito.

- s.f. (1999), Informe final del proyecto de investigación arqueológica realizada en la Plataforma Pata 1, en el derecho de vía de la carretera (8 km) y en la Plataforma Palo Azul del Bloque 18 de Cayman International Company, región Amazónica ecuatoriana. Informe al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador.

Eriksen, Love 2011, *Nature and Culture in Prehistoric Amazonia. Using G.I.S to reconstruct ancient etnogenetic processes from archaeology, linguistics, geography, and ethnohistory.* Lund University, Lund.

Francisco, de Alicia 1971, Factores culturales en la historia de las relaciones entre Sierra y Oriente del Ecuador, *Cuadernos de Historia y Arqueología* N° 38:202-228.

Gondard, Pierre 2007, *IRD, 30 años en Ecuador, Actas de los Seminarios y talleres científicos,* Pp. 37-88, IRD, Quito.

Grieder, Terence, A. Bueno, C.E. Smith Jr. y R.M. Malina 1988, *La Galgada, Peru: a preceramic culture in transition,* University of Texas Press, Austin.

Guffroy, Jean, 2006 El Horizonte corrugado: correlaciones estilísticas y culturales. *Bulletin de l'Institut Francais d'Etudes Andines* 35 (3): 347-359.

Guffroy, Jean y Francisco Valdez, s.f. (2001), Resultados de la etapa de reconocimiento (1999-2000) y proyecto de investigación arqueológica (2001-2004) en la provincia de Zamora- Chinchipe, 15 p. Quito: Convenio INPC/IRD (manuscrito.)

Haas, Jonathan y Winifred Creamer 2006, Crucible of Andean Civilization. The Peruvian Coast from 3000 to 1800 BC. *Current Anthropology* 47 (5): 745-775.

Helms, Mary 1979, *Ancient Panama, Chiefs in Search of Power,* University Press, Austin.

- 1993, *Craft and the Kingly Ideal: Art, Trade, and Power,* University Press, Austin.

Idrovo Urigüen, Jaime nd. "Informe de inventario de atractivos turísticos de la provincia de Zamora Chinchipe". Corporación Ecuatoriana de Turismo, Cuenca, 1998.

Jijón y Caamaño, Jacinto 1930, Una gran marea cultural en el Noroccidente de Sud América, Journal de la Société des Américanistes, 22: 107-197, Paris.

- 1952, (1997) *Antropología Prehispánica del Ecuador.* Editorial Prensa Católica, Quito.

La Condamine de, Charles Marie 1745 {1986}, *Extracto del Diario de Observaciones Hechas en el Viaje de la Provincia de Quito al Para, por el Rio de las Amazonas; y del Para a Cayena, Surinam y Amsterdam, traducida del Francés en Castellano.* Imprenta OAN CATUFFE, Amsterdam. Edición facsímile del Banco Central del Ecuador, Imprenta Mariscal, Quito.

Lara, Catherine, 2009 ms. "Aportes y Facetas del Reconocimiento Arqueológico: El caso del valle del Río Cuyes", Tesis en Antropología con mención en Arqueología, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito.

- 2010a, Delimitación e investigación de sitios ar-

queológicos monumentales en el valle del río Cuyes. R*evista del Patrimonio Cultural del Ecuador* 2:57-72.
- 2010b Nuevos aportes y perspectivas en la arqueología del valle del río Cuyes. In *1er Encuentro de Arqueólogos del Norte de Perú y Sur del Ecuador: Memorias,* editado por Universidad de Cuenca, pp. 121-136. Universidad de Cuenca, Cuenca.
- 2010c, *Investigación arqueológica en el área concerniente al eje noreste/sureste del yacimiento Santa Ana-La Florida: Proyecto "investigación del sitio Palanda",* Informe final, INPC.
- 2011, Hacia un afinamiento de la secuencia cronológica mayo Chinchipe: Resultados de la temporada de excavaciones 2010 en santa Ana-La Florida (cantón Palanda, Zamora Chinchipe, Ecuador) *Evidencia Ancestral* 3:66-71.

Lathrap, Donld.W. 1971, *The Upper Amazon,* Praeger Publishers, New York.

Lahaye, C., et al. 2013, Human occupation in South America by 20,000 BC: the Toca da Tira Peia site, Piauí, Brazil, *Journal of Archaeological Science* (2013), http://dx.doi.org/10.1016/j.jas.2013.02.019

Ledergerber-Crespo, P., 1995, Factores geográficos en la localización de sitios arqueológicos. El caso de Morona-Santiago, Ecuador, un informe preliminar. *Cultura y medio ambiente en el área andina septentrional,* Colección Biblioteca Abya-Yala, 21, Quito: 343-375.
- 2007a Relaciones Culturales". In *Pueblos y Paisajes Antiguos de la Selva Amazónica*, G. Morcote Ríos, S. Mora Camacho y C. F. Calvo (eds.), pp.131-155. Univ. Nacional, Bogotá.
- 2007b Investigaciones arqueológicas en los valles del Cantón Gualaquiza (Provincia de Morona-Santiago), in www.arqueo-ecuatoriana.ec
- 2008 "Sur Oriente Ecuador: apropiación de paisajes a partir del Periodo Formativo Temprano", in *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana,* Segunda Época, Año 1 – N°1: 130-155, Boletín de los Museos del Banco Central del Ecuador Guayaquil,.

Leonard, K., 1997, Huapula site archaeological report 1, IFEA, Department of Anthropology, University Mount Allison, Canada, Quito. 21 p.

Liu, Kam-Biu; Paul A. Colinvaux, 1988, A 5200-year history of Amazon rain forest. *Journal of Biogeography* 15(2):231-248.

Lumbreras, Luis 1981, *Arqueología de la América Andina,* Editorial Milla-Batres, Lima.

Malo Vega, Benigno 2013, Una excursión a Watsa-Kentza, Revista de Antropología N°20: 124-134, Casa de la Cultura Ecuatoriana, núcleo Azuay, Cuenca.

Marcos, Jorge 1986, Intercambio a Larga Distancia en America: el caso del Spondylus, in Arqueología de la Costa Ecuatoriana: Nuevos Enfoques, J. Marcos (ed.); pp. 197-206, Biblioteca Ecuatoriana de Arqueología, ESPOL, Guayaquil.
- 1995, El mullu y el pututo: la articulación de la ideología y el trafico a larga distancia en la formación del estado Huancavilca, in *Primer Encuentro de Investigadores de la Costa Ecuatoriana en Europa: Arqueología-Etnohistoria, Antropología Sociocultural,* A. Álvarez, S. Álvarez, C. Fauría y J. Marcos (eds.), pp. 97-142; 483-487, Abya Yala, Quito.
- 2006, Los 10.000 Años del Antiguo Ecuador. La Historia de sus Pueblos a través de su Arte y Ciencia, MAAC, Guayaquil.

Meggers, Betty 1966, *Ecuador, Ancient Peoples and Places,* Thames and Hudson, New York.

Meggers, B. y C. Evans 1964, Especulaciones sobre rutas tempranas de difusión de la ceramica entre Sur y Mesoamérica, Hombre y Cultura, 1 (3): 1-5, Panamá.
- 1968, *Archaeological Investigations on the Rio Napo, Eastern Ecuador.* Smithsonian Contributions to Anthropology Nº 6, Smithsonian Institution Press, Washington.

Meggers, Betty, Clifford Evans y Emilio Estrada 1965, *The Early Formative Period of Coastal Ecuador: The Valdivia and Machalilla Phases,* Smithsonian Contributions to Anthropology, vol. 1, Washington D.C.
Moncayo Echeverría, Patricio 1994, Nuevas estructuras piramidales truncas en la margen izquierda del río Upano, provincia de Morona Santiago. *Sarance* 20:147-154.

Morales, Daniel 1992, Chambira: Alfareros Tempranos de la Amazonía Peruana. En *Estudios de Arqueología Peruana,* D. Bonavia y M. Biggar Anders (eds.), FOMCIENCIAS, pp. 149-176, Lima.

Murra, John 1975, El Trafico del Mullu en la Costa del Pacifico, in *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino,* J. Murra (ed.), pp.255-267, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Newson, Linda A. 1996, *The Population of the Amazon Basin in 1492: A View from the Ecuadorian Headwaters, Transactions of the Institute of British Geographers* 21 (21): 5-24.

Ochoa, M., S. Rostain & E. Salazar, 1997, Montículos precolombinos en el Alto Upano. *Cultura*, revista del Banco Central del Ecuador, segunda época, 2, Quito: 54-61.

Oliver, José 2008, The Archaeology of Agriculture in Ancient Amazonia. In *Handbook of South American Archaeology,* W.H. Isbell y H. Silverman (eds.), pp: 185-216, Springer.

Pazmiño, Estanislao 2008, *Análisis Cerámico del Sitio La Lomita, Morona Santiago, Ecuador,* Disertación de Licenciatura no publicada, PUCE, Quito.
- 2010, Desarrollo cultural prehispánico en el valle del alto Upano. Análisis Cerámico del Sitio "La Lomita", Morona Santiago, Ecuador. Cuaderno de Investigación, 8, PUCE, Quito: 149-165.

Perry, Linda, Ruth Dickau, Sonia Zarrillo, Irene Holst, Deborah M. Pearsall, Dolores R. Piperno, Mary Jane Berman, Richard G. Cooke, Kurt Rademaker, Anthony J. Ranere, J. Scott Raymond, Daniel H. Sandweiss, Franz Scaramelli, Kay Tarble y James A. Zeidler 2007, Starch Fossils and the Domestication and Dispersal of Chili Peppers (Capsicum spp. L.) in the Americas, *Science* 315: 986-988.

Peterson, Emil 1984 Morteros Ceremoniales : The Early Developement and Distribution of a Decorated Stone Bowl Tradition in Northwest South America. In *Social and Economic Organization in the Prehispanic Andes.* D.L. Broman, R.L. Burger, and M.A. Rivera, eds. Pp. 21-21. Oxford : B.A.R. International Series 194.

Piperno, Dolores R. 1990, Aboriginal Agriculture and Land Usage in the Amazon basin, Ecuador, *Journal of Archaeological Science* 17: 665-677.

Piperno, Dolores R. y Deborah Pearsall 1998, *Origins of Agriculture in the Lowland Neotropics.* Academic Press, San Diego.

Porras Garcés, Pedro I. 1961, *Contribución al estu-*

dio de la arqueología e Historia de los valles Quijos y Misahuallí (Alto Napo) en la región oriental del Ecuador, Editorial Fénix, Quito.
- 1971, Reseña histórica de las investigaciones arqueológicas en el Oriente ecuatoriano. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 54(117):133-145.
- 1975a, S*upervivencia de la tradición cerámica común a las culturas del Alto Amazonas y de manera especial a las de la zona oriental del Ecuador en Sudamérica,* Universidad de Panamá, Imprenta Universitaria, Panamá.
- 1975b, El Formativo en el valle amazónico del Ecuador: fase Pastaza, *Revista de la Universidad Católica* 3(10):74-134.
- 1978, *Arqueología de la Cueva de los Tayos,* Universidad Católica, Quito.
- 1985, *Arte rupestre del Alto Napo.* Artes Gráficas Señal, Quito.
- 1980, *Arqueología del Ecuador,* Artes Gráficas Señal, Quito.
- 1981, Sitio Sangay "A". Informe Preliminar de la Primera Etapa, *Revista de la Universidad Católica* N° 29. Quito.
- 1987a, *Investigaciones arqueológicas a las faldas del Sangay.* Artes Gráficas Señal, Quito.
- 1987b, Nuestro Ayer. *Manual de Arqueología Ecuatoriana,* Artes Gráficas Señal, Quito.
- 1989, Investigations at the Sangay mound complex, Eastern Ecuador, *National Geographic Research & Exploration* 5(3)374-381.

Rampón, Lino 1959, Sitio Arqueológico F.P., *Cuadernos de Investigaciones Científicas, N°1*, Arqueología, Misiones Católicas de la Amazona, Quito.

Renfew, Colin 1982, Socio-economic Exchange in ranked societies, in *Ranking, Resource and Exchange: Aspects of the Archaeology of Early European Society,* C. Renfew y S. Shennan (eds.), pp.1-8, Cambridge University Press, Cambridge.

Rojas Ponce, Pedro 1985 La Huaca Huayurco, Jaén. In *Historia de Cajamarca, Vol. 1, Arqueología,* compiled by F. Silva Santiesteban et al, Instituto Nacional de Cultura , pp. 181-186. Cajamarca.

Rostain, S., 1997a, El Complejo XI del sitio de montículos de Huapula, nuevos datos sobre la prehistoria del Alto Upano. 49 Congreso Internacional de Americanistas, simposio *Intercambio y Comercio en los Andes: Tierras Altas-Tierras Bajas vista desde la arqueología y la etnohistoria,* Quito, multigr. 20 p.
- 1997b, *Arqueología del río Upano, Amazonía ecuatoriana.* IFEA, Quito, 12 p.
- 1999a, Excavación en área de un montículo de Huapula, proyecto Sangay-Upano. *Memorias del Primer Congreso Ecuatoriano de Antropología,* vol. 3, Simposio de Arqueología, E. Salazar (ed.), Museo Jacinto Jijón y Caamaño, Quito: 227-256.
- 1999b, Secuencia arqueológica en montículos del valle del Upano en la Amazonía ecuatoriana. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines,* 28(1): 1-37 y 53-89, Lima.
- 1999c, Occupations humaines et fonction domestique de monticules préhistoriques en haute Amazonie équatorienne. B*ulletin de la Société Suisse des Américanistes,* 63, Neuchâtel: 71-95.
- 2005, Archéologie de la haute Amazonie équatorienne. *Archéologies. 20 ans de recherche française dans le monde,* Ministère des Affaires Etrangères, Maisonneuve & Larose, ADPF/ERC, Paris: 698-700.
- 2006, Etnoarqueología de las casas Huapula y Jibaro. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines 35* (3):337-346.
- 2008, Les tertres artificiels du piémont amazonien des Andes, Équateur. *Les nouvelles de l'archéologie, 111-112*, número temático "Des mers de glace à la terre de feu. L'archéologie française en Amérique", S.

Rostain (ed.), éditions de la Maison des Sciences de l'Homme/éditions Errance, Paris: 83-88.
- 2010, Cronología del valle del Upano, alta Amazonía ecuatoriana. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines,* 39(3), número temático "Culturas y pueblos del Ecuador prehispánico" M. Guinea & J.-F. Bouchard (eds.), Lima: 667-681.
- 2011, Ethnoarchaeologogy of the Amazonian house: pre-Columbian and Jivaro continuity in Ecuador. *Communities in contact. Essays in archaeology, ethnohistory & ethnography of the Amerindian circum-Caribbean*, C.L. Hofman & A. van Duijvenbode (eds.), Sidestone Press, Leiden: 455-475.
- 2012, "Between Sierra and Selva: Landscape transformations in upper Ecuadorian Amazonia", *Quaternary International 249,* Special issue "Human Occupation of Tropical Rainforests" N. Catto (ed.), Elsevier: 31-42.

Rostoker, Arthur G., 1996, An archaeological assemblage from Eastern Ecuador. *Treganza Anthropology Museum Papers*, Nº 19. San Francisco State University.
-1998, Recuerdos de la montaña mágica, revisitados. En *Intercambio y comercio entre la Costa, Andes y Selva: Arqueologia y Etnohistoria de Sudamerica,* Felipe Cárdenas-Arroyo y Tamara L. Bray, (eds.), pp. 155-162. Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá.
- 2003, Formative Period Chronology for Eastern Ecuador, *Archaeology of Formative Ecuador,* J. S. Raymond y R. Burger (eds.), pp.539- 545, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington D.C.
- 2005, *Dimensions of prehistoric human occupation in the southern Ecuadorian Oriente.* PhD, The City University of New York. 613 p.

Rowe, John H. 1962 *Chavin Art: An inquiry into its Form and Meaning.* The Museum of Primitive Art, New York.
- 1967 Form and Meaning in Chavin Art. In *Peruvian Archaeology, Selected readings,* J. H. Rowe y D. -Menzel eds., pp. 72-103, Peek Publications, Palo Alto.

Salazar, Ernesto, 1993, Huellas del Pasado. Arqueología y etnohistoria de la Región Amazónica Ecuatoriana. En *Mundos Amazónicos. Pueblos y Culturas de la Amazonia Ecuatoriana,* Noemi Paymal y Catalina Sosa (eds.), p. 22-30, Fundación Sinchi Sacha, Quito.
- 1998, De vuelta al Sangay: investigaciones arqueológicas en el Alto Upano, Amazonia ecuatoriana, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines 27*(2):213-240.
- 1998b, Naturaleza y distribución de los montículos precolombinos de la cuenca del Alto Upano, Ecuador. I*ntercambio y Comercio entre Costa, Andes y Selva,* Cárdenas-Arroyo & T. Bray (eds.), Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá: 185-211.
- 1999a, De vuelta al Sangay: investigaciones arqueológicas en el alto Upano. *Memorias del Primer Congreso Ecuatoriano de Antropología,* vol. 3, Simposio de Arqueología, E. Salazar (compilador), Museo Jacinto Jijón y Caamaño/PUCE/MARKA, Quito: 183-225.
- 1999b, Simposio de Arqueología. *Memorias del Primer Congreso Ecuatoriano de Antropología, vol. III.* Museo Jacinto Jijón y Caamaño, Departamento de Antropología, Marka, Quito.
- 2000, *Pasado precolombino de Morona Santiago.* Casa de la Cultura Ecuatoriana, Macas.
- 2008, Pre-Columbian mound complexes in the Upano River Valley, lowland Ecuador. En *Handbook of South American Archaeology,* Silverman, Helaine, y William Isbell (eds.), pp. 263-278, Springer, New York.

Sánchez, Amelia s.f. (1998), Informe de las excavaciones en los sitios Guaguacanoayacu (oIVB1-07) y Timbela (oIVB1-11), provincia de Napo, Ecuador. Inédito entregado al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Quito-Ecuador.

Saulieu Geoffroy de 2006, "Revisión del material cerámico de la colección Pastaza (Amazonía ecuatoriana)", *Journal de la Société des Américanistes,* 92, Paris: 279-301.
- 2007, "Apuntes sobre el pasado precolombino de la Amazonía ecuatoriana", Arqueología Ecuatoriana , hhp://www.arqueo.ecuatoriana.ec
Saulieu, Geoffroy de, y Lino Rampón Zardo, 2006, Colección arqueológica de Morona-Santiago del Museo Amazónico de la Universidad Politécnica Salesiana. Una introducción a la Amazonia Ecuatoriana prehispánica, Abya-Yala, Quito.

Saulieu, Geoffroy de, y C. Duche Hidalgo s.f. (en prensa), "La tradición Muitzentza y el Período de Integración (700-1500 d. C.) en la alta cuenca del río Pastaza, Amazonía ecuatoriana.", *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines.*

Solórzano Venegas, María Soledad, s.f. (2011), Ocupación arqueológica en la Plataforma Yamanunka, Parroquia Limoncocha, Provincia de Sucumbios, Ecuador, ponencia presentada en el Congreso Internacional La Arqueología Regional Amazónica, agosto 2011, Quito.

Spinden, H.J. 1917a, Ancient civilisations of Mexico and Central America, *American Museum of Natural History, Handbook Series, N°3.*
- 1917b, The origin and distribution of agriculture in America, P*roceedings of the 19th International Congress of Americanists,* pp.269-276, Washington.

Staller, John 1994, Late Valdivia Occupation in southern coastal El Oro province, Ecuador: excavations at the Early Formative period (3500-1500 BC) site of La Ermerenciana, UNI Dissertation, Southern Methodist University.

Taylor, Anne Christine, 1988, Las Vertientes Orientales de los Andes Septentrionales: de los Bracamoros a los Quijos. In *Al Este de los Andes. Relaciones entre las Sociedades Amazónicas y Andinas entre los siglos XV y XVII,* F.M. Renard-Casevitz, Th. Saignes y A.C. Taylor (eds.), Abya Yala – IFEA, Quito.
Uhle, Max 1922, Influencias Mayas en el alto Ecuador, *Boletín de la Academia Nacional de Historia 4*: 205-240.
- 1923, Civilizaciones mayaöides de la costa Pacifica de Sudamérica, *Boletín de la Academia Nacional de Historia 6:* 87-92.

Valdez, Francisco, 2007a, El Formativo Temprano y Medio en Zamora Chinchipe, en *Reconocimiento y Excavaciones en el Sur Andino del Ecuador.* (D. Collier y J. Murra), Malo, B. (ed,) pp. 425-465, Casa de la Cultura núcleo Azuay, Cuenca.
- 2007b, Un Formativo Insospechado en la Ceja de Selva: El Complejo Cultural Mayo Chinchipe, en *II Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología. Balance de la última década : Aportes, Retos y nuevos temas,* García F. (comp.), tomo 1: 549-576, Abya Yala, Banco Mundial, Quito.
- 2007c, Mayo Chinchipe : une porte ouverte. In *Equateur. L'Art Secret de l'Equateur Precolombien, D. Klein et I. Cruz (eds.),* 5Continentes, Pp. 321-349, Milano.
- 2007d, Incursiones en el país Bracamoro, documentando la historia regional, *II Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología: Balance de la última década: Aportes, Retos y Nuevos Temas,*

García F. (comp.) tomo 1:577-602, Abya Yala, Banco Mundial, Quito.
- 2008, Inter-zonal relationships in Ecuador. En *Handbook of South American Archaeology,* Silverman, Helaine, y William Isbell (eds.), pp. 865-888, Springer, New York.
- 2009, Arqueología en la cuenca Mayo – Chinchipe, In *Antiguas Civilizaciones en la Frontera de Ecuador y Perú, una propuesta binacional para la integración andina,* Olivera, Q. (ed.) Can-AAMS, Pp. 19-23, Lima.
- 2010, Uso social de la arqueología en el sitio Santa Ana - La Florida, cantón Palanda, *Encuentro Arqueólogos del Norte del Perú y del Sur del Ecuador,* Universidad de Cuenca: 23-46, Cuenca.
- 2011, La cerámica Mayo Chinchipe, el Formativo Temprano de la Ceja de Selva Oriental. III Congreso de Antropología y Arqueología Ecuatoriana, Ecuador, territorio de contacto y convergencias: resignificaciones del pasado y el presente, *Revista Nacional de Cultura 15-16,* tomo III: 685-705.

Valdez, Francisco, Jean Guffroy, Geoffroy de Saulieu, Julio Hurtado y Alexandra Yépez, 2005, Découverte d'un site cérémoniel formatif sur le versant oriental des Andes. *C. R. Paleovol 4:* 369-374.

Villalba, Marcelo 1988. *Cotocollao.* Quito, Museo del Banco Central (Serie Monográfica 2) Quito.

Zeidler, James 1988 Feline Imagery, Stone Mortars, and Formative Period Interaction Spheres in the Northern Andean Area. *Journal of Latin American Lore 14* :2, Pp. 243-283.

Impreso en Quito, Ecuador

1000 ejemplares

Septiembre 2013

ISBN 978-9942-955-02-9





Esta obra presenta al público el contexto natural y cultural de la Alta Amazonía, subrayando el aporte que los antiguos pueblos de esta región hicieron a la construcción cosmológica de la Civilización Andina. Se sintetizan las evidencias arqueológicas de la antigua historia de los pueblos selváticos, para luego presentar en detalle los datos de una de las primeras sociedades amazónicas: la cultura Mayo Chinchipe-Marañón. La conclusión obvia es que la Amazonía no sólo es la mayor reserva de la biosfera, sino que es sobre todo una creación cultural. Los seres humanos han participado desde hace más de 6000 años en la modificación y regeneración de la biodiversidad. La naturaleza indómita es en realidad un paisaje cultural, modelado como el escenario social de los pueblos amazónicos.

GOBIERNO NACIONAL DE LA REPUBLICA DEL ECUADOR
Ministerio de Cultura y Patrimonio
INSTITUT FRANÇAIS
Alliance Française